El breve reinado de Pipino IV

JOHN STEINBECK



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A mi hermana Esther

Librodot

EL NUMERO uno de la Avenida Marigny de París es una casona cuadrada de apariencia venerable y severa. La mansión se alza en la esquina donde la Avenida Marigny atraviesa la Avenida Gabriel, separada por una corta calle de los Campos Elíseos y frente al Palacio del Eliseo, que es la residencia del presidente de Francia. El número uno colinda con un patio cubierto por un tejado de vidrio, al otro lado del cual se levanta un edificio alto y angosto, que antaño fue caballerizas y alojamiento de los cocheros. En la planta baja están todavía las caballerizas, elegantísimas con sus pesebres y abrevaderos de mármol tallado, pero encima de ellas hay tres pisos agradables, formando una casa pequeña aunque simpática en el centro de París. Amplias puertas vidrieras se abren en el segundo piso sobre la parte sin techo del patio que comunica a los dos edificios.

Se dice que el número uno, juntamente con su cochera, fue construido para que sirviera como cuartel general en París de los Caballeros de San Juan, pero a la sazón es propiedad y está ocupado por una noble familia francesa que, durante varios años, ha alquilado la cochera transformada, el uso del patio y la mitad de la terraza que une a las dos casas, al señor Pipino Arnulfo Héristal y su familia, compuesta por su esposa, Marie, y su hija, Clotilde. Poco después de haber tomado en arriendo la antigua casa de los palafreneros, el señor Héristal visitó a su noble casero y solicitó permiso para construir la base y montar, en la parte de la terraza a la cual tenía acceso, un telescopio de refracción da veinte centímetros. Esta petición fue otorgada y, después de eso, como quiera que el señor Héristal pagaba la renta puntualmente, la relación entre ambas familias se limitó a los saludos de cortesía cuando por azar se encontraban en el patio, el cual, por supuesto, estaba protegido por pesados barrotes de hierro del lado de la calle. Héristal y el casero compartían un mismo portero, un provinciano melancólico que, después de llevar años viviendo en París, todavía se obstinaba en no creerlo. Y el noble casero nunca tuvo motivos de queja, ya que el pasatiempo celestial del señor Héristal era llevado a cabo durante la noche y silenciosamente. Las pasiones de la astronomía, sin embargo, no son menos intensas porque no sean ruidosas.

La renta de Héristal era casi perfecta en su especie para un francés. Provenía de ciertas laderas orientadas al este cerca de Auxerre, en el río Loira, en las cuales las viñas absorbían la benevolencia de los rayos mañaneros del sol y evitaban los venenos de la tarde, y esto, juntamente con un suelo feraz y una bodega de temperatura perfecta, producía un vino blanco que resultaba al paladar como al olfato el perfume de las flores silvestres en la primavera; un vino que, si bien perdía calidad al viajar, no tenía necesidad de hacerlo, ya que sus devotos iban en peregrinación hacia él. Esta heredad, aunque pequeña, era posiblemente lo más selecto de unas posesiones que otrora fueron muy extensas. Además, estaba cultivada y atendida por arrendatarios expertos hasta el punto de que su trabajo parecía cosa de magia, y que, por si fuera poco, pagaban su arriendo regularmente, y lo habían hecho generación tras generación. El ingreso de Héristal distaba mucho de ser generoso, pero era constante y le permitía vivir cómodamente en la cochera del número 1 de la Avenida Marigny; asistir a representaciones teatrales cuidadosamente seleccionadas, a conciertos y funciones de ballet; comprar libros a medida que los necesitaba, y escudriñar, como un digno aficionado, los cielos increíbles del octavo distrito de París, Realmente, si Pipino Héristal hubiese podido elegir

la vida que más le gustaría vivir, se hubiera pronunciado, con muy pocos cambios, en favor de la vida que hacía en febrero del año 19. Era un hombre de cincuenta y cuatro años, cenceño, apuesto y, según creía, saludable. Con lo cual quiero decir que su salud era tan buena que ni se daba cuenta de que gozaba de ella.

Su esposa, Marie, era una buena esposa y buena administradora; sabía cuáles eran sus dominios y permanecía en ellos. Era una mujer rolliza y simpática, que en otras circunstancias podría haber ocupado su lugar en el mostrador de un pequeño restaurante de primera categoría. Como muchas de las mujeres francesas de su clase, odiaba el despilfarro y a los herejes, considerando a estos últimos como un buen material desperdiciado para el cielo. Admiraba a su esposo sin tratar de comprenderlo y tenía un grado de amistad con él que no se encuentra en esos matrimonios donde el amor apasionado inflama ia paz de la mente. Su deber, tal como ella lo entendía, era mantener un hogar cómodo, limpio y económico para su marido y su hija, hacer cuanto estuviera de su parte por el buen estado de su hígado y seguir haciendo los pagos espirituales de la propiedad que tenía en custodia en el cielo. Estas actividades le ocupaban todo el tiempo. Su desbordamiento emocional era absorbido por alguna disputa con la cocinera, Rose, y su constante actividad bélica con el vinatero y el encargado de la tienda de comestibles, que eran granujas y cochinos y, en determinadas épocas del año, viejos camellos. La amiga más íntima de la señora, y quizás su única confidente, era Hyacinthe, la hermana religiosa de la que oiremos hablar más tarde.

Héristal era francés por los cuatro costados. Por ejemplo, no creía que fuese pecado no hablar francés y consideraba como una afectación que un francés aprendiese otros idiomas. El sabía inglés, italiano y alemán. Tenía un docto interés por el jazz progresista y le encantaban las caricaturas de la revista humorística inglesa *Punch*. Admiraba a los ingleses por su intensidad de sentimientos y su pasión por las rosas, los caballos y algunas maneras de conducirse.

"Un inglés es una bomba -solía decir-, pero una bomba con la espoleta escondida". También observaba que "cualquier generalidad que uno aplique a los ingleses llega un momento en que resulta que no es cierta". Y solía continuar: "¡Qué diferentes son de los norteamericanos!"

Conocía y le gustaban Colé Porter, Ludwig Bemelmans y, hasta hacía pocos años antes, había conocido al sesenta por ciento de los componentes del grupo musical Harmonica Rascals. En una ocasión estrechó la mano a Louis Armstrong y, al hablarle, se dirigió a él como *Cher Maître Satchmo*, a lo cual el maestro replicó: "Vosotros, gabachos, no hacéis más que imitarme".

La familia Héristal vivía con holgura económica pero sin lujos y ajustándose cuidadosamente a su renta, la cual era suficiente para proveer a la vida agradable aunque frugal que, como buenos franceses, preferían llevar Pinino y su esposa. El principal derroche del señor eran las inversiones que hacía en instrumentos de astronomía. Su telescopio, de potencia mayor que la de un aficionado, estaba equipado con un montaje de peso y estabilidad suficiente para contrarrestar la oscilación, y un mecanismo para compensar el movimiento de rotación de la Tierra. Algunas de las fotografías celestes de Pipino habían sido publicadas en la revista *Match*, y con justicia, porque a él se le concede el crédito de haber descubierto el cometa de 1951,

denominado Cometa Elíseo. Un aficionado japonés de California, Walter Haschi, informó simultáneamente acerca de este cometa y compartía el crédito del descubrimiento. Haschi y Héristal todavía mantenían una correspondencia regular y comparaban fotografías y técnicas.

En circunstancias ordinarias, Pipino leía cuatro periódicos, como cualquier buen ciudadano al corriente de la vida pública. No era un hombre político, salvo en lo concerniente a que desconfiaba de todos los gobiernos, particularmente del que estaba en el poder, pero esto puede considerarse como una característica más francesa que individual.

La familia Héristal fue bendecida con una sola hija: Clotilde, de veinte años de edad, intensa, violenta, bonita y con exceso de peso. Sus antecedentes eran interesantes. A edad temprana se había rebelado contra todo lo que se le ocurrió. A los catorce años Clotilde resolvió ser doctora en medicina, a los quince escribió una novela titulada *Adieu Ma Vie*, que alcanzó una gran venta y sirvió de argumento para una película. Como resultado de su éxito literario y cinematográfico, hizo un recorrido por los Estados Unidos y regresó a Francia llevando pantalones azules de vaquero, botas de montar y camisa de hombre, estilo de vestir que instantáneamente fue adoptado por millones de muchachitas que fueron conocidas durante varios años como "Les Jeannes Blues" y causaron dolores sin cuento a sus padres. Se decía que Les Jeannes Blues eran, si ello era posible, más desaliñadas y malolientes que los existencialistas, mientras que sus piruetas bailando el *jitterbug* con la cara seria hicieron que muchos padres franceses se llevaran los puños a la cabeza.

De las artes, Clotilde pasó directamente a la política. A los dieciséis años y medio se unió a los comunistas y tenía el récord de todos los tiempos de permanecer de guardia sesenta y dos horas con los huelguistas de la planta Citroen. Fue durante esta asociación con las clases inferiores cuando Clotilde conoció al Pére Méchant, el pequeño sacerdote del Frontón, quien la impresionó de tal manera que pensó seriamente en tomar el velo en una orden de monjas dedicadas al silencio, al pan negro y hacer la pedicura a los pobres. Santa Ana, patrona de los pies, fue la fundadora de la Orden.

El 14 de febrero ocurrió un accidente celestial que tuvo un marcado efecto en la familia Héristal. Una lluvia preequinoccial de meteoros hizo su aparición intempestivamente y sin que nada la hiciera presagiar. Pipino trabajó frenéticamente con los cielos resplandecientes, exponiendo placa tras placa de fotografía, pero, incluso antes de que se retirara al cuarto oscuro que tenía instalado en el sótano de las caballerizas donde se guardaba el vino, sabía que su cámara no era adecuada para detener la rauda huida de los ardientes proyectiles. El revelado de la película confirmó sus temores. Jurando en voz baja, se encaminó hacia un gran establecimiento de aparatos ópticos, conferenció con la dirección y telefoneó a varios amigos doctos en la materia. Luego regresó paseando desganadamente al número 1 de la Avenida Marigny, y tan preocupado iba que no se fijó en que los Guardias Republicanos, con las corazas relucientes y cascos con el penacho de plumas rojas, se arremolinaban con sus caballos alrededor de las verjas de entrada del Palacio del Elíseo.

La señora estaba enzarzada en una discusión con Rose, la cocinera, en el momento en que Pipino subía por las escaleras. Salió de pronto de la cocina,

victoriosa y con el rostro un poco encendido, mientras los gruñidos de la derrotada Rose la seguían en su marcha por el corredor.

Una vez en el salón explicó a su esposo:

-Cerró la ventana teniendo el queso adentro; un kilo entero de queso ahogándose toda la noche con la ventana cerrada. ¿Y sabes cuál fue la excusa que me dio? Que tenía frío. Ahí tienes: para que ella esté cómoda, el queso se debe asfixiar. Ya no se puede tener confianza en los criados.

-Se encuentra uno en una situación difícil -comentó él.

-¿Difícil? Claro que es difícil con esta especie de trastos que se hacen llamar cocineras...

-Señora..., sigue la lluvia de meteoros. Esto es una cosa confirmada. Creo que debo comprar una cámara nueva.

La salida de dinero caía por entero dentro de la jurisdicción de la señora. Permaneció silenciosa, pero el señor presintió el peligro al advertir que su esposa entrecerraba los párpados y sus manos se alzaban lentamente hasta detenerse sobre las caderas. Pipino prosiguió en tono desasosegado:

-Es una decisión que se debe tomar. Nadie tiene la culpa. Podría afirmarse que la orden viene del mismo cielo.

La voz de la señora fue de acero:

-¿Y el costo de esta... de esta cámara?

Pipino mencionó un precio que hizo estremecer a su robusta mujer como si hubiese ocurrido una explosión interna. Pero casi inmediatamente reorganizó sus fuerzas con una disciplina de hierro y se dispuso al ataque.

-El mes pasado, señor, fue una nueva... ¿Cómo se llama? El desembolso hecho para película es ya ruinoso. ¿Me permite que le recuerde la carta recibida recientemente de Auxerre, la necesidad de conseguir nueva tonelería, la insistencia con que se menciona que tenemos que correr con la mitad de los gastos?

-Señora -argüyó Pipino-, yo no hice bajar la lluvia de meteoros.

-Tampoco pudrí yo los toneles de Auxerre.

-No me queda otra solución, señora.

Marie pareció alzarse, imponente como un castillo fortificado, y en torno a ella se formó una atmósfera sombría como una tormenta personal.

-El señor es el amo de la casa -dijo-. Si el señor desea permitir que los meteoros traigan la bancarrota sobre las cabezas de su familia..., ¿quién soy yo para quejarme? Debo ir a presentarle mis excusas a Rose. Un kilo de queso asfixiado es una risible nadería comparado con las pompas de luz de la película. ¿Puede uno comer meteoros, señor? ¿Se los puede poner uno encima para evitar la humedad de la noche? ¿Se pueden hacer toneles con estos preciados meteoros? Señor, usted es quien debe decidir. -Y salió reposadamente de la habitación con pasos que la calma insinuaba más fatales.

La cólera libró una batalla con el pánico dentro de Pipino Héristal. A través de las puertas vidrieras dobles podía ver su telescopio envuelto en la funda de seda impermeable. Y triunfó la cólera. Bajó las escaleras con modales adustos, se encasquetó el sombrero aplastándolo sobre su cabeza, agarró el bastón del colgador y la cartera de documentos de Clotilde de encima de la mesa. Cruzó el patio con furiosa dignidad y esperó mientras el portero abría el portón de hierro. En un momento de debilidad miró hacia atrás y vio a la señora que lo estaba observando desde la ventana de la cocina y a Rose frunciendo el ceño regocijadamente al lado de ella.

-Voy a ver al tío Charles -anunció Pipino Héristal, y cerró tras sí, ruidosamente, el portón de hierro.

Charles Martel era el propietario de una pequeña pero próspera galería de arte y tienda de antigüedades en la calle del Sena, un establecimiento oscuro y agradable con cuadros provocativos y adecuadamente mal alumbrados. Vendía pinturas sin firma que no quería garantizar como Renoirs de su primera época, y también piezas de cristal, dorados y baratijas que podía atestiguar, y lo liacía, que venían de casas antiguas y grandes de Francia.

Al fondo de la galería de arte una cortina de terciopelo rojo ocultaba uno de los alojamientos de soltero más cómodo y discreto de todo París. Sentarse en los sillones, mullidos con cojines de terciopelo rellenos de plumón, era una delicia. Su cama, un triunfo de la artesanía napoleónica en madera dorada, tenía la cabecera curvada y los pies semejaban la proa y la popa de una galera de los vikingos, que tenían forma de dragón. Durante el día un cubrecama y almohadas hechas de paños de altar de tonos suaves transformaban su improvisado dormitorio en un rincón encantador, incitante y sutilmente pecaminoso. Lámparas de pantallas verdes difundían en la habitación la luz suficiente para realzar bellezas y esconder defectos. Los elementos de que se componía su cocina, un fregadero y una estufa de gas, quedaban ocultos detrás de un biombo chino al que los años habían suavizado dándole un tono perlado negro y de manteca derretida. Su biblioteca estaba llena de volúmenes encuadernados en piel y dorados, atractivos para la vista pero sin invitar a que se les leyera.

Charles siempre había sido un hombre mundano, de modales suaves pero inflexible, de porte y ropas impecables. Ahora, ya bien corridos los sesenta años, seguía adorando a las señoras y su urbanidad hacía señoras de todas las mujeres hasta que ellas insistían para que fuese de otro modo. Incluso en esta época, cuando su impulso tendía más hacia el sueño que el galanteo, mantenía tan en alto su estandarte que las jóvenes señoras elegidas sentían una grata emoción al ser invitadas a trasponer la roja cortina de terciopelo para tomar un aperitivo. Y por lo que se refería a la capacidad de Charles no quedabar desilusionadas. Una puertecita se abría sobre un callejón detrás de la tienda...; era una cosita de nada, pero que daba confianza a sus compañías.

Cuando el custodio de un nombre antiguo y un castillo poblado de murciélagos necesitaba un día de esparcimiento en Auteuil, o forros nuevos para un abrigo de cuello de pieles, ¿a qué sitio se podía llevar mejor la araña de cristal tallado del salón de baile, o la mesa juego con incrustaciones que fue otrora propiedad de la amante de un rey, sino en la galería del tío Charles? Y un grupo selecto de clientes sabía que, si se le ponía en el trance, Charles Martel podía surgir con un objeto raro. Willie Chitling, el productor cinematográfico, construyó toda la cantina de su casa rancho en Palm Springs con los muebles, artesonado, y altar del siglo XIII procedentes de la capilla del Château Vieilleculotte. Charles también hacía préstamos razonables. Se decía que tenía en su poder pagarés personales de nueve de los Doce Pares de Francia.

Charles Martel era tío y amigo de Pipino Arnulfo Héristal. Salió de su campo de acción del negocio de baratijas y objetos de arte con objeto de localizar los discos Bix Beiderbecke para lo colección casi perfecta de Pipino.

También era el consejero de su sobrino en asuntos espirituales y temporales.

Cuando Héristal entró como una tromba en la galería de arte de la calle del Sena, Charles notó que había llegado en taxi. La misión, por lo tanto, era grave.

Charles indicó a su sobrino, con un ademán, que cruzara por la cortina de terciopelo y concluyó rápidamente la venta de un estuche de maquillaje de la época de Luis XV a una anciana señora turista, a la cual no le servía para nada. Cerró la transacción no bajando el precio sino elevándolo súbitamente, lo oual convenoió a la dama de que debía comprarlo inmediatamente porque de lo contrario no lo podría conseguir ya. Charles la acompaño hasta la salida y la despidió con una inclinación de cabeza, cerró la puerta del frente del establecimiento y colgó un letrero maltratado en el que se leía: "Cerrado por Renovación". Después él también traspuso la cortina de terciopelo y saludó a su sobrino, que se paseaba nerviosamente por la habitación.

-Estás agitado, hijo mío -dijo-. Siéntate, siéntate. Déjame que te sirva una gota de coñac para los nervios.

-Estoy furioso -declaró Pipino, pero tomó asiento y aceptó la copa de coñac.

-¿Se trata de Marie? -preguntó el tío Charles-. ¿O quizás de Clotilde?

-Se trata de Marie.

-¿Es por cuestión de dinero?

-Sí, es por dinero -respondió Pipino.

-¿Cuánto?

-No vine a pedir prestado.

-¿Vienes, entonces, a quejarte?

-Efectivamente, a quejarme.

-Buena idea. Eso elimina las presiones. Regresarás a tu casa con un humor más agradable; en resumen, convertido en un mejor esposo. ¿Deseas ser concreto en tu queja?

Pipino explicó:

-Una lluvia imprevista de meteoros se ha desatado sin consideración alguna en la atmósfera de la Tierra. Mi cámara fotográfica no es adecuada para... En fin, necesito una nueva cámara.

-Es cara, y Marie no encuentra que es necesaria, ¿no es eso?

-Comprendes la situación perfectamente. Puso un rostro de mujer herida, esa condenada expresión de haber sido ofendida, pero está fraguando la venganza.

-¿Has comprado la cámara?

-Todavía no.

-Pero ya lo has decidido.

-Entiende tío, es una cosa rara encontrar lluvias da meteoros en esta época del año. ¿Quién sabe lo que está sucediendo allá arriba? No te olvides de que fui yo el primero que informó de la aparición del Cometa Eliseo. La Academia me recomendó. Y se susurra que en un futuro no muy lejano quizás sea elegido.

-Enhorabuena, hijo mío. ¡Qué honor! Si bien yo, personalmente, no miro los cielos con pasión, estoy en favor de ella, cualquiera que sea su origen. Bueno, comienza a exponer tu queja, mi querido sobrino. Veamos, yo soy Marie y tú eres tú. ¿Comenzamos por el hecho innegable de que tu renta proviene de tus propiedades, y no de la *dote*?

-Exactamente.
-Estas tierras han pertenecido a tu familia desde los albores de la historia.
-Desde que los francos sálicos la invadieron desde el este.
-En puridad de verdad, las lomas donde están tus viñedos son los restos de un reino.
-De un imperio.
-Tú desciendes de una familia tan antigua, tan noble, que no te dignas recordar tu origen a la nobleza advenediza haciendo uso de títulos que claramente te pertenecen.
-Lo expones muy bien, tío Charles. Y todo lo que yo quiero es una nueva cámara.
-¡Vaya, hombre! -comentó Charles-. ¿Te sientes mejor ahora?
-De veras que sí.
-Deja que te preste el dinero para la cámara, hijo. Me lo puedes devolver poco a poco. Marie no se asusta de las pequeñas cosas... son los desembolsos grandes los que la aterran y confunden.
-Yo no vine a pedir prestado.
-No lo has pedido. Yo lo he ofrecido. Mira, compraras la cámara. Dirás a Marie que has decidido no adquirirla. ¿Sabe distinguir ella una cámara de otra?
-Claro que no. ¿Pero no habré renunciado a mi posición en la casa?
-Muy al contrario, hijo mío. Así, lo que harás se poner a Marie en una posición de remordimiento. Te estimulará a que compres muchas pequeñas cosas. Y de esa manera irás devolviendo el préstamo.
-Me asombra que no te hayas casado nunca.
-Prefiero ver felices a los otros. Bien... ¿Por qué suma quieres que extienda el cheque?

Cuando Héristal cerró con fuerza el portón de hierro y se abalanzó presa de furia a la fila de taxis de la Avenida Gabriel, la esposa de Pipino, a pesar de su triunfo frío y fulminante, se quedó agitada y perpleja, y en momentos semejantes acostumbraba visitar a su vieja amiga la hermana Hyacinthe, en su convento no lejos de la Puerta de Vincennes, un amplio, bajo y tranquilo edificip que se podía divisar desde el Bosque de Bolonia. La señora se cambió de vestido, tomó el monedero y la bolsa negra de las compras y se metió en el metro.

La hermana Hyacinthe había sido su amiga de la infancia y posteriormente habían ido juntas a la escuela. Suzanne Lescault era una chiquilla bonita, con una voz delgada que realmente parecía hecha para el canto, y una facilidad natural para bailar que hacía que se destacara en las procesiones y pequeñas comedias de la escuela. Suzanne ascendió, inevitablemente, de duendecillo de los bosques a hada madrina, luego a Pierrette y, más tarde, durante tres años consecutivos, representó el papel de *La doncella de Orleáns* a completa satisfacción de su autora, la hermana superior. Y Marie, que no sabía ni cantar ni bailar, lejos de sentir envidia, adoraba a su dotada amiga y tenía la sensación de que en cierto modo ella participaba de sus triunfos.

De haber seguido los acontecimientos su curso normal, Suzanne se hubiera casado y retirado sus talentos y figura lozana a la vida privada. Sin embargo, una manipulación lejana del Crédit Lyonnais y el suicidio subsiguiente de su padre, un alto funcionario de aquella organización, dejó

a Suzanne con una madre achacosa, un hermano estudiante que parecía un enano con blusa negra y la necesidad de abrirse camino en el mundo. Solamente entonces fue cuando el comentario escuchado frecuentemente de que debería dedicarse al teatro tuvo algún sentido para Suzanne, y más todavía para su madre.

La Comedia Francesa no tenía empleos vacantes de momento, pero anotaron el nombre de la muchacha, y mientras esperaba, Suzanne fue empleada por el Folies Bergére, donde su voz, su gracia y su pecho alto y perfecto fueron apreciados y utilizados inmediatamente. La enfermedad profesional de su madre y la educación interminable de su hermano, seguida de su muerte por un accidente de motocicleta, hacían que fuera poco sensato económicamente que Suzanne pusiera en peligro un puesto permanente y bien pagado por la incertidumbre del arte más elevado.

Durante varios años adornó el escenario del Folies, no solamente en la línea de encantadoras muchachas desnudas, sino también representando papeles hablados, cantados y bailados. Después de veinte años de enfermedad quejumbrosa y complicada, la madre de Suzanne murió sin tener un solo síntoma de enfermedad. Para esa época Suzanne se había convertido no solamente en una danzarina de ballet sino en una experta.

Suzanne estaba muy cansada. Su pecho se había conservado alto; los puentes de las plantas de los pies se le habían caído. Había llevado una vida relativamente virtuosa, como la mayoría de las mujeres francesas. En realidad, es una cosa desilusionante para los jóvenes varones norteamericanos que tienen una información diferente, descubrir que los franceses son un pueblo moral, si son juzgados, claro está, de acuerdo con las normas de los clubs norteamericanos.

Suzanne quería hacer descansar a sus pies. Abandonó un mundo acerca del cual posiblemente conocía demasiado, y, después del pertinente noviciado, profesó como hermana Hyacinthe en una orden religiosa de meditación que requería estar sentada mucho tiempo.

Como monja, la hermana Hyacinthe irradiaba tal paz y religiosidad que se convirtió en un motivo de enaltecimiento para la orden, en tanto que su conocimiento y antecedentes la hacían tolerante y servicial para las hermanas más jóvenes que tenían problemas.

Suzanne siempre había mantenido contacto con Marie, su antigua amiga de la escuela. Incluso en los intervalos que se abrían entre visita y visita, sostenían una correspondencia detallada y sin interés, cambiándose quejas y recetas. Marie seguía adorando a su inteligente y ahora santa amiga. Era perfectamente natural que fueran a visitarla en relación con el asunto de la cámara.

En la pulcra y cómoda salita de visita del convento cercano a Vincennes, Marie confesó:

-Ya no sé qué hacer. En la mayoría de las cosas, mi marido es todo lo considerado que una pudiera desear, pero cuando se trata de esas malhadadas estrellas se le va el dinero de las manos como si fuera agua.

La hermana Hyacinthe la miró sonriendo.

-¿Por qué no le das unos moquetes? -le preguntó afablemente.

-¿Cómo dices? ¡Ah! Ya veo que lo tomas a broma. Pero te aseguro que es una cosa muy seria. Los toneles de Auxerre.

-¿Hay comida en la mesa, Marie? ¿Está pagado el alquiler? ¿Te han cortado la electricidad?

-Se trata de una cuestión de principio -respondió Marie en tanto secamente.
-Mi querida amiga -intervino la monja blandamente-, ¿viniste a verme en busca de consejo o a quejarte?
-De consejo, por supuesto. Yo nunca me quejo.
-Claro que no -asintió la hermana Hyacinthe, que siguió hablando mansamente-. He conocido a muchas personas pedir consejo, pero muy pocas que lo quisieran y ninguna que lo siguiera. De todos modos, te daré mi consejo.
-Por favor -dijo Marie en tono despegado.
-En mi profesión, Marie, he tenido contactos con muchos hombres. Creo que estoy en situación de poder hacer algunas generalizaciones acerca de ellos. La primera, es que son como niños, algunas veces como niños consentidos.
-En eso estoy de acuerdo contigo.
-Los que realmente crecen de verdad, Marie, no sirven, porque los hombres o son niños o ancianos; no hay nada entre esos dos puntos. Pero en su puerilidad irresponsable algunas veces hay grandeza. Entiéndeme, por favor; ya sé que la mayoría de las mujeres son más inteligentes. Pero las mujeres crecen, las mujeres se enfrentan a las realidades, y rara vez son grandes. Una de las pocas cosas que lamento en mi actual profesión es la falta de insensatez de los hombres. Esto, por lo menos, hace ver el contraste -comentó la hermana Hyacinthe.
-El descubrió un cometa -dijo Marie-. La Academia lo recomendó. Pero este asunto de la nueva cámara... es demasiado.
-Te pregunto otra vez, ¿quieres mi consejo?
-Claro que sí.
-Entonces aconséjale que compre la cámara, insiste en ello.
-Pero yo ya he adoptado una posición. Me perdería el respeto.
-Al contrario -replicó la hermana Hyacinthe-, si le aconsejas que haga el desembolso, incluso si le sugieres que haga uno mayor, es posible que encuentres en él una resistencia a gastar el dinero. Si es así, podrás hacerle examinar las realidades, y evitarás que te lleve la contraria. Son unas criaturas muy curiosas estos hombres.
-Te he traído algunos pañuelos -anunció Marie.
-¡Oh, qué preciosos son! Marie, tienes unos dedos de plata. ¿Cómo te permiten los ojos hacer estos bordados tan diminutos?
-Mis ojos siempre han sido buenos -afirmó Marie.

Cuando la señora volvió a su casa de la Avenida Marigny encontró abiertas las puertas dobles del salón y a su esposo muy afanado en su telescopio con pequeñas herramientas brillantes.
-He estado pensando -dijo Marie-. Y se me ocurre que deberías comprar la cámara.
-¿Qué? -preguntó él.
-Es que eso podría significar tu elección en la Academia.
-Eres muy amable -agradeció el marido-. Pero yo también he estado reflexionando. Y lo primero es lo primero. No, ya me las arreglaré con la que tengo.
-Te lo ruego.
-No.

-Te lo ordeno.

-Querida, vamos a evitar confusiones en cuanto a quién es el jefe de esta casa. No dejemos, como hacen los norteamericanos, que sean las gallinas las que alcen el gallo.

-Perdóname -se excusó Marie.

-No tiene importancia. Y ahora debo prepararme para la noche. La lluvia de meteoros continúa, querida. A las estrellas no les interesa nuestros problemas.

Desde el piso superior llegó hasta ellos un estrépito metálico. Héristal levantó la vista aprensivamente.

-No sabía que Clotilde estuviese en casa.

-Ha sido la mesa de cobre del pasillo -explicó ella-. Parece que salta por encima de ella. Tengo que ponerla en otra parte.

-Por favor, no le dejes que pase a la terraza, Marie -le advirtió el marido-. A lo mejor le da por saltar por encima del telescopio también.

Clotilde bajó las escaleras lentamente, con su vestido un poco ajustado sobre sus contornos en desarrollo. Una piel pequeña, mordiéndose furiosamente su propia cola, le caía descuidadamente de los hombros.

-¿Vas a salir, querida?

-¡Oh, sí, mamá! Voy a hacer una prueba para la pantalla.

-¿Otra?

-Una hace lo que sugiere el director -respondió Clotilde.

Pipino se situó protectoramente delante de su telescopio cuando su hija se deslizó a través de las puertas dobles y tropezó ligeramente en el escalón de la puerta.

-¿Entonces tienes un director? -preguntó.

-Están haciendo el reparto de papeles de la novela *La princesa Ragamuffin*. Mira, hay una muchacha huérfana y...

-Y descubre que es una princesa. Es una novela norteamericana.

-¿La has leído?

-No, querida, pero la conozco.

-¿Cómo sabes que es norteamericana?

-Por una parte, debido a que los norteamericanos tienen un interés quizá exagerado por las princesas, y en segundo lugar, porque sienten una gran simpatía por el cuento de la Cenicienta.

-¿La Cenicienta?

-Deberías leerlo, querida -le recomendó su padre.

-Gregory Peck va a representar el papel de príncipe.

-Claro, no faltaba más -dijo Pipino-. Ahora bien, si se tratara de una novela francesa, la princesa descubriría que. .. Cuidado, querida.. ., por favor, no te acerques al telescopio. Está dispuesto para el espectáculo de esta noche.

Cuando su hija se deslizó sedosamente escaleras abajo y el portón del patio resonó vibrando detrás de ella, la madre comentó:

-Casi prefería más la vida que hacía cuando estaba escribiendo novelas. Estaba en casa con más frecuencia. Por un lado, me alegraré cuando encuentre un muchacho simpático y de buena familia...

-Primero debe ser una princesa -dijo Pipino-. Todo el mundo debe serlo.

-No deberías burlarte de ella.

-Quizás yo no lo fui. Todavía puedo recordar semejantes sueños. Y fueron muy reales.

-Eres muy amable.

-Estoy curiosamente agitado y contento, Marie. Durante toda una semana estaré entretenido -levantó sus dedos alegremente- por mis amigos de allá arriba.
-Y estarás despierto toda la noche y dormido todo el día.
-No cabe duda -confirmó Héristal.

Los acontecimientos del año 19... en Francia se deberían estudiar no por su carácter singular sino más bien por lo que tuvieron de inevitables. El estudio de la historia, si bien no proporciona el don de profetizar, puede indicar líneas de probabilidad.
No era entonces, y no es ahora, cosa nueva que un gobierno francés caiga por faltarle el voto de confianza. Lo que en otros países se ha llamado "inestabilidad" en Francia es una especie de estabilidad. Lord Cotten ha dicho que "la anarquía ha sido refinada en Francia hasta el punto de ser reacción". Y más tarde: "Para un francés, la estabilidad es una tiranía intolerable". ¡Ay! Demasiado pocos son los capaces emocionalmente de comprender a Lord Cotten.
Muchos millones de palabras partidistas y apasionadas se han escrito acerca de las recientes y repetidas crisis francesas. Todavía queda por reconstruir el proceso bajo la mirada fría y calculadora del historiador.
Es una cosa admitida que el 12 de febrero de aquel año, cuando Rumorgue fue colocado finalmente en posición de pedir que se procediera a votar sobre la cuestión de Mónaco, sabía de antemano cuál, iba a ser el resultado. De hecho, hubo muchos a su alrededor que tuvieron la impresión de que acogió con agrado la terminación de su cargo de primer ministro. Rumorgue, además de su jefatura titular del partido protocomunista, el cual está situado tradicionalmente dos grados a la derecha del centro, es una autoridad en psicobotánica. Para aceptar la jefatura del gobierno, había abandonado a regañadientes y temporalmente los experimentos concernientes al dolor en las plantas que desde hacía varios años estaba realizando en su vivero de Jean les Pins. Muy pocas personas ajenas a este campo conocen la existencia de la obra del catedrático Rumorgue titulada *Tendencias y síntomas de histeria en el trébol rojo*, tesis de su discurso a la Academia de Horticultura. Su triunfo académico sobre sus críticos, algunos de los cuales llegaron hasta el extremo de acusarlo de estar más loco que el trébol que le había servido de tema, debió haberle hecho doblemente renuente a asumir, no sólo la dirección de su partido, sino también el puesto de jefe del gobierno. El periódico *Paz a través de la guerra*, aunque opuesto a los protocomunistas, es muy probable que citara correctamente a Rumorgue al poner de relieve que el trébol blanco, con todos sus defectos, era más fácil de manejar emocionalmente que los representantes electos del pueblo de Francia.
El asunto en el cual zozobró el gobierno de Rumorgue, si bien era inteersante, no tenía importancia nacional. Hay la creencia ampliamente extendida de que si no hubiera surgido la cuestión de Monaco alguna otra dificultad hubiese ocupado su lugar. El propio Rumorgue salió con honor de la situación y pudo trabajar tranquilamente en su siguiente libro: *La herencia esquizofrénica en las legumbres*, una serie de leyes derivadas de las expuestas por Mendel.
Sea como fuere, Francia se encontró sin gobierno. Se recordará que cuando el presidente Sonnet llamó a los ateos cristianos para que formaran

gobierno, éstos no pudieron llegar a un acuerdo ni aun dentro de sus propias filas. De la misma manera, tampoco los socialistas pudieron encontrar apoyo. Los comunistas cristianos, con el respaldo de la Liga de No Contribuyentes, no llenaron los requisitos. Entonces fue cuando Sonnet convocó la histórica conferencia de jefes de todos los partidos en el Palacio del Elíseo.

Deben mencionarse los partidos existentes a la sazón, ya que algunos de ellos han desaparecido para ser substituidos por otros. Aquellos grupos que acudieron al llamamiento del presidente se citan aquí, no por orden de fuerza sino sencillamente atendiendo a su posición geográfica en relación con el centro. En el Palacio del Eliseo se reunieron:

Los radicales conservadores.
Los conservadores radicales.
Los realistas.
Los centristas de la derecha.
Los centristas de la izquierda.
Los cristianos ateos.
Los cristianos cristianos.
Los comunistas cristianos.
Los protocomunistas.
Los neocomunistas.
Los socialistas y
Los comunistas.
Los comunistas estaban divididos en:
Stalinistas.
Trotskistas.
Khrushchevistas.
Bulganistas.

Durante tres días, la lucha se mantuvo encarnizada. Los jefes de los partidos durmieron en los sofás forrados de brocado del Gran Salón de Baile y subsistieron a base del pan, el queso y el vino de Argelia que les proveyó el *Président*. Fue un espectáculo de actividad y tumulto. El Salón de Baile del Elíseo no solamente tiene las paredes recubiertas de espejos, sino que éstos también se encuentran en el techo, lo cual creó la impresión de que en vez de haber cuarenta y dos jefes de partido había miles literalmente. Cada puño que se levantaba airado se convertía automáticamente en cincuenta puños, mientras que el eco de las duras superficies de los espejos devolvía los sonidos de una multitud.

Rumorgue, el ministro caído y jefe de los protocomunistas, abandonó la reunión y regresó a Jean les Pins al recibir un telegrama de su esposa en el que le decía que la cerda polaca-china, llamada Angustias, había partido.

Y al cabo de siete días la conferencia no había hecho nada. El presidente Sonnet puso el cuarto de baño del Elíseo a disposición de los delegados, pero se negó a encargarse de la ropa blanca.

La gravedad de la irreconciliable desavenencia comenzó por fin a reflejarse en la prensa de París. El periódico humorístico *Cocodrilo* sugirió que la situación debía hacerse permanente, ya que desde que se habían retirado de la circulación los jefes de los partidos no habían surgido crisis nacionales.

Frecuentemente las grandes decisiones históricas son el resultado de causas pequeñas y hasta incluso baladíes. Ya bien avanzada la segunda semana, los jefes de los partidos políticos más grandes descubrieron que sus voces, que habían ido del tono vibrante al áspero y luego al ronco, finalmente estaban desapareciendo por completo.

Fue en este momento cuando el grupo compacto de jefes del partido realista tomó la palabra. Habida cuenta de que no abrigaban esperanza alguna de ser incluidos en ningún nuevo gobierno, se habían abstenido de pronunciar discursos, y así habían conservado sus voces. Después del alboroto de los ocho días de reuniones, la calma de los realistas era, por contraste, explosiva.

El conde de Terrefranche avanzó hacia la tribuna y tomó la palabra, a pesar de una arenga, apasionada pero pronunciada como un susurro de Triflet, el conservador radical.

El conde anunció con voz clara, sonora, que el grupo realista había unido sus fuerzas. El mismo, dijo, a pesar de su lealtad básica y constante a la dinastía de los merovingios, de la cual derivaba su título, había convenido en pasar a las filas de los Borbones, no por falta de respeto y cariño por la gran tradición a la que él pertenecía, sino simplemente porque los merovingios no podían presentar un príncipe de estirpe clara y directa. Presentó, por lo tanto, al duque de Troisfronts, cuya propuesta tendría el apoyo no solamente de los otros partidos realistas, sino también del noble e inteligente pueblo de Francia.

El duque de Troisfronts, al que en circunstancias ordinarias se mantenía apartado de las apariciones públicas, a causa de su bóveda palatina dividida, lo cual ha sido la principal característica de su familia durante muchas generaciones, subió ahora a la tribuna y pudo no solamente hacerse oír sino entender.

Francia, declaró, se encontraba en un punto crítico, bajo la bandera hecha jirones de los desaseados, los ambiciosos y los ineptos, Francia se había visto reducida desde su condición de gloriosa potencia que señalaba los destinos del mundo a una nación de tercera categoría, amargada y camorrista, al estado de una provincia pusilánime que trataba infructuosamente, por una parte, de adular de una manera servil a Inglaterra y los Estados Unidos, y por otra parte, a los Comisarios.

El duque se quedó tan sorprendido de haber podido decir esto, que se sentó y le tuvieron que recordar que no había llegado al punto importante. Al recordarlo, sin embargo, se levantó gentilmente otra vez. Sugirió, incluso ordenó, que se restaurara la monarquía para que Francia pudiera resurgir como el ave fénix de las cenizas de las república y proyectar su luz sobre el mundo. Terminó su discurso derramando lágrimas y abandonó el salón inmediatamente, lamentándose ante la Guardia Republicana que se hallaba ante las puertas del palacio: "¡He fracasado! ¡He fracasado!" Pero en realidad, como todo el mundo sabe, no había fracasado.

El discurso del duque de Troisfronts tuvo el efecto de escandalizar de tal modo a los jefes de los partidos, que quedaron reducidos al silencio. Sólo muy poco a poco comenzaron una serie de conferencias sostenidas en tono de murmullo. Los jefes de los partidos se unieron en corrillos y hablaron cuchicheándose y mirando recelosamente de vez en cuando por encima de sus hombros.

Deuxcloches, verdadero dirigente del bloque comunista, aunque en el partido sólo tiene el humilde puesto de Custodio Cultural, parece que fue el primero en darse cuenta de las implicaciones de la propuesta de Troisfronts.

A instancia de Deuxcloches, el grupo comunista se ausentó del Salón de Baile y se volvió a reunir en el cuarto de baño del presidente. Pero aquí surgió una difícil cuestión protocolaria. En el problema estaban involucrados dos altos funcionarios y dos asientos. Douxpied era de hecho el secretario del partido, pero el Custodio Cultural Deuxcloches era quien ejercía el poder real. Puesto que se concedía que era así, se planteaba el problema de cuál era el asiento que tenía superioridad, ¿el excusado o el bidé? Una consideración de tal naturaleza podía haber hecho que la reunión se empeñara en una discusión interminable, de no haber sido porque el propio Gustave Harmonie se lanzó apasionadamente a remediar la escisión. Era cierto, expuso, que el Partido Comunista era el Partido Comunista, pero, prosiguió, Francia era Francia.

Deuxcloches se acarició la barbilla nerviosamente y llevó a cabo su histórica elección ocupando su posición en el bidé. Sin embargo, a la vista de una posible revisión, sostuvo que la aparente desviación sólo era local. El partido alemán, manifestó, podría sentirse llamado a seguir un rumbo opuesto. La explosión de aplausos que siguió a su decisión le dio ánimos para seguir adelante.

Deuxcloches argüyó de la manera siguiente. La función natural del Partido Comunista, dijo, era la revolución. Cualquier cambio que hiciera más factible la revolución era innegablemente una ventaja para el partido. La política francesa se hallaba en un estado de anarquía. Era muy difícil rebelarse contra la anarquía, ya que para la mentalidad popular, informada sin dialéctica, la revolución es anarquía. No tiene sentido, para los no instruidos, substituir la anarquía por la anarquía. Por otra parte, continuó, la monarquía es el imán natural para la revolución, como se puede comprobar históricamente. En consecuencia, para los comunistas sería una ventaja que se restableciera la monarquía francesa. Ese sería un punto de partida que, en realidad, aceleraría la revolución.

Douxpied intervino en esta coyuntura para poner de relieve que la opinión mundial podría sentirse perpleja al ver al Partido Comunista abogando por el retorno de un rey.

Deuxcloches aseguró al secretario del partido que esa información no trascendería al exterior. El partido francés no votaría en absoluto. Una vez coronado el rey, sería tiempo de anunciar que Francia había sido engañada por promesas incumplidas y presiones imperialistas. Mientras tanto, se podía proceder a realizar un trabajo concreto con miras a la revolución.

Después de breves momentos de reflexión, Douxpied se levantó y estrechó calurosamente la mano de Deuxcloches, un ademán simple y simbólico de consentimiento. Los otros miembros siguieron el ejemplo instantáneamente. Sin embargo, hubo un delegado que sugirió que quizás, al abstenerse los comunistas, los socialistas pudieran unirse a los cristianos ateos y a los protocomunistas, para hundir la medida propuesta.

-Entonces tenemos que asegurarnos de que no lo hagan -respondió Deuxcloches-. Si a los socialistas no se les ocurre pensar en ello, se les podría sugerir que un rey mantendría a los comunistas con las riendas cortas.

Esta declaración provocó una andanada de aplausos y la reunión se suspendió para volver al Salón de Baile.

En el intervalo se habían estado celebrando otras conferencias entre otros partidos. Los socialistas, por ejemplo, no necesitaban sugestión alguna. Era obvio para ellos que un rey pondría freno efectivamente a los comunistas. Eliminado ese obstáculo del camino, los socialistas podían mirar al futuro, hacia el cambio gradual que era su doctrina.

Los ateos cristianos estuvieron de acuerdo en que, bajo la presente dispersión de partidos, en la confusión resultante, la Iglesia sin confusiones estaba abriendo brechas. La monarquía, por otro lado, era el enemigo natural de la Iglesia militante; Inglaterra era el ejemplo perfecto de monarquía popular que se alza con éxito contra las irrupciones de Roma.

Los cristianos cristianos adoptaron la posición de que la familia real siempre había sido inequívocamente católica, en tanto que la aristocracia, particularmente aquellos miembros que tenían su origen en el Antiguo Régimen, si no se habían desviado en los tiempos adversos no era probable que lo hicieran una vez que su sueño se había convertido en realidad.

Los centristas de la izquierda son una fuerza poderosa, sobre todo cuando pueden encontrar una causa común con los centristas de la derecha. Estos dos partidos representan conjuntamente lo que se ha dado en llamar las Cien Familias, aunque desde la Segunda Guerra Mundial y la Ayuda Económica Norteamericana, podrían ser mejor designadas como las Doscientas Familias. Ambos partidos no sólo representan la minería y la industria, sino también la banca, compañías de seguros y bienes raíces; la única diferencia entre ellos consiste en que los centristas de la izquierda están en favor del retiro y las provisiones médicas que son comunes en las corporaciones norteamericanas, en tanto que los centristas de la derecha no están de acuerdo con esa posición. Estos dos partidos pudieron ponerse de acuerdo casi inmediatamente sobre la restauración de la monarquía, ya que un rey refrenaría indudablemente tanto a socialistas como a comunistas y al proceder así pondría término a las exigencias de aumento de salarios y reducción de jornada.

La Liga de No Contribuyentes llegó a la conclusión de que un régimen monárquico cobraría impuestos a los centristas de la derecha y la izquierda, y ésta era la razón principal de su existencia como No Contribuyentes. Se daban cuenta cabalmente de que la ya proyectada monarquía no recaudaría impuestos de la aristocracia, pero argüyeron que ésta representaba un grupo muy reducido y arruinado, debido a lo cual no tenía importancia si los realistas quedaban exentos de pago.

Se estableció unanimidad de dirección entre los partidos políticos, única en la historia moderna. Cada grupo se mostró en favor de la restauración de la monarquía por razones diferentes y ventajosas para él. Los comunistas, apegados fielmente a su papel, mantuvieron un silencio hosco.

El debate se inflamó en la prensa francesa, la cual encontró, en el aumento de circulación, sus razones particulares para mantener viva la atención pública en el asunto. *Le Figaro*, en un editorial que apareció en la primera página, sostuvo que la integridad y dignidad francesas serían mejor servidas si su símbolo era un rey y no un modisto. Los parisienses, en general, se mostraban partidarios de una propuesta que prometía variedad, mientras que la Asociación de Restaurantes, casas de modas y la Asociación Hotelera, consideraron que, puesto que a los norteamericanos les encantaba la

realeza, solamente el aumento del turismo y gastos eran bastante para justificar el cambio. En cuanto a los granjeros, provincianos y aldeanos, son opositores tradicionales de cualquier gobierno que se encuentre en el poder, y por lo tanto, son partidarios automáticos de cualquier cambio, sea bueno o malo. En la Asamblea Nacional los entusiastas pidieron que se votara inmediatamente.

Los realistas de Francia, o para el caso los realistas de cualquier país donde se ha eliminado a la realeza como un principio gobernante, nunca se han rendido. Efectivamente, es una parte de la naturaleza, incluso de la gallardía triunfante de una aristocracia, que no abandona, que no puede abandonar, la certidumbre de su regreso, que traerá consigo los días dorados, los días prósperos y corteses. Entonces volverán nuevamente el honor y la fidelidad, la devoción del deber y la reverencia al rey; entonces criados y campesinos tendrán protección y abrigo, no serán dejados sueltos en un mundo rapaz; entonces será conocido debidamente un hombre por su pasado ilustre y no por su presente agresivo y ambicioso; entonces presidirá su Graciosa Majestad, como un árbitro benévolo sobre los refinados y los nacidos en buena cuna. El rey dirigirá y corregirá tiernamente a las familias adecuadas y reprenderá y castigará severamente a cualquiera de aquellas que traten de meterse a la fuerza o de cambiar las reglas. Entonces los caballeros serán galantes con las damas y las damas amables y gentiles para con los caballeros. Quien no sostenga estas normas como verdades absolutas no tiene lugar en las filas de la nobleza.

Los realistas eran un coágulo en el torrente sanguíneo de la república. El Partido Realista, si bien no era numeroso, rico y no vocinglero, estaba estrechamente unido y apasionadamente devoto a su causa. Las dificultades que pudiesen existir entre sus miembros eran de tipo social o estaban relacionadas con el antiguo prestigio y el mantenimiento de un honor permanentemente frágil. Mientras la Asamblea Nacional discutía el regreso de la monarquía con fervor y aprobación crecientes, los realistas se reunieron en un salón que en otros tiempos había servido de albergue al Club Checo de Oratoria y Gimnasia Social y que fue abandonado después del *Anchluss* con la Unión Soviética.

Nadie podía haber previsto dificultad alguna. El pretendiente de la casa de Borbón se hallaba a mano, era legítimo y estaba educado para su posición. Afortunadamente no se le había convocado a la reunión. Se encontraban presentes:

Vercingetorianos.
Merovingios.
Carolingios.
Capetos.
Burgundianos.
Orleanistas.
Borbones.
Bonapartistas.

Y dos grupos muy reducidos:

Angevinos, de los que se rumoreaba que contaban con el apoyo de los británicos, y

Cesarianos, que pretendían ser descendiente de Julio y llevaban la banda siniestra arrogantemente.

Los Borbones caminaban como emperadores y dedicaron leves sonrisas borbónicas cuando se bebió brindando por el rey. Pero cuando nombraron su pretendiente, el conde de París..., se soltaron todos los demonios del infierno.

Los bonapartistas se pusieron en pie de un bote, con los ojos saliéndoseles de las órbitas. El conde de Jour, cuyo bisabuelo había llevado el bastón de mariscal en su mochila, gritó:

-¡Borbón! ¿Y por qué Borbón? ¿Es que se ha agotado la sangre sagrada de Napoleón? ¿Y unido con Orleáns, las dos dinastías que más contribuyeron a la caída de la monarquía en Francia? ¿Es que vamos a...?

-¡No! -gritaron los angevinos, con lo que algunos pensaron era acento inglés.

-¡Mil veces los merovingios, los Rois Fainéants! -exclamaron con voz estridente los partidarios de los Capetos.

Durante un día y una noche se libró una batalla fragorosa, mientras nobles voces enronquecían y nobles corazones latían sordamente. De todos los partidarios aristocráticos, sólo los merovingios volvieron a sentarse, callados, indiferentes, contentos y desfallecidos.

Fue a media mañana del segundo día cuando el agotamiento proclamó a todos el hecho innegable de que les era tan imposible a los realistas ponerse de acuerdo acerca de un rey como a los republicanos formar un gobierno. Al llegar la noche enviaron a buscar un haz de espadas y alteraron el código por aclamación. Apenas si hubo mi caballero que no llevara rasguños y tajos que proclamaban que su honor estaba intacto. Sólo los poltrones merovingios estaban serenos y sin cicatrices.

A las 10.37 de la mañana del 21 de ferebro de 19..., el anciano Childéric de Saóne se puso en pie lentamente y habló con suavidad en su voz merovingia empolvada, que de todos modos era una de las pocas voces que quedaban.

-Mis nobles amigos -comenzó-, como ustedes saben, me adhiero a una dinastía que no admite que ustedes existan.

Un borbón se abalanzó con gesto cansado hacia el paragüero que servía de armero para las espadas, pero Childéric lo detuvo con un ademán.

-Desista, querido marqués -le dijo-. Mis reyes, según está registrado, desaparecieron por lasitud. Nosotros, los merovingios, no queremos la corona. Por lo tanto, quizás estemos en situación de arbitrar, de aconsejar. -Sonrió ligeramente-. Nos parece a nosotros que los años de poder republicano han impreso su huella en esta reunión. Ustedes, señores, se han conducido con toda la estupidez de los representantes electos de un populacho dotado de menos inteligencia todavía pero sin su paciencia. Celebro que esto haya ocurrido en una reunión a puerta cerrada, de modo que nadie haya podido vernos.

Un silencio de culpabilidad reinó entre los concurrentes. Los nobles inclinaron sus cabezas, avergonzados, en tanto que Childéric continuó:

-En los días de mis antepasados, estos asuntos de la sucesión dinástica se llevaban de una manera más noble: con veneno, puñal o las manos rápidas y misericordiosas del estrangulador. Ahora nos hemos entregado a la urna electoral. Muy bien, pues, vamos a hacer uso de ella como nobles. Que el que pueda votar con más frecuencia sea el que gane.

Childéric hizo una pausa, desatornilló el puño de su bastón y tomó un sorbo de coñac que substituía a la hojal de la espada que en otros tiempos se había ocultado dentro del bastón.

-¿Está alguno preparado para interrumpirme ahora? -preguntó cortésmente-. Muy bien, entonces continuaré. Parece manifiesto que Borbón, Orleáns, Burgundy, incluso el joven Capeto, sólo pueden reinar recurriendo al viejo método de diezmar a sus opositores. Sugiero, por lo tanto, que vayamos más atrás en la historia. En cuanto a Anjou... -Extendió los dedos índice y corazón haciendo la señal de la victoria de Churchill, pero los apuntó hacia adelante, lo cual altera el significado del gesto.

Burgundy se levantó de un salto, con la intención de gritar: ¿Quién? ¿Usted?, pero el balido que emitió su garganta torturada sonó más como: ¿Quiéeen? ¿'steeed?

-No -respondió Childéric-. Yo estoy contento de vivir como lo hicieron mis últimos reyes y de resolver el problema de la misma manera que ellos. Sugiero para el trono de Francia la sangre sagrada de Carlomagno.

Borbón explotó en un murmullo atronador:

-¿Está usted loco? La línea de sucesión ha desaparecido.

-No es así -replicó Childéric reposadamente-. Recordarán ustedes, nobles caballeros, aunque en aquella época sus antepasados eran pastores de ovejas, que Pipino II de Héristal, pasando por alto la costumbre sálicá de partición, entregó todo su reino a su hijo Charles, más tarde llamado *el Martillo*.

-¿Bueno, y eso qué? -preguntó el Borbón-. Ahora no hay descendencia.

-No, no la hay de Charles Martel. Pero le ruego que recuerde también que Charles fue ilegítimo. Quizás esto le ha hecho a usted ignorar el dato de que Pipino II tuvo dos hijos legítimos y que a éstos los hizo a un lado *de jure*, ¿pero podía, tenía el poder de hacerlo *in esse* o *de facto*? En la actualidad vive en París Pipino Arnulfo Héristal, un hombre agradable y astrónomo por afición, en tanto que su tío, Charles Martel, es propietario de una pequeña galería de arte en la calle del Sena. Como quiera que desciende de una rama legítima, quizás usa el nombre de Martel impropiamente.

-¿Pero lo pueden probar?

-Sí, lo pueden probar -aseguró Childéric a los nobles, afablemente-. Pipino es un antiguo amigo mío. Es un hombre listo. Lleva el balance de mi talonario de cheques. Yo le llamo el Corregidor de Palacio; es un chiste muy malo, pero nos reímos. Pipino vive de los productos de dos viñedos, los últimos vestigios de las vastas posesiones de Héristal y Arnulfo. Nobles caballeros, tengo el honor de proponerles que nos unamos bajo su Graciosa Majestad Pipino de Héristal y Arnulfo, de la línea dinástica de Carlomagno.

La suerte estaba echada, aunque los cuchicheos continuaron hasta que el cansancio de la noche demostró que no era posible llegar a otro acuerdo.

Finalmente, la nobleza se conformó. Incluso trataron de aclamar, de gritar: "'¡Viva el rey!" Tuvieron éxito en beber a su salud y luego llevaron el nombre y orígenes de Pipino a la Asamblea Nacional, donde fue recibido con entusiasmo y alivio, porque ya había pasado por la imaginación de los más astutos representantes del pueblo francés que 1789 no estaba tan remoto. ¿Pero quién podía odiar a Héristal, o Carlomagno?

En circunstancias ordinarias Héristal se mantenía informado de las actividades y procedimientos del gobierno. Sin embargo, la doble excitación de la lluvia de meteoros y la triunfante complejidad de la nueva cámara la tenían en la terraza del tejado por la noche y en el cuartal oscuro de la bodega por la mañana, de la cual se retiraba agotado pero feliz, para recuperarse para la noche siguiente.

Héristal era una de las muy contadas personas de Francia, quizás del mundo entero, que no sabía que se había abolido la república por votación y que se había proclamado la monarquía en Francia. De lo cual se deduce que también ignoraba que había resultado elegido por aclamación rey de Francia con el nombre de Pipino IV. Pipino el Breve, hijo de Charles Martel, que murió en 768, fue considerado como Pipino III.

Cuando el comité triunfante llevó la voluntad oficial del pueblo de Francia a la casa del número uno de la Avenida de Marigny a las nueve de la mañana, Héristal, con una bota de color vino, estaba sentado en su estudio, tomando una taza de caliente Sanka importado del los Estados Unidos y preparándose para ir a la cama.

Escuchó cortésmente, quitóse los lentes y se frotó los ojos enrojecidos. Al principio, aunque estaba cansado, le hizo gracia la comisión. Pero cuando comprendió que la sugestión que le hacían era en serio se sobresaltó profundamente. Colocó sus lentes a horcajadas sobre su índice derecho, donde cabalgaron como en una silla.

-Caballeros -dijo-, están gastando ustedes una broma, y si me perdonan la observación, una broma de no muy buen gusto.

Su incredulidad aumentó la vehemencia del comité. Renovaron sus protestas a voz en grito. Le pidieron su aceptación inmediata del trono por la seguridad y el futuro de Francia.

En medio del tumulto, Pipino se reclinó hacia atrás en su sillón y se llevó la mano, en la que se apreciaban sus venas azules, a la frente, como si tratara de mantener alejada de sí aquella escena irreal.

-Algunas veces -manifestó- pasan cosas por la imaginación de un hombre, particularmente cuando está fatigado. Espero, caballeros, que cuando abra los ojos no estarán ustedes aquí. Entonces tomaré algo para el hígado.

-Pero Su Majestad...

Los ojos de Pipino se abrieron desmesuradamente.

-¡Oh, bueno! -dijo en tono de resignación-. Ya hubo una oportunidad. Ese término de *Su Majestad* hace sentir inquietud. Debo creer, supongo, que ustedes, caballeros, no están gastando alguna complicada broma pesada; no, no parecen ustedes ser bromistas. Pero si no están ustedes locos, ¿cuál es su autoridad para hacer esta ridicula proposición?

Flosse, de los centristas de la derecha, dio un matiz oratorio a su voz.

-Francia se ha encontrado en la imposibilidad de formar gobierno, señor. Durante varios años han estado cayendo gobiernos tan pronto como se han puesto de acuerdo sobre una política.

-Ya lo sé -afirmó Pipino-. Quizás tenemos miedo de la política.

Flosse prosiguió:

-Francia necesita una continuidad para navegar con seguridad por encima de partidos y banderías. ¡Fíjese en Inglaterra! Los partidos pueden cambiar allí, pero hay una dirección que proviene de la monarquía. Esto lo tuvo Francia antaño, pero lo ha perdido. Creemos, Majestad, que puede ser restablecido.

Pipino comentó con voz suave:

-Los monarcas de Inglaterra ponen primeras piedras y adoptan posiciones inequívocas en cuanto al tipo del sombrero que hay que llevar en una carrera de caballos. Pero ¿han pensado ustedes amigos míos, que los ingleses quieren a su gobierno y se pasan la mayor parte del tiempo celebrándolo, mientras que los franceses, por el contrario, detestan

automáticaemnte cualquier gobierno que esté en el poder? Yo soy del mismo aviso. Es la manera francesa de considerar al gobierno. Mientras no se me demuestre lo contrario, preferiría ir a dormir. Pero ¿han pensado ustedes en las dificultades que lleva aparejado su... plan? Francia ahora ya lleva algún tiempo de ser república. Sus instituciones son republicanas, su formal de pensar es republicana. Creo que es mejor que me vaya a acostar. Todavía no me lian comunicado ustedes quién envió esta diputación.

Flosse expuso en voz alta:

-El Senado y la Asamblea de Francia sólo esperan la graciosa aceptación de Su Majestad. Somos enviados por los representantes del pueblo de Francia.

-¿Votarán los comunistas por la monarquía? -preguntó Héristal afablemente.

-No se opondrán, señor. Garantizan eso.

-¿Y qué me dicen del pueblo de Francia? Me parece recordar que entraron como hormigas en París blandiendo bieldos y tridentes y que algún miembro de la realeza -afortunadamente no era pariente mío- no sobrevivió.

El senador Veauvache, socialista, se puso en pie. Se trataba del mismo Veauvache que provocó la atención nacional en 1948 al rehusar un soborno. En aquella ocasión se le concedió el título honorario de *el Honrado Jean*, que na llevado con humildad desde entonces. Veauvache declaró solemnemente:

-Un sondeo de la opinión indica que el pueblo francés se unirá detrás de usted como un solo hombre.

-¿A quién sondearon? -preguntó Pipino.

-Eso no viene al caso -respondió el Honrado Jean-. En Norteamérica, que es la cuna de las encuestas de opinión pública, ¿hay alguien que haga esa ofensiva pregunta?

-Usted perdone -se excusó Pipino-. Creo que es debido a que tengo sueño y estoy confuso y cansado. Ya no soy tan joven como para...

-¡Bah, bah, bah! -exclamó Flosse, adulador.

-Y, además, también he estado ocupado con... -Hizo un ademán señalando al cielo-. Mi esposa no me incomoda trayéndome noticias cuando estoy preocupado. Como ven, caballeros, me han tomado ustedes por sorpresa.

-Debe usted ser coronado en Reims -exclamó Flosse, humedeciéndosele los ojos de emoción-. Debemos seguir las antiguas costumbres. Francia le necesita, señor. ¿Negará a su país la seguridad de su gran alcurnia?

-¿Mi alcurnia?

-¿No desciende usted directamente de Pipino Segundo?

-¡Ah! ¿A eso se debe todo el lío? Pero ha habido tantas casas reales desde...

-¿Pero no niega usted su origen?

-¿Y cómo puedo negarlo? Me parece que es una cosa de registro.

-¿Entonces, no nos permite que sigamos adelante, señor?

-Eso es una tontería -respondió Pipino-. ¿Cómo puedo impedir nada que se le haya metido en la cabeza hacer a una república, aunque sea destruirse a sí misma? Yo soy el pedacito rabón de la larga cola de un perro muy largo. ¿Puedo yo menear a ese perro?

-Francia necesita...

-Y yo necesito dormir, caballeros. Por favor, déjenme solo ahora. Cuando despierte dentro de algunas horas, espero que todo esto lo recordaré como un sueño.

Y mientras dormía lo que se ha denominado en la prensa como el "sueñecito histórico", los estudiantes de la Sorbona desfilaron por los Campos Elíseos gritando: "¡Viva el rey!" y "¡San Dionisio por Francia!" Cuatro de ellos treparon por las vigas de la Torre Eiffel y plantaron un antiguo estandarte real en el remate mismo de la torre, donde ondeó triunfalmente entre los instrumentos medidores del viento.

Las calles hervían de ciudadanos que cantaban y bailaban con animación,

Barriles de vino procedentes de los almacenes de cooperativas instalados Sena arriba rodaron a través de las calles y fueron espitados en las esquinas de las calles.

Los Señores de la Moda corrieron precipitadamente a sus tableros de diseño.

Schiaparelli, en el plazo de una hora, anunció un perfume llamado *Rêve Royale*.

De las rotativas salieron ediciones especiales de *L'Espéce, Cormorán, Paris Minuit, L'Era y Monde Dieu*, que fueron arrebatadas de las manos de los vendedores.

El estandarte real de Carlomagno apareció como por arte de magia en los escaparates de les establecimientos.

El embajador norteamericano, con instrucciones de su gobierno, buscó infructuosamente a alguien a quien felicitar.

La ola desbordó a París y círculos concéntricos se extendieron hasta las provincias, encendiendo fogatas e izando banderas.

Y a todo esto el rey dormía. Pero su esposa hacía visitas cada hora al puesto de periódicos, buscando las nuevas ediciones y apilándolas ordenadamente en el escritorio de su marido para que las hojeara.

Pipino muy bien hubiera podido dormir toda la noche y el día siguiente de no haber sido porque las baterías antiaéreas dispuestas alrededor de París dispararon una salva real a las dos y media de la madrugada. Cinco ciudadanos resultaron muertos y treinta y dos heridos como consecuencia de las esquirlas que cayeron en la ciudad. Los treinta y dos heridos hicieron manifestaciones entusiastas y de lealtad desde sus lechos del hospital.

El tronar de los cañones antiaéreos despertó a Pipino. Su primer pensamiento fue: "Debe ser Clotilde, que regresa a casa. ¿En qué habrá tropezado ahora?"

Una segunda salva de las baterías antiaéreas lo hizo apoyarse sobre un codo, mientras buscaba a tientas, con su mano izquierda, la lámpara de leer de la cama.

-¡Marie! -llamó-. ¡Marie! ¿Qué es eso?

La señora abrió la puerta. En sus brazos llevaba un cargamento de periódicos.

-Es el Saludo Real -contestó-. *L'Espéce* dice que habrá ciento un cañones.

-¡Cielo santo! -exclamó Pipino-. Creí que era Clotilde. -Consultó su reloj, y después alzó su voz para que le oyeran por encima del estruendo de los cañones-: Son las tres menos cuarto de la mañana. ¿Dónde está Clotilde?

Marie respondió fríamente:

-La princesa, montada en una motoneta, está dirigiendo a sus leales sujetos hacia Versalles. Va a poner en funcionamiento las fuentes.

Pipino exclamó:

-¡Entonces no fue sueño! Cuando el ministro de Obras Públicas se entere de esto, me huelo la guillotina. Marie, esta gente parece tomar en serio su majadería. Quiero hablar con el tío Charles.

En las primeras horas del amanecer el rey y su tío estaban frente a frente en la parte posterior de la galería de arte de la calle del Sena.

Pipino había golpeado las contraventanas del establecimiento de Charles Martel hasta que ese caballero, ataviado con un largo camisón y un fez, de mal humor por haber sido arrancado de su sueño, lo atisbo desde el interior. Después de un rato de rezongos, de preparar su chocolate mañanero y enfundarse en sus pantalones, el tío Charles se reclinó en su polvoriento sillón de tafilete, ajustó la lámpara de leer de pantalla verde, limpió sus gafas y se preparó para examinar el asunto.

-Has de conservar la calma, Pipino -le recomendó-. Durante años y más años te he recomendado calma. Cuando entraste aquí atropelladamente con tu... cometa, te sugerí que las estrellas esperarían mientras tomabas una taza de chocolate. Cuando Clotilde tuvo su pequeña dificultad con los gendarmes acerca del uso inadecuado de armas de fuego en la barraca de tiro al blanco, ¿no te recomendé calma? Y resultó perfectamente, recuérdalo. Pagaste unos pocos globos de vidrio que ella hizo añicos disparando desde un tío vivo, y Clotilde vendió la historia de su vida a una revista norteamericana. ¡Calma, Pipino! ¡Calma! Te recomiendo calma.

-Pero es que se han vuelto locos, tío Charles.

-No, hijo, abandona esa teoría. El francés no se vuelve loco a menos que no vea que eso le reporta algún beneficio. Bueno, dices que la delegación estaba compuesta de representantes de todos los partidos y afirmas, además, que mencionaron el futuro bienestar de Francia.

-Dicen que Francia debe tener un gobierno estable.

-¡Hummm! -gruñó el tío Charles-. Siempre me ha parecido a mí que eso es lo último que quieren. Es posible, Pipino, que los partidos hayan elegido una dirección, pero por razones diferentes. Sí, eso es lo que debe ser, y tú, mi pobre hijo, has sido escogido para hacer de chivo expiatorio.

-¿Y qué puedo hacer, tío Charles? ¿Cómo puedo evitar hacer de... chivo expiatorio?

El tío Charles se golpeó ligeramente la rodilla con sus gafas, estornudó, se sirvió otra taza de chocolate del cazo que tenía en la estufa de gas, cerca de su codo y meneó lentamente la cabeza.

-Con tiempo y calma -declaró- posiblemente podría averiguar las razones políticas. Pero en este mismo momento no veo que tengas ninguna salida, a menos que quieras retirarte con dignidad a un baño caliente y cortarte las venas de la muñeca.

-¡Yo no quiero ser rey!

-Si el suicidio no te seduce, mi querido muchacho, puedes sosegarte en la certeza de que en un futuro cercano habrá tentativas de asesinato y, ¿quién sabe?, alguna de ellas puede tener éxito.

-¿Y no puedo decir que no, tío Charles? ¡No, no, no, no! ¿Por qué no?

El tío Charles dejó escapar un suspiro.

-En este instante se me ocurren dos razones. Más tarde vendrán varias más a mi mente. En primer lugar, te dirán que Francia te necesita. Nadie ha sido capaz jamás de resistir a una sugestión semejante, ni aquí ni en ninguna otra parte. Que se le diga a un hombre, viejo, enfermo, tonto, cansado,

cínico, sabio, incluso peligroso para el futuro de su país, que su nación lo necesita, a él y nada más que a él, y obedecerá aunque lo tengan que transportar a la tribuna en camilla y prestar juramento y tomar la extremaunción simultáneamente. No, no veo escape posible para ti. Si te dicen que Francia te necesita, estás perdido. Lo único que puedes hacer es rezar para que no se pierda Francia también.

-Pero puede que...

-Mira -le dijo el tío Charles-, tú ya estás atrapado. La segunda fuerza es más sutil, pero no menos poderosa. Consiste en la abrumadora potencia numérica de la aristocracia. Déjame que te explique esto. La aristocracia prospera y se multiplica de la manera más exuberante bajo regímenes republicanos o demócratas. Mientras que en un reino los aristócratas están ocultos y controlados, y hasta son eliminados por una u otra razón, en climas republicanos la nobleza se multiplica como los conejos. Al mismo tiempo, las clases inferiores parecen esterilizarse. La mejor prueba de ésto la encontrarás en Norteamérica, donde no existe un solo individuo que no descienda de un aristócrata, donde no hay ni un indio que no sea jefe de tribu. En la Francia republicana, sólo en un grado ligeramente menor, la aristocracia ha mostrado una fecundidad que rebasa cuanto se puede creer. Caerán encima de ti como gorriones sobre una... No, no quiero completar ese símil. Exigirán privilegios olvidados desde la época de Luis el Feo, pero lo que es más todavía, mi querido hijo, querrán dinero.

Pipino se lamentó lastimeramente:

-¿Qué voy a hacer, tío Charles? ¿Por qué no podía haber esperado esto una generación o dos? ¿No hay una rama colateral de la familia que pudiera... ?

-No -respondió Charles-, no la hay. Y si la hubiera, la combinación formada por la razón número uno, más tu esposa, más Clotilde, te arrastrarían a la misma situación. Si todos los franceses se opusieran a tu subida al trono, todas las francesas te obligarían a reinar. Han puesto sus miradas anhelantes durante mucho tiempo al otro lado del Canal de la Mancha, se han mofado de la realeza británica pasada de moda, pero la han envidiado al mismo tiempo. Pipino, hijo, estás perdido. Eres el chivo expiatorio real. Te sugiero que investigues profundamente en la situación con vistas a encontrar algo que te sirva de regocijo. Y ahora me vas a perdonar. Ha de venir un cliente con tres Renoirs sin firma.

-Bueno, de todos modos -comentó Pipino-, no me siento tan solo sabiendo que tú tendrás que asumir tus títulos.

-¡Esta sí que es buena! -gritó el tío Charles-. ¡Me había olvidado de eso!

Pipino abandonó la galería de arte en un estado de ofuscamiento. Vagabundeó a ciegas Sena arriba, por la orilla izquierda, dejó atrás Notre Dame, fábricas, almacenes, depósitos de vino, cruzó puentes, y no miró a su alrededor hasta llegar a Bercy.

Durante su largo y lento paseo es más que posible que su mente, como una rata en el laberinto de un laboratorio, buscara todas las vías posibles de escape, explorara callejones, pasajes y agujeros, sólo para toparse contra la malla de los hechos. Una y otra vez estampó su nariz mental contra la mampara del final de un pasaje que parecía prometedor, y allí estaba el hecho. Era rey y no había modo de escaparse de ello.

En Bercy entró, dando traspiés, cansado, en un café, se sentó delante de un pequeño velador de mármol, observó, sin verla, una apasionada partida de dominó y, aunque no era aún mediodía, pidió que le sirvieran un Pernod.

Lo bebió con tanta rapidez y ordenó otro con tanta prontitud, que los jugadores de dominó lo tomaron por un turista y se recataron en su lenguaje.

A su tercer Pernod se oyó decir a Pipino: "Bueno, está bien. Bueno, está bien". Trasegó su aperitivo, hizo una señal con la mano para que le sirvieran otro y, cuando llegó, se dirigió a su vaso.

-¿De modo que queréis un rey, amigos míos? ¿Pero habéis pensado en el peligro? ¿Sabéis lo que podéis haber conjurado? -Se volvió a los jugadores de dominó-: ¿Quieren hacerme el honor de beber brindando conmigo? -pidió.

Aceptaron con gestos adustos. Para ser norteamericano, pensaron, hablaba un francés excelente.

Una vez servidos, Pipino levantó su vaso.

-¡Quieren un rey! ¡Brindo por el rey! ¡Viva el rey! -Apuró su vaso-. Muy bien, amigos míos -dijo-. Es muy posible que *tengan* un rey..., y eso es lo último que quieren en el mundo. Sí, puede que se encuentren con que tienen un rey entre sus manos. -Se levantó de su asiento y caminó hacia la puerta. Se notó que tenía un andar lento y majestuoso.

NO ES TAN fácil como puede aparecer a primera vista dar nueva vida a una monarquía. Hay que determinar qué clase de monarquía es la que se va a tener. Pipino se inclinaba decididamente hacia la forma constitucional, no solamente porque en el fondo era un hombre liberal, sino también porque es muy grande la responsabilidad del absolutismo. Se concedía a sí mismo que era demasiado perezoso para hacer toda clase de esfuerzos en busca del éxito y demasiado cobarde para aceptar toda la culpa por los errores.

La junta de todos los partidos convocada para determinar procedimientos se constituyó, a petición de Pipino, en un cuerpo deliberativo. A poco de comenzar la discusión, el rey planteó una cuestión espinosa. ¿Qué pensaría del cambio el gobierno norteamericano? ¿Era de esperar que el Departamento de Estado de dicha nación continuara recomendando para el reino la misma ayuda económica que había propugnado para la República de Francia?

Flosse, representando a los centristas de la derecha y la izquierda, pudo calmar aquellas dudas.

-La naturaleza de la política extranjera norteamericana es desconfiar de los gobiernos liberales y mostrarse decididamente en favor de los más autoritarios, a los cuales considera más responsables.

Flosse nombró a Venezuela, Portugal, Arabia Saudita, Transjordania, Egipto, España y Mónaco como ejemplos de esta peculiaridad norteamericana. Fue incluso más lejos, probando que las repúblicas del pueblo de la U.R.S.S., más Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, China y Corea del Norte, también habían demostrado en el pasado una marcada preferencia por las dictaduras y las monarquías absolutas sobre los gobiernos elegidos democráticamente.

No era necesario inquirir las razones de estas preferencias, dijo Flosse. En realidad, podría incluso ser embarazoso. El hecho de que dicha preferencia fuese un hecho histórico era suficiente. En el caso de los Estados Unidos, prosiguió, había, además, una devoción sentimental por el trono de Francia.

-Cuando las colonias norteamericanas estuvieron solas en su guerra por conseguir la independencia, ¿quién fue en ayuda de ellas con hombres, dinero y material? ¿Una república? No, el reino de Francia. ¿Quién cruzó el océano para servir en los ejércitos de Norteamérica? ¿El pueblo llano? No, los aristócratas.

Flosse sugirió que el primer acto oficial del rey debería consistir en solicitar un subsidio de los Estados Unidos para su gobierno, con objeto de fortalecer a Francia contia el comunismo, y un subsidio igual de las naciones comunistas en interés de la paz mundial.

La respuesta entusiasta que obtuvo tanto de los Estados Unidos como de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas es prueba fehaciente de que Flosse había estimado con justeza la situación. Ya forma parte de los anales de la historia ahora que no solamente el Congreso norteamericano adelantó más dinero del solicitado, sino también que el Fondo Lafayette, recaudado por las aportaciones de los escolares, hizo posible el comienzo de la restauración de los alojamientos reales de Versalles.

Después de la primera explosión de entusiasmo, se manifestó cierta preocupación entre los funcionarios del gobierno: carteros, inspectores, miríadas de pequeños empleados, guardianes de excusados públicos, de monumentos nacionales, inspectores de aduanas, inspectores de inspectores; entre todos aquellos que temían, pensándolo mejor, que sus

Librodot

medios de vida pudieran ser reducidos. Una proclama general hecha por el rey, congelando el estado actual de las cosas, tranquilizó, sin embargo, todas las mentes y creó una apasionada lealtad entre los concesionarios.

A la sazón, el ministro de Monumentos Nacionales presentó al rey una factura por trescientos mil francos, gasto hecho por la princesa Clotilde cuando no solamente abrió las fuentes de Versalles sino que hizo uso de los reflectores durante dos noches completas. La propia princesa había desdeñado majestuosamente pagar la factura. Pipino pudo demostrar que el saldo total de su cuenta en el Chase Bank de la calle Cambon era de ciento veinte mil francos. El primer empréstito de los Estados Unidos, sin embargo, resolvió el asunto a satisfacción de todo el mundo.

Complejo como fue establecer la monarquía, el verdadero coronamiento del rey en Reims demostró ser más difícil todavía. Las suposiciones de Charles habían sido correctas al calcular el aumento del número de aristócratas bajo la república. No solamente se había multiplicado la nobleza en un grado superior a todo lo imaginable, sino que además no podían ponerse de acuerdo sobre la forma en sí de la coronación. Se concedía que debía adoptar una forma antigua y tradicional, ¿pero cuál?

Grupos vitalmente interesados pidieron que la coroi nación se pospusiera hasta el verano. Los salones de costura recibieron un alud de pedidos de trajes para la cori te. La industria de cerámica necesitaba tiempo para hacer los millones de tazas, platos, ceniceros y placas que llevaban no sólo el escudo real, sino los perfiles del reja y la reina. El verano llevaría una marejada de turistas y esto bastaba para que toda la aventura resultara provechosa.

Asuntos en los que previamente no se había parado mientes adquirieron una importancia vital. Jefes de protocolo recientemente nombrados, ayudas de cámara, azafatas de la reina, corrían atolondradamente de un lado; para otro, mientras los despachos de los Historiadores Reales permanecían con las luces encendidas toda la noche.

Los museos fueron registrados a fondo buscando carrozas, vestidos de época y banderas. Las bibliotecas fueron vueltas de revés. Hubo que cambiar la moneda. No hubo artista cuyos pinceles y paleta no encontraran empleo repintando escudos de armas y blasones. Había sido tal la actividad progenitura de,la nobleza, que todos los escudos heráldicos necesitaron nuevos cuartelados. Por acuerdo general, se abandonó la barra diagonal siniestra, ya que su inclusión hubiera dado una monótona semejanza a las bandas honoríficas de los vivientes y hubiera restado dignidad a los escudos de armas de los difuntos.

Los constructores de carrozas, sin empleo durante la mitad de su vida, fueron sacados de su retiro senil para acondicionar los rayos y pinas de las carrozas reales y dirigir la substitución de las ballestas de cuero.

Los armeros aprendieron otra vez el bruñido y lubricación de guanteletes, canilleras, viseras y bacinetes, ya que muchos de los pares del reino más jóvenes insistieron en asistir a la coronación armados de punta en blanco, sin tener en cuenta al tiempo.

La industria fabricante de productos nylon puso un turno extra de trabajadores en todas las plantas para abastecer la demanda de terciopelos y armiño artificial a prueba de polilla.

La propia corona presentó un problema, ya que no existía. Sin embargo, Van Cleef y Arpels, Harry Winston y Tiffany, pusieron a contribución sus recursos, sus expertos y sus piedras preciosas para crear una diadema de un metro de alto y tan recamada de joyas que fue necesario construir un soporte en el respaldo del trono, ya que de otro modo su peso hubiera roto la cerviz al monarca. Esta corona fue transportada por cuatro sacerdotes, y cuando, después de la coronación, fue desmontada y sus piedras individuales debidamente certificadas, dio un beneficio de venta de doce millones de dólares, y a las firmas que la habían creado les fue otorgado el derecho de exhibir el escudo real y usar el título de "Fabricantes de la Corona del Rey de Francia".

Aparte de los asuntos de estado, finanzas, relaciones internacionales y de protocolo, un cambio de régimen de república a monarquía llevaba involucrados un millar de detalles que pudieran escapar al ciudadano ordinario. Surgieron escuelas en París para revivir artes y gracias perdidas: Escuelas del Arte de Andar (con o sin séquito), Escuelas de la Reverencia, de la Cortesía, de Besamanos; Escuelas del Abanico, Escuelas del Insulto, Escuelas del Honor. Los maestros de esgrima vieron sus clases atestadas de alumnos. El viejo general Víctor Gonzel, que es la autoridad final en el mundo acerca del uso adecuado de la pistola de carga por la boca, daba instrucciones diariamente a medio centenar de cortesanos en embrión.

Pipino contemplaba todos estos preparativos con aire consternado. Una delegación que le fue a proponer el establecimiento de una compañía de Guardias de Corpsi armados con alabardas le hizo perder un eclipse de luna. Los clamores de la Real Orden Hereditaria de Enanos lo llevó a recluirse en la parte posterior de la galería del tío Charles.

-El Folies Bergére está llevando a cabo una competencia -se lamentó-. Están eligiendo una .Amante del Rey. Tío Charles, en mis días de juventud cuando eso se esperaba de mí, estuve al nivel de nuestra costurabre nacional aunque era cara y, después de una temporada, aburrida. PenTahora..., ¿sabes que tienen registradas candidatas de todas las naciones del mundo? No lo haré, tío Charles. Incluso Marie me ha estado atosigando a este propósito. Maldita sea, tío, ¿has oído hablar alguna vez a esas muchachas?

-He buscado por varios métodos evitarlo -respondió el tío Charles-. Hijo mío, es posible que en algunas cosas pueda imponer tu autoridad real, pero si crees que puedes ser rey de Francia sin una querida que ilumine a tu pueblo con sus despilfarros y su encantadora informalidad, estás muy equivocado.

-Pero las amantes de los reyes han tenido a la nación en calzas prietas casi invariablemente.

-Naturalmente, muchacho. Claro que sí, eso es parte del asunto. ¿Es que te ha robado tu astronomía algún sentido de la proporción o conocimiento de la historia?

-Lo que haré será conseguirme un ministro -manifestó Pipino violentamente-. ¡Eso es lo que haré! Me buscaré un Mazarino, o un Richelieu, y le dejaré que haga el trabajo.

-Y verás que un ministro que valga lo que costó bautizarlo se mostrará muy firme en cuanto a la amante -aseguró el tío Charles-. Imagínatelo tú mismo..., sería como si andases por ahí desnudo. La nación francesa no lo toleraría.

-No tengo vida privada, en absoluto -manifestó Pinino-. Todavía no he sido coronado y ya no gozo de un momento de paz. Y tengo que decir que tú no estás tomando tus deberes hereditarios muy en serio. Hasta mí ha llegado la información de que has descubierto todo un desván lleno de Bouchers sin firmar.

-El hombre tiene que vivir -sentenció su tío-. Pero no imagines por eso que te he abandonado. He estado pensando por ti. Pipino, quiero que prestes toda tu atención a esto. En los Estados Unidos un jefe ejecutivo que ha encontrado que los deberes y exigencias de su cargo están en desacuerdo con sus intereses ha descubierto un recurso interesante y práctico: ha transferido los detalles de su despacho o de su partido a una de los grandes agencias de publicidad.

-Entonces resulta que estas compañías, con sus enormes equipos de personal y, ¿cómo le llamas tú a eso?, su "conocimiento del busilis", pueden hacerse cargo de las relaciones públicas, organización, correspondencia, noticias de prensa y nombramientos. Si una compañía semejante puede hacer comerciable a un presidente y a un partido político, ¿por qué no a un rey? ¡Fíjate en su inteligencia! En relaciones exteriores su política se deriva no de las normas de un servidor público desinteresado, sino de realizar el negocio más ventajoso con la principalidad en cuestión. ¿Y quién sería más afectuoso y sabio que una agencia cuyos beneficios dependen de su ternura y sabiduría? Si se pudiera establecer un contacto semejante, Pipino, podrías volver a tu telescopio. Las agencia de publicidad se encargaría de manejarlo todo y se preocuparía también de que se hicieran llegar a la prensa los informes adecuados. Como, también, se harían cargo de la carrera de tu amante.

-Eso suena ideal -dijo Pipino.

-¡Ah! Hay algo más que eso, muchacho. Piensa en el sencillo asunto de pronunciar un discurso por televisión. Preveo que tendrás que aparecer en la televisión como rey de Francia.

-¿Y qué hacen ellos?

-Digamos, por ejemplo, que el presidente tiene que pronunciar un discurso. Una autoridad en oratoria, pronunciación y emoción le hace ensayar; es instruido por un hombre que ha demostrado poseer, sin lugar a dudas, lo que ellos llaman "arrastre".

-Como Marilyn Monroe...

-Bueno, algo parecido. Pero no es eso todo. Entonces los hermanos Westmore, los mejores, lo maquillan. No creas que se limita a hablar. De ninguna manera. Tiene un director dramático y le preparan un escenario. Se efectúan ensayos, y se llega a un punto culminante glorioso. Si el hombre estuviera simplemente hablando, podría *ser* sincero, pero no *sonaría* sincero, y esto es importante porque el orador no fue quien escribió el discurso, ¿comprendes?, sino la agencia. Los deberes del cargo a veces hacen imposible para el presidente incluso leer el discurso antes de que vaya a ensayar. Me gustaría saber...

-¿Qué?

-¿Tienes un perro?

-Marie tiene un gato.

-Bueno, no te preocupes. Quizás eso no sea tan importante en Francia.

-¿Crees que una de esas agencias se encargaría de la misión, tío Charles? -inquirió Pipino ávidamente-.

¿Valdría la pena hacerlo?
-Investigaré discretamente, hijo mío. Por lo menos, el preguntar no causará ningún perjuicio. Aun en el caso de que los beneficios no fuesen tan substanciosos como los de otros asuntos, una agencia respetable podría considerar que el prestigio de representar al rey de Francia merece la pena de que se encargue de la tarea. Eso da lo que se llama "prestigio institucional", según creo. Me enteraré, Pipino. Esperemos que así sea.
-Lo deseo sinceramente -dijo el rey.

La primavera en París fue tradicionalmente espléndida. La producción de todas las cosas reales y de todas las cosas francesas hizo que las fábricas organizaran turnos de noche. Una era de buenos sentimientos y de seguridad justificaba una reducción de salarios.
Como pudiera haberse esperado, la señora Héristal aceptó su cambio de posición social con realismo y vigor. Para ella era como mudarse de un departamento a otro, en una escala más grande, por supuesto, pero teniendo los mismos problemas. Hizo listas. Se quejaba de que su esposo no tomaba sus deberes tan en serio como debiera.
-Andas haraganeando por la casa - cuando cualquiera puede advertir que hay mil cosas por hacer.
-Ya lo sé -asintió Pipino en el tono de voz que el sabía que significaba que no la había escuchado.
-Simplemente te quedas sentado leyendo.
-Ya lo sé, querida.
-¿Qué estás leyendo, que es tan importante en mentos como éstos?
-¿Qué dices?
-Pregunto qué es lo que estás leyendo.
-Historia.
-¿Historia? ¿En esta época?
-He estado repasando la historia de mi familia y también los datos de algunas de las familias que nos siguieron.
La señora comentó agriamente:
-Siempre me ha parecido a mí que los reyes de Francia, con particularmente escasas prendas personales, se les han arreglado muy bien para sus cosas. Hay algunas excepciones, por supuesto.
-Es en las excepciones precisamente en lo que estoy pensando, querida. He estado pensando en Luis XVI. Era un buen hombre. Sus intenciones y sus impulsos eran buenos.
-A lo mejor era tonto -replicó Marie.
-Puede que lo fuese -concedió Pipino-. Pero yo lo comprendo, aunque no somos de la misma familia. Y hasta cierto punto creo que soy como él. Estoy tratando de ver dónde cometió sus errores. No me gustaría por nada del mundo caer en la misma trampa.
-¿Mientras has estado en Babia, no has dedicado un solo pensamiento a tu hija?
-¿Qué ha hecho ahora? -preguntó Pipino.

No se puede negar que Clotilde había llevado una existencia un tanto fuera de lo corriente. Cuando a los quince años escribió la novela de mayor venta, *Adieu Ma Vie*, fue solicitada y cortejada por las mentes más complejas y celebradas de nuestros días. Fue aclamada por los Reduccionistas, los

Resurreccionistas, los Protonistas, los No Existencialistas y los Quantumistas, mientras que la misma naturaleza de la novela hizo que centenares de psicoanalistas clamaran por examinar su inconsciente. Clotilde tenía su mesa en el Café des Trois Puces, donde sentaba cátedra y respondía desembarazadamente a preguntas sobre religión, filosofía, política y estética. Fue en esta misma mesa donde comenzó su segunda novela, que, si bien no se terminó nunca, iba a ser titulada "*Les Printemps des Mortes*". Sus devotos formaron la escuela llamada clotildismo, que fue censurada por el clero y causó que sesenta y ocho adolescentes se suicidaran, llevados de su éxtasis, saltando desde la parte superior del Arco del Triunfo.

La subsiguiente intromisión de Clotilde en política y religión fue seguida por su matrimonio simbólico con un toro blanco en el Bosque de Bolonia. Sus celebrados lances de honor, en los cuales hirió a tres académicos de edad madura y que a ella misma le costó recibir el aguijonazo de un espadín en la posadera derecha, causaron algunos comentarios, y todo esto cuando aún no había cumplido los veinte años. En un artículo que apareció en *Souffrance*, escribió que su carrera no le había dejado tiempo para tener infancia.

Entonces llegó a la fase en que se pasaba las tardes en los cines y las noches discutiendo los méritos de Gregory Peck, Tab Hunter, Marlon Brando y Frank Sinatra. A Marilyn Monroe la encontraba excesivamente exuberante y a Lollobrigida bovina. Se fue a Roma, donde actuó en tres versiones de *La Guerra y la Paz* y en dos de *Quo Vadis*?, pero los artículos que se publicaron de ella la pusieron en un estado tal de desesperación, que su encumbramiento a princesa real llegó muy oportunamente. En este campo la competencia era menos furiosa.

Clotilde comenzó a pensar en ella, al menos pronominalmente, en plural. Se refería a "nuestro pueblo", "nuestra posición", "nuestro deber". Su primer acto real, el de poner en funcionamiento las fuentes de Versalles, fue seguido por un plan detallado, muy querido para ella, y que no dejaba de tener su paralelo en la historia. Puso aparte una zona de terrenos muy cercana a Versalles que se llamaría *Le Petit Rodeo*. Allí habría pequeños ranchos, corrales, establos y dormitorios de vaqueros. Los hierros de marcar el ganado estarían constantemente en las fogatas y los potros saltarían con los ojos desorbitados contra las cercas. A *Le Petit Rodeo* vendrían Roy Rogers, Alan Ladd, Hoot Gibbson y el fuerte y taciturno Gary Cooper. En *Le Petit Rodeo* se encontrarían como en su casa. Clotilde, con falda de cuero y camisa negra, andaría por allí, sirviendo vino en vasos altos. Si entraban en acción los revólveres -¿y cómo se puede evitar esto donde se reúnen hombres apasionados y sin facilidad de palabra?-, entonces la princesa estaría lista para restañar heridas y calmar con su mano real al doliente, torturado por el dolor pero soportándolo en silencio. Este no era más que uno de los planes que tenía Clotilde para lo futuro.

Fue en esta época cuando comenzó a llevarse a la cama a su oso de juguete. Fue por este período también cuando se enamoró locamente de Tod Johnson.

Clotilde lo conoció en *Les Ambassadeurs*, donde había ido con el joven Georges de Marine, esto es, el conde de Marine, que tenía diecisiete años y era un tipo lánguido. Georges estaba enterado perfectamente de que Clotilde sabía que Tab Hunter se encontraba en París. Estaba enterado también,

porque pertenecía al mismo club de aficionados, de que Tab Hunter aparecería en *Les Ambassadeurs* a alguna hora de la noche.

Tod Johnson se sentó al lado de Clotilde en los asientos que estaban de cara a la pista de baile. La muchacha se fijó en él con la respiración agitada, lo observó con un interés que le hizo latir con violencia el corazón y, finalmente, bajo el rugido de los violines, se inclinó hacia él y le preguntó:

-¿Es usted americano?

-Seguro.

-Entonces debe tener cuidado. Van a seguir abriendo botellas de champaña si no les dice usted que paren.

-Gracias -dijo Tod-. Ya lo han hecho. ¿Es usted francesa?

-Por supuesto.

-No creí que ningún francés viniese aquí -confesó Tod.

George dio una patada perversa en el tobillo a Clotilde, cuya cara enrojeció por el dolor.

Tod dijo:

-Espero que no lo tome a mal. ¿Me permite que me presente a mí mismo? Soy Tod Johnson.

-Ya sé cómo hacen ustedes estas cosas en los Estados Unidos -afirmó Clotilde-. He estado allá. ¿Me permite que le presente al conde de Marine? Ahora -dijo a Georges-, tú debes presentarme a mí. Así es como lo hacen ellos.

Georges bizqueó sus ojos taimadamente.

-Mademoiselle Clotilde Héristal -dijo con suavidad.

-Ese nombre me dice algo -insinuó Tod-. ¿Es usted actriz?

Clotilde bajó los párpados.

-No, señor, excepto hasta donde todas somos actrices.

-Eso está muy bien -aprobó Tod-. Su inglés es maravilloso.

Georges habló sin inflexión, en un tono que consideró ofensivo.

-¿Habla usted francés, señor?

-Francés de Princeton -respondió Tod-. Puedo hacer preguntas, pero no entiendo las respuestas. Estoy aprendiendo, sin embargo. Ya no sale todo a la vez, atropelladamente, como ocurría hace pocas semanas.

-¿Va a permanecer algún tiempo en París?

-No tengo planes definidos. ¿Me permite que pidal que nos sirvan champaña?

-Si les dice que no sigan abriendo botellas. No debe usted dejar que lo timen como si fuera algún argentino.

Así fue como comenzó la cosa.

Tod Johnson era el joven norteamericano ideal: alto, de pelo encrespado, ojos azules, bien vestido, bien educado de acuerdo con las normas actuales, buenos modales y palabra suave. Era igualmente afortunado en sus antecedentes familiares. Su padre, H. W. Johnson, el Rey de los Huevos, de Petaluma, California, se juzgaba que tenía doscientos treinta millones de pollos blancos de raza *leghorn*. Más afortunado todavía era el hecho de que H. W. había sido un hombre pobre que levantó el imperio de los huevos a base de su propio esfuerzo.

Se verá que, aunque Tod Johnson era muy rico, no padecía del mal de alcurnia. Al final del plazo de seis meses que tenía concedido para que le sacaran el dinero en Europa, se esperaba que regresara a su hogar en

Petaluma y empezaría a trabajar en el negocio de los pollos desde los puestos más inferiores para llegar finalmente a la cúspide y hacerse cargo de él.

Fue solamente después de varias entrevistas con Clotilde cuando le habló de su padre y del imperio de los huevos. Para entonces a ella el fuego del amor la tenía tan derretida que se olvidó de darle pormenores de su propia familia. Clotilde la novelista, la mundana, la comunista, la princesa, había cesado de existir por el momento. A los veinte años fue a caer en un amorío como si tuviera quince, toda suspiros y sintiendo su estómago completamente gaseoso. Estaba tan lánguida y absorta, que su madre le dio un viejo remedio casero que la puso en la cama en serio y eliminó la necesidad de que la viera un psiquiatra. Su cuerpo fue sometido a tal prueba para sobrevivir al remedio, que su mente se encargó de cuidarse a sí misma. Y cuando esto ocurre, la mente se las apaña muy bien. Su amor subsistió, pero encontró que podía volver a respirar.

Aquel fue un año monstruo para la publicidad norteamericana. BBD & O estaba hasta las orejas de trabajo redactando de nueva cuenta la Constitución de los Estados Unidos y al mismo tiempo lanzando al mercado un nuevo terreno de golf móvil con pontones.

Riker, Dunlap, Hodgson y Fellows, hubieran aceptado el trabajo francés en el otoño, pero no podían retirar a su personal clave de la campaña de fomento de Nudent, el dentífrico que hace crecer los dientes.

La firma Merchison Associates estaba ocupada con un oleoducto trasatlántico, llamado por la prensa *Tapal*, con una tubería principal de sesenta centímetros que corría bajo el mar desde Arabia Saudita hasta Nueva Jersey, con estaciones flotantes de bombeo cada setenta y cinco kilómetros. El asunto no hubiera sido tan difícil de no haber mediado el constante entremetimiento del senador Banger, demócrata de Nuevo México, con engorroso preguntar por qué el personal y material de Ia Marina y el Ejército estaban siendo empleados por una corporación privada. Merchison Associates estuvieron era Washington la mayor parte de la primavera y el verano. Si cualquiera de estas compañías hubiese estado en libertad de obrar, la coronación del rey de Francia se hubiera realizado más fácilmente.

¿Quién podría narrar todo el drama, la pompa y gloria, y, sí, la confusión de la coronación de Reims el 15 de julio? Los reportajes periodísticos llegaron a muchos millones de palabras. Fotografías a colores llenaron las páginas centrales de todos los periódicos con una circulación superior a los veinte mil ejemplares.

La primera página del periódico de Nueva York *Daily News* publicó un titular, en el que cada letra tenía diez centímetros de altura, que decía: LOS GABACHOS CORONAN A PIP.

Todos los periodistas cuyos artículos aparecían con su firma y los comentaristas de los Estados Unidos estuvieron presentes.

Conrad Hilton aprovechó esta ocasión para abrir el *Versalles-Hilton*.

La historia de la vida de todo aristócrata de Francia fue comprada de antemano.

Louella Parsons tuvo una sección en la primera página que llevó él título de: ¿VENDRÁ CLOTILDE A HOLLYWOOD?

El lector debería consultar ediciones atrasadas de periódicos para leer los relatos del gran día en Reims y París: descripciones de la catedral atestada

Librodot

de gente hasta las puertas, los gritos de los revendedores de lugares para la ceremonia, de los puestos de artículos de cerámica, de las miniaturas de carrozas reales, de los apretujones de la gente en la plaza, del embotellamiento del tráfico en la carretera hacia Reims, sin paralelo ni aun en los finales de la Vuelta Ciclista a Francia. Hubo una compañía que hizo una pequeña fortuna vendiendo guillotinas en miniatura.

La coronación en sí fue un triunfo del desorden. A última hora se descubrió que np se habían suministrado caballos para tirar de las carrozas reales, pero este vacío lo llenaron los mataderos de París, aun cuando su gesto dejó sin carne a determinados barrios de la ciudad durante tres días. Miss Francia, representando a Juana de Arco, se mantuvo a un lado del trono, con el pendón en una mano y la espada desenvainada en la otra, hasta que el calor y el peso de la armadura la hicieron caer desvanecida. Se desplomó en el momento del juramento con el mismo estrépito que si cayera toda una batería de cocina al suelo. De todos modos, seis monaguillos la apoyaron rápidamente contra una columna gótica, donde permaneció olvidada hasta hora muy avanzada de la noche.

Los comunistas, actuando puramente por la fuerza de la costumbre, embadurnaron las paredes de la catedral con esta frase: "Vete a casa, Napoleón", pero todos aceptaron de buen humor este desliz tanto de historia como de buenos modales.

La ceremonia de la coronación terminó hacia las once de la mañana. Entonces la ola de espectadores corrió de regreso a París para el desfile que iba a tener lugar desde la Plaza de la Concordia hasta el Arco del Triunfo. Este paso del cortejo real estaba fijado para las dos de la tarde. Comenzó a las cinco.

Todas las ventanas que daban a los Campos Elíseos se vendieron por completo. Un lugar en la acera producía un beneficio de cinco mil francos. Los propietarios de escaleras de mano pudieron prorrogar una semana, o más, sus vacaciones en la campiña.

La comitiva se organizó mañosamente para que representara al pasado y al presente. Primero vinieron las carrozas oficiales de los Grandes Pares, decoradas con oro y querubines que caían del cielo en todas posiciones; después una batería de artillería pesada tirada por tractores; luego una compañía de arqueros ataviados con jubones acuchillados y sombreros de plumas; detrás un regimiento de dragones con petos bruñidos; en seguida un grupo de tanques pesados y transportes de armas, seguidos por la Juventud Noble armada de pies a cabeza.. Seguía un batallón de paracaidistas, armados con súbametralladoras, al frente de los ministros del rey ataviados con las indumentarias propias de sus cargos, y detrás del éstos iba un pelotón de mosqueteros con casacas de terciopelo y puños y cuello de encaje, calzón corto, medias de seda y zapatos de tacón alto con grandes hebillas. Estos últimos desfilaron majestuosamente, usando las horquillas de apoyo de los mosquetes como báculos.

Por fin pasó la carroza real, crujiendo y rechinando, Pipino IV, trasformado en un bulto incómodo de terciopelo púrpura y armiño, con la reina, igualmente envuelta en pieles, sentada a su lado, que recibió con inclinaciones de cabeza los vítores de los leales espectadores respondió con igual cortesía a los siseos.

Donde la Avenida Marigny cruza los Campos Elíseos, un crítico loco disparó una pistola contra el rey, usandc un periscopio para apuntar por encima de

las cabeza; de la multitud. Mató a un caballo real. Un mosquetero de la retaguardia cortó los arneses del animal y galantemente ocupó su lugar en el tronco de tiro. La carroza prosiguió su marcha.

Por este servicio leal, el mosquetero, de nombre Raoul de Potoir, pidió y recibió una pensión vitalicia.

La comitiva fue desfilando: bandas de música, embajadores, profesiones, veteranos, aldeanos con ropas campesinas de nylon, jefes de partidos y facciones leales.

Cuando finalmente la carroza real llegó al Arco del Triunfo, las calles de los alrededores de la Plaza de la Concordia todavía estaban bloqueadas de gente que es peraba formar parte del desfile. Pero todo esto es un asunto de crónica pública y de información periodística sin paralelo.

Al detenerse el carruaje real en el Arco del Triunfo, la reina Marie se volvió para hablar al rey y descubrió que había desaparecido. Había colgado sus vestiduras reales derechas, como si él estuviera dentro de ellas, y se había escurrido furtivamente entre la multitud.

La reina estaba furiosa cuando lo encontró más tarde, sentado en el balcón, puliendo el lente de su telescopio.

-¡Esto sí que está bonito! -protestó-. Jamás me he visto tan confusa en mi vida. ¿Qué dirán los periódicos? Vas a ser el hazmerreír de todo el mundo. ¿Y qué dirán los ingleses? ¡Ah, ya lo sé! No dirán nada, pero mirarán, y verás en sus ojos que recuerdan que la reina de *ellos* resistió y soportó, se mantuvo a pie firme durante trece horas sin ir siquiera ni al... Pipino, ¿vas a dejar de sacar brillo a ese condenado cristal?

-Cállate -le dijo Pipino en tono bajo.

-¿Qué dices?

-Tú ganas, querida, pero cállate.

-No te entiendo -gritó ella-. ¿De dónde sacas tú que tienes el derecho de mandarme callar? ¿Quién te crees que eres?

-*Soy el rey* -respondió Pipino, y esto no le había pasado por la imaginación a Marie-. ¡Tiene gracia! -exclamó Pipino-. Es que lo soy, ¿sabes? -Y era tan evidentemente cierto, que Marie le miró con ojos sombrados.

-Sí, señor -convino, y se quedó callada.

-Comenzar a ser rey es difícil, querida -dijo Pipino en tono de excusa.

El rey recorría en ambos sentidos la habitación de Charles Martel.

-No contestas a las llamadas del teléfono -se quejó-. No prestas la menor atención al correo urgente. Y en ese busto de Napoleón veo tres cartas entregadas en propia mano, sin abrir. ¿Qué explicación me da, caballero?

-No te pongas esos moños tan reales conmigo -dijo el tío Charles irritado-. No me atrevo ni a salir a la calle. No he bajado las persianas desde la coronación.

-A la cual no asististe -apostilló el rey.

-A la cual no me atreví a asistir. Estoy desesperado. Los descendientes de la vieja nobleza creen que gozo de tu confianza. Y me alegro de poder decirles que no te he visto. Todos los días hay una fila delante de mi tienda. ¿Te siguieron hasta aquí?

-¿Que si me siguieron? ¡Vine escoltado! -respondió el rey-. No he podido estar solo en una semana. Vigilan mi despertar. Me ayudan a vestir. Los tengo en mi dormitorio. Prácticamente se meten hasta dentro del cuarto de

baño. Cuando estrello los huevos, aprietan los labios; cuando levanto la cuchara, sus ojos la siguen hasta mi boca. Y tú crees que estás...

-Pero tú eres propiedad de ellos -razonó el tío Charles-. Tú, mi querido sobrino, eres una extensión de su pueblo, y tienen derechos inalienables sobre tu persona.

-No puedo imaginar cómo me dejé meter en este lío -se lamentó Pipino-. Yo no quería mudarme a Versalles. Ni me lo preguntaron. Me mudaron. Hay corrientes de aire allí, tío Charles. Las camas son horribles, los pisos rechinan. ¿Qué estás revolviendo ahí?

-Un martini -respondió el tío Charles-. Lo he aprendido de un amigo joven de Clotilde, un norteamericano. Cuando se da el primer sorbo tiene un sabor horroroso, pero progresivamente se va haciendo agradable. Tiene algunas de las cualidades hipnóticas de la morfina. ¡Pruébalo! No te asustes por el hielo.

-Es horrible -dijo el rey y apuró el contenido del vasito-. Sírveme otro, ¿quieres? -Se pasó la lengua por los labios-. Se me había olvidado que el rey tiene invitados, huéspedes que están incrustados. Tengo doscientos aristócratas que están viviendo conmigo en Versalles.

-Bueno, pero tienes espacio para ellos.

-Sí, espacio sí, pero nada más. Duermen en el suelo, en los salones. Han destrozado los muebles para encender las chimeneas y estar calientes.

-¿En agosto?

-Versalles sería frío en el infierno -respondió el rey-. Oye, ¿qué has puesto en esto? Noto el sabor de la ginebra, ¿pero qué otra cosa tiene?

-Vermut. Un poquito de vermut. Cuando comienzas a saborearlos, resulta que ya has bebido demasiados. Pruebe éste a sorbitos, señor. Estás nervioso, hijo.

-¿Nervioso? ¿Y cómo no voy a estarlo? Tío Charles, tengo la seguridad de que en alguna parte de Francia debe haber aristócratas solventes, pero no entre mis huéspedes. No vale ocultarlo, ya ha corrido la voz bajo los puentes, las madrigueras y hasta las rejas de entrada del metro. Estoy rodeado por lo que, si no fuera tan linajudo, se llamaría atajo de gorrones, pero gorrones de alcurnia. Se pavonean majestuosamente por los jardines, se llevan a los labios delicadamente preciosidades de encaje, hablan con palabras que proceden directamente de Corneille. Y no son honrados, tío Charles. Roban.

-¿Qué quieres decir con eso de que roban?

-Tío, no hay gallinero ni conejera en quince kilómetros a la redonda que esté a seguro de ellos. Cuando los granjeros se quejan, mis huéspedes sacan airosamente los pañuelos de encajes que han escamoteado de los almacenes Printemps. También de éstas raterías he tenidos quejas. Todos los grandes almacenes de París han organizado un Destacamento de la Nobleza para proteger sus mostradores. Tengo miedo, tío Charles; he oído decir que los campesinos han comenzado a afilar las guadañas.

-Puede que tengas que modernizar el trono, mi querido sobrino; es posible que te veas precisado a adoptar una actitud, una actitud firme. Tienes que comprender, por supuesto, que lo que para la gente ordinaria es simpie robo, para la nobleza es su derecho de antaño. ¿Crees que debes tomar otro? Tienes el color un poco subido.

-¿Cómo lo llamas?

-Martini.

Librodot

-¿Es italiano?
-No -respondió el tío Charles-. Pipino, no quisieran que te marcharas, pero me parece que es justo que te advierta que Clotilde va a traerme a su nuevo amigo. He abierto la puertecita del fondo por mi propia conveniencia. Si quieres hacer el favor de marchar sin que te vean...
-¿Qué amigo es éste?
-Un norteamericano. Pensé que quizás le intesarían algunos bocetos.
-¡Tío Charles!
-El hombre tiene que vivir, sobrino. A mí no se me han asignado rentas reales. A propósito, ¿hay rentas reales?
-No, que yo sepa -respondió el rey-. Hay el nuevo empréstito norteamericano, pero el Consejo Privado no quiere soltar ni un céntimo de eso. Has de saber que el Consejo Privado no es diferente del reciente gobierno republicano.
-¿Y por qué tendría que serlo? -dijo el tío Charles-. Son las mismas personas. Como te dije antes, la puertecita del fondo da a un callejón.
-¿Vas a hacer uso de tu posición para timar a este norteamericano? Tío Charles, ¿te parece que eso es noble?
-En realidad lo es -afirmó Charles Martel-. Nosotros lo inventamos. Yo no hago copias. Si a él le gusta una pintura, la compra. Yo simplemente digo que Boucher *podría* haberla pintado. Y, efectivamente, podía haberla hecho. Cualquier cosa es posible.
-¡Pero es que tú eres el tío de un rey! Engañar a un plebeyo, y plebeyo norteamericano, por si fuera poco, es como robar a un borracho en despoblado. Los ingleses van a tener un concepto muy pobre del asunto.
-Los ingleses han desarrollado sus métodos propios de combinar la aristocracia con los beneficios pecuniarios. Su experiencia es más moderna que la nuestra. Pero aprenderemos. Mientras tanto, ¿qué hay de malo en practicar con un norteamericano rico?
-¿Es rico?
-Es lo que los norteamericanos llaman un tipo cargado de dinero. Su padre es el Rey de los Huevos de una provincia que se llama Petaluma.
-Bueno, por lo menos no estás robando a las órdenes inferiores.
-Desde luego que no, hijo mío. En los Estados Unidos uno se convierte en miembro de las órdenes inferiores sólo cuando es insolvente.
-Tío Charles, si vas a hacer otro de esos..., no sé cómo los llamas, creo que me quedo para conocer a éste Príncipe de los Huevos. ¿Lleva en serio Clotilde esta... amistad?
-Es lo que yo creo -respondió el tío Charles-. El padre de su amigo, H. W. Johnson, el rey, tiene doscientos treinta millones de pollos.
-¡Caramba! -exclamó Pipino-. Bueno, demos gracias al cielo porque Clotilde no haya caído en el error de cierta princesa inglesa de entregar su corazón a un plebeyo. Gracias, tío Charles. Ya le estás agarrando el punto ¿sabes? Este es mucho mejor que el primero.

Tod Johnson no había nacido más para la púrpura que el original Charles Martel. En 1932, el almacén de ultramarinos Johnson, empujado por un suave codazo de lo que se llamó "La Gran Depresión" cesó de existir silenciosamente. En 1933, H. W. Johnson, padre de Tod, fue enrolado en el programa de auxilios federal y destinado a trabajar en la carretera.

H. W. Johnson nunca condenó al presidente Hoover por la pérdida de su almacén de comestibles, pero jamás pudo perdonar al presidente Rooselvelt por haberle dado de comer.

Cuando, carente de sistema de refrigeración, la organización de auxilio distribuyó pollos vivos, Johnson los conservó durante algún tiempo antes de comérselos. Se quedó fascinado de que aves tan estúpidas pudieran encontrar, sin embargo, su sustento en el terreno cubierto de cizaña que había detrás de su casa.

Durante los dos años que estuvo en la cuadrilla de camineros, Hank Johnson pensó en los pollos. Cuando piurió su abuela, dejándole tres mil dólares, ni tardo ni perezoso compró diez mil pollitos de leche. La mayoría de los pollos de esta primera aventura murieron de una enfermedad que les oscureció las crestas y les hizo perder las plumas, pero Johnson no era de los que se dedican a llorar el fracaso. En principio era difícil despertar su interés por una cosa, pero una vez se entregaba a ella, era más difícil todavía sacarle de su camino. Escribió al Departamento de Agricultura pidiendo un folleto sobre los pollos y de él aprendió economía avícola. Aparte de las enfermedades, leyó allí, los pollos constituyen un lujo mientras no se tienen cincuenta mil. Con ese número se pueden equilibrar pérdidas y ganancias. Teniendo cien mil se puede lograr un pequeño beneficio. Con más de medio millón, uno comienza a llegar a alguna parte.

No es necesario entrar a fondo en el examen de los planes de organización de Johnson. Llevaron aparejados pequeñas inversiones por parte de algunos vecinos suyos y de todos sus parientes, a los que se persuadió a que aportaran el capital para los doscientos mil pollitos de leche iniciales.

Cuando la posesión de un cuarto de millón de pollos garantizaba un beneficio, se reembolsó este dinero con las gracias y una pequeña bonificación. A partir de entonces, H. W. Johnson dispuso de su propio negocio.

Tod tenía tres años cuando el primer millón de pollos entraba en sus pequeñas celdas de piso de tela metálica. H. W. Johnson recibía por aquella época una prima del gobierno para alimentación y vendía huevos y sartenes al Ejército y la Marina.

Tod asistió a las escuelas privadas de Petaluma. Al estudiar secundaria se unió al club 4-H, donde aprendió mucho relacionado con los pollos: sus costumbres, sus enfermedades y sus predisposiciones. También aprendió a detestarlos por su estupidez, su olor y sus porquerías.

Para cuando terminó sus estudios de secundaria no era necesario que siguiera interesándose por las aves que estaban creando la fortuna de la familia. A la sazón, H. W. Johnson era una fábrica. De la línea de montaje salían pollitas adobadas y huevos rodando por millones. Las oficinas de Johnson estaban lejos del olor y la presencia de los pollos. Las propiedades de Johnson se hallaban situadas en una encantadora colina más allá del club campestre, y la energía y el genio de Johnson estaban relacionados ahora con las cifras en lugar de los blancos pollos *leghorn*. La unidad ya no era una gallina, sino cincuenta mil gallinas. La compañía se había trasformado en una corporación en la que los tenedores de acciones eran H. W. Johnson, la señora H. W. Johnson, Tod Johnson y la joven Miss Hazel Johnson, una linda muchacha que en tres ocasiones fue nombrada Reina de los Huevos en el Desfile Avícola de Petaluma.

Librodot

Había llegado el momento ahora de que la familia se expandiera en una dinastía, según las normas norteamericanas.

Cuando Tod fue a Princeton había cien millones de pollos representados por certificados de valores. Pero ni se debe pensar por eso que solamente estaban representados pollos. Johnson, Inc. también vendía alimentos, tela metálica, gallinas cluecas, incubadoras, plantas de refrigeración y todo el equipo que debe adquirir un pequeño criador de pollos antes de poder encaminarse a la bancarrota.

H. W. Johnson llevaba con gracia su título de Rey de los Huevos y, como quiera que era un magnate, volvió a comprar su antiguo almacén de comestibles y lo organizó como museo. Su único lado violento se manifestaba en su odio por el Partido Demócrata, para lo cual tenía toda clase de razones. Aparte de eso, era un hombre amable, generoso y de visión. En sus prados de Johnson Vista tenía pavos reales y un lago artificial para patos blancos.

Tod, mientras tanto, se sumergió en cuatro universida des: Princeton para aprender a vestirse, Harvard por el acento, Yale para aprender ademanes y la universidad de Virginia para tener buenos modales. Salió completamente equipado para la vida, excepto conocimientos de arte y viajar por el extranjero. Lo primero lo adquirió en Nueva York, donde se desarrolló su gusto por el jazz progresista, y de lo segundo se encargó su gran excursión durante la restauración de la monarquía francesa.

Su amistad con Clotilde creció como un hongo en las bodegas de París; floreció como los pelargonios en las macetas de los cafés al aire libre. Clotilde alimentó la pálida planta con mimo, sin permitir nunca que se descarriara más allá del establecimiento Fouquet por un lado y el hotel George V por el otro, en cuyo distrito los trajes de Brooks-Brothers de Tod no suscitaban comentarios. Y donde tampoco la princesa se encontraría en situación embarazosa al toparse con gente de su país.

El galanteo alcanzó su punto cálido de pasión, sin embargo, en el restaurant *Select*, cuando Tod, inclinado sobre la mesa y haciendo un esfuerzo, apartó sus ojos del seno de Clotilde y, levantando la vista, declaró con voz ronca:

-Muñeca, eres un bombón. Un verdadero bombón.

Clotilde lo consideró como una declaración de amor. Más tarde, examinando su figura rolliza en un espejo de cuerpo entero, dijo con un gruñido:

-Soy un boombón.

Clotilde presentó a su nuevo amigo al tío Charles como un futuro esposo, y Charles lo aceptó como un futuro cliente.

-Acaso le interese un grupo de pinturas del que he oído hablar -dijo a Tod-. Acaban de salir a la luz. Estuvieron enterradas durante la ocupación...

-¡Tío, por favor! -suplicó Clotilde.

-Yo no conozco gran cosa de pintura, señor -se excusó Tod.

-Quizás aprenda -le dijo Charles Martel, alegremente, y más tarde, después de haber telefoneado a la sucursal en París del Chase Bank, dijo a Clotilde: -Me simpatiza ese joven. Tiene cierto aire. Debes traérmelo otra vez de visita.

-Prométeme que no le venderás cuadros -suplicó la princesa.

-Querida -le confesó su tío abuelo-, he hecho algunas investigaciones discretas. ¿Debo despojar a este joven de la belleza y el arte simplemente porque es rico? Imagínate cuántos son doscientos treinta millones de pollos.

Sí uno tomara como la longitud aproximada de uno de estos pollos, veinte centímetros, el total sería..., vamos a ver..., cuarenta y seis millones de metros, que son cuarenta y seis mil kilómetros, lo cual es una procesión de pollos que daría dos veces la vuelta al mundo por la línea ecuatorial... ¡Imagínate!

-¿Y para qué tendrían que dar la vuelta al mundo? -preguntó Clotilde.

-¿Cómo? -inquirió el tío Charles-, ¡Ah! Oye, por favor, pide a tu amigo que me enseñe otra vez a hacer esos..., esos martinis. Hay algo que no me sale bien.

Clotilde se sorprendió de encontrar a su padre en la habitación del fondo de la galería de arte Martel, pero hizo las presentaciones:

-Señor, deseo presentarle al señor Tod Johnson. Señor Tod Johnson, le presento a mi padre -se sonrojó-, el rey.

-Mucho gusto en conocerlo, señor rey -saludó Tod.

El tío Charles intervino delicadamente: -No, señor, sino él.

-¿Cómo? -preguntó Tod, perplejo.

-Que no es el señor Rey, sino *El rey*.

-¡No me tome el pelo! -exclamó Tod.

-Es muy democrático -explicó el tío Charles.

-Yo voté por la candidatura demócrata -repuso Tod-. Si lo supiera mi viejo, mi padre, me mataría. Es partidario de Taft.

Pipino habló por primera vez:

-Usted me dirá si estoy equivocado. Pero tengo entendido que Taft está muerto, ¿no es así?

-Eso no quiere decir nada para mi padre -aclaró Tod-. Bueno, vamos a ver si comprendo esto con claridad. ¿Qué clase de rey?

Pipino contestó:

-No entiendo.

-Quiero decir... En fin, a mi padre le llaman el Rey de los Huevos, y Benny Goodman es el Rey del Swing, y hay otros así por el estilo.

Pipino preguntó, excitado:

-¿Conoce usted a Benny Goodman?

-Bueno, no lo conozco realmente, pero me he sentado lo suficiente cerca de su clarinete para que me salpicara toda la oreja de saliva.

-¡Qué alegría! -exclamó el rey-. Tengo el disco grabado en Carnegie Hall.

-Yo estoy más por el movimiento progresista -expuso Tod.

-Y en cierto modo tiene usted razón -concedió Pipino-. Esto es creador y bueno, pero tiene usted que admitir, señor Huevo, que Goodman es un clásico, por lo menos cuando se introduce en los surcos de un disco.

-Oiga -se admiró Tod-, usted habla bien para ser un...

Pipino rió entre dientes:

-¿Iba a decir *rey* o *gabacho*?

-¿Y qué hay con eso? -preguntó Tod-. ¿No me está embaucando, verdad?

-Le digo que soy rey de Francia -contestó Pipino-. No fui yo quien eligió la profesión.

-¡Qué narices va a ser rey!

-¡Qué narices no voy a ser!

-¿Cómo aprendió usted a hablar así, caballero?

-Es que durante varios años he estado subscrito a *Downbeat* -respondió Pipino.

Librodot

-¡Ah, bueno! Así se explica. -Tod se volvió a Clotilde-. Muñeca, tu padre me entusiasma. Es un tipo más francés que la torre Eiffel.

El tío Charles carraspeó aclarándose la garganta.

-Quizás al señor le gustaría ver algunos de los cuadros da que le hablé. Según parece, estuvieron ocultos durante la ocupación de Francia. Hay dos de ellos atribuidos a Boucher.

-¿Qué quiere decir con eso de *atribuidos*? -quiso saber Tod-. ¿No están firmados?

-Pues... no. Pero hay muchas indicaciones, los colores, la técnica de los pinceles...

-Apuntaré eso en mi lista, caballero -dijo Tod-. Pensaba comprar un regalo para mi padre. Quiero mantenerme alejado del negocio algún tiempo más y tendré que engatusarle de alguna manera. Pensé que un regalo verdaderamente bueno podría facilitar escurrir el bulto, sin que eso quiera decir que lo voy a engañar. El se dará cuenta de lo que traigo entre manos, pero es posible que se haga el desentendido. No le importa que lo engañen, pero sabiéndolo.

-Estos cuadros... -comenzó el tío Charles.

-Dice usted que son de Boucher. Me parece haber leído su nombre en el libro *Apreciación del Arte*. Ahora, imagínese usted que compro un Boucher sin firma. ¿Sabe lo que ocurrirá? Mi padre contratará un experto; confía como un demonio en los expertos... Y suponga que este Boucher es falsificado. Fíjese en la situación en que me encontraría yo engatusando a mi propio padre.

-¿Pero una firma le ahorraría a usted esa dificultad?

-Serviría de ayuda. Pero entiéndalo, no es seguro.

Mi padre no se chupa el dedo.

-Quizás sería mejor entonces que pensásemos en otro pintor -sugirió el tío Charles-. Sé dónde puedo dar con un buen Matisse con la firma. Y también hay el cuadro *Tête de Femme* de Rouault, muy bueno; o quizás le gustaría ver una serie de Pasquins. Estos van a tener un gran valor en lo futuro.

-Me gustaría echar una mirada a todo -manifestó Tod-. Me dijo Bugsy que algo anda mal con los martinis que hace usted.

-Sí, no tienen el mismo sabor.

-¿Ya los prepara bastante fríos? Mac Kriendler me dijo en una ocasión que el único buen martini es el frío. Déjeme que prepare uno. ¿Quiere usted tomar uno también, señor?

-Gracias. Quisiera hablar con usted de su padre, el rey.

-Rey de los Huevos.

-Exactamente. ¿Lo es desde hace mucho tiempo?

-Desde la depresión. En aquella época descendió hasta el último peldaño de la escala social. Eso fue antes de nacer yo.

-¿Y entonces inventó su reino sobre la marcha?

-Usted lo ha dicho. En su especialidad, no hay quien le pueda hacer sombra.

-¿Entonces, tiene una soberanía su padre?

-Bueno, es una corporación; equivale a lo mismo si uno controla las acciones.

-Mi joven amigo, espero que vendrá a visitarme muy pronto. Deseo examinar con usted este negocio del rey.

-¿Dónde vive usted, señor? La pequeña no me lo ha querido decir nunca. Creí que era porque le daba vergüenza.

-Quizás -contestó el rey-. Vivo en el Palacio de Versalles.

-¡Atiza! -exclamó Tod-. Cuando mi padre se entere de éste...

COMO SI festejara el regreso del rey, el verano se deslizaba benignamente en Francia: tibio, pero no caluroso; fresco, pero no frío.

Las lluvias esperaron hasta que las flores de las viñas intercambiaron su polen y echaron apretados racimos, y después la suave humedad aceleró el crecimiento. La tierra dio azúcar y el aire tibio lozanía. Antes de que madurara un solo grano de uva ya se sentía que, a menos que la naturaleza jugara alguna mala pasada, aquél sería un año de gran vendimia, de esos que se recuerdan cuando un hombre es viejo y evoca los años mozos.

Y el trigo crecía dorado y con hinchadas espigas. La mantequilla adquirió una dulzura ultraterrena del pasto de la vendimia. Las trufas se apretujaban unas contra otras bajo tierra. Los gansos se atiborraban alegremente hasta que sus hígados casi estallaban. Los granjeros se quejaban, como lo exigía su deber, pero sus quejas tenían un tono jovial.

Los turistas llegaron de allende los mares en grandes bandadas y cada uno de ellos era rico y comprensivo del tal manera que, créalo usted o no, se vio sonreír a losf mozos de servicio de los hoteles. Los choferes de taxis fruncieron el ceño de una manera humorística, y se oyó comentar a uno o dos de ellos que quizás no vendría estel año la ruina, confesión que seguramente no les importara que se repita.

¿Y los grupos políticos ahora firmemente enraizados en el Consejo Privado? Incluso ellos tuvieron una era de buenos sentimientos. Los cristianos cristianos vieron las: iglesias llenas. Los ateos cristianos las vieron vacías.

Los socialistas se dedicaron alegremente a redactar su propia Constitución para Francia.

Los comunistas estuvieron muy ocupados explicándose unos a otros el cambio de rumbo en la línea del partido, la cual parecía poner la dirección en manos del pueblo, una sutileza que sería explicada y explotada más tarde. Además de esto, la jefatura colectiva del Kremlin no solamente había mandado un mensaje de felicitación la Corona francesa, sino había ofrecido un préstamo tremendo.

Alexis Kroupoff, en su artículo en el *Pravda*, demostró indiscutiblemente que Lenin ya había previsto esta maniobra por parte de los franceses y había dado su aprobación a ella considerándola como un paso hacia la dirección de la socialización final. Esta explicación ponía a los comunistas franceses bajo la obligación no solamente de tolerar, sino apoyar verdaderamente a la monarquía.

La Liga de No Contribuyentes fue arrullada hasta llegar a un estado de arrobamiento, ya que los préstamos de los Estados Unidos y Rusia hacían absolutamente innecesario recaudar impuestos de ninguna clase. Algunos pesimistas argüían que llegaría el día del ajuste de cuentas, pero se mofaron de ellos calificándolos de profetas tenebrosos, y casi toda la prensa francesa los puso en la picota con sus caricaturas.

El Club Rotario Francés creció en tales proporciones que alcanzó la fuerza e influencia de un partido.

Los caseros prepararon su plan para obtener subsidios del gobierno, además de un aumento de rentas.

Los centristas de la derecha y la izquierda tenían tanta confianza en el futuro que sin reserva alguna sugirieron un alza en los precios juntamente con una reducción de salarios, sin que ello fuera seguido de motines

callejeros, lo cual demostró a mucha gente que, efectivamente, los comunistas se habían quedado sin colmillos.

Para un gobierno tan estable no había límite a los préstamos que los Estados Unidos se sentían felices de adelantar. La catarata de dinero norteamericano tuvo el efecto de vigorizar los partidos realistas de España, Portugal e Italia.

Inglaterra miraba con gesto hosco. En Versalles la nobleza disputaba y se sentía feliz a causa de una lista de honores de cuatro mil nombres, mientras un comité secreto Seguía adelante con sus planes para restaurar la tierra de Francia a sus antiguos, y obviamente justos, dueños.

Como Marie fue una de las primeras en hacerlo destacar, el rey era esto y aquello y lo de más allá... Nadie sabrá nunca por lo que tuvo que pasar la reina. El ser reina requiere lo suyo, pero no hay quien haga comprender esto nunca a un hombre. Marie tenía azafatas a su servicio, efectivamente, pero pida usted a una azafata que le haga algo, y ya verá lo que ocurre. Y como si fuera poco que los criados escasearan, y que los que había eran funcionarios, para colmo se pasaban una hora discutiendo antes de sacudir el trapo de quitar el polvo para después ir a quejarse al consejero privado que les había conseguido el nombramiento.

Detengámonos a pensar un momento en aquel gigantesco y viejo cajón polvoriento que era Versalles. ¿Cómo podía ningún ser humano conservarlo limpio? Los salones, escalinatas, arañas de cristal, rincones y artesonados parecían atraer el polvo. Jamás se había realizado trabajo alguno de plomería dentro del palacio que mereciera la pena de citarse, y eso que había millones de tuberías que iban a las fuentes y estanques del exterior.

Las cocinas se hallaban a kilómetros de distancia de los departamentos, y ahora trate usted de conseguir que un criado moderno le lleve una bandeja cubierta desde las cocinas a los aposentos reales. El rey no podía comer en el comedor oficial. De haberlo hecho, hubiera tenido doscientos huéspedes a su mesa, y la familia real, sin meterse en más berenjenales, se iba desenvolviendo muy apretadamente. Al hacer la asignación de los dineros reales nadie tuvo un pensamiento para la reina. Corría desde la mañana hasta la noche, y de todos modos nunca se podía poner al corriente con la administración. El despilfarro era como para volver loca a una buena ama de casa francesa.

Además de todo esto, los nobles que residían allí en virtud de sus funciones eran otro problema. Sus reverencias, su raspar el suelo con los zapatos y sus aires pomposos tenían asqueada a Marie. Siempre estaban de acuerdo con la opinión de ella, pero no la escuchaban, particularmente cuando les pedía -pero amablemente, no se crea usted- que apagaran las luces cuando salieran de una habitación, que hicieran el favor de recoger su ropa sucia y que limpiaran la bañera después de haber hecho uso de ella. Pero eso no era lo peor. Hicieron caso omiso de sus ruegos para que dejaran de romper los muebles y los convirtieron en leña para las chimeneas, y de que dejaran de vaciar los orinales de sus cuartos en el jardín. A Marie le resultaba imposible imaginarse que aquella gente pudiera convivir.

¿Y querría escuchar el rey? ¡Sí, sí, vaya un rey! Su cabeza estaba más en las nubes ahora que cuando jugaba a ser astrónomo.

Y Clotilde no le servía de ayuda a Marie. Clotilde es taba enamorada, pero no enamorada como una mucha cha francesa bien criada, sino enamorada desmañadamente, como una estudiante norteamericana de la Sorbona. Por

otra parte, a Clotilde se le habían subido tanto los humos, o se había vuelto tan olvidadiza, que ya no hacía su propia cama, ni siquiera se lavaba su ropa interior.

Y lo peor de todo es que Marie no tenía nadie con quien hablar, nadie a quien contar sus cuitas, nadie con quien chismorrear.

No hay duda de que toda mujer necesita otra mujer de cuando en cuando como una válvula de escape para las presiones de su condición. La mujer no tiene a su alcance las liberaciones del hombre, el poder matar animales grandes o pequeños, o el substitutivo del crimen contemplando desde un asiento un combate de boxeo. A la mujer le está negada la evasión al reino oculto de lo abstracto. La iglesia y el confesor pueden dar salida a una parte de las tensiones, pero incluso eso no es suficiente a veces.

Marie necesitaba el santuario de otra mujer. Su buen sentido se rebelaba contra las damas y los intolerables nobles. Siendo reina tenía miedo de antiguas amigas de sus días de la Avenida Marigny, ya que no podrían dejar de usar su imaginada influencia en interés de sus maridos.

La reina Marie, hurgando en su mente, pensó en su vieja amiga y compañera de escuela, Suzanne Lescault.

La hermana Hyacinthe era perfecta como compañera para la reina. Su orden religiosa pudo cambiar una regla y dejar salir del claustro a la monja mediante el reconocimiento de ciertas ventajas que pudieran resultar para la comunidad así como de la natural satisfacción de saber que la querida reina estaba en buenas manos. La hermana Hyacinthe se trasladó a Versalles y su celda fue una encantadora habitación que daba a setos de boj y a un estanque de carpas, a pocos pasos, verdaderamente, de los aposentos reales.

Es posible que nunca se sepa exactamente hasta qué grado contribuyó la hermana Hyacinthe a la paz y sea guridad de Francia. La reina cerró la puerta con firmeza, apoyó los puños sobre sus caderas y respiró tan aguadamente que las aletas de su nariz palidecieron.

-Suzanne -dijo-, no voy a aguantar a esa cochina duquesa de P. ni otro minuto más. Es una zorra insultante, insufrible. ¿Sabes lo que me dijo?

-Calma, Marie -le rogó la hermana Hyacinthe-. No te excites, querida.

-¿Qué quieres decir con eso de calma? No tengo por qué sufrir...

-Por supuesto que no, querida. Dame un cigarrillo, ¿quieres?

-¿Qué voy a hacer?

La hermana Hyacinthe pasó una horquilla del pelo alrededor del cigarrillo para que no le manchara los dedos y lanzó una bocanada de humo con los labios fruncidos como para silbar.

-¡Pregunta a la duquesa si oye hablar alguna vez de Gogi!

-¿Quién?

-Gogi -repitió la hermana Hyacinthe-. Era un hombre que trabajaba de equilibrista en un circo, muy apuesto, pero nervioso. Así son muchos artistas.

-¡Ahá! -exclamó Marie-. Ya entiendo. ¡Claro que lo haré! Entonces veremos qué hace con su cara tan estirada.

-¿Te refieres a esas cicatrices, querida? Entonces no le habían compuesto el rostro con la cirugía plástica. Más bien podría decirse que lo tenía relajado. Gogi era de temperamento nervioso.

Marie se adelantó a paso de carga hacia la puerta, con los ojos brillantes. Hablando en voz baja, mientras su mirada recorría los largos pasillos pintados, murmuró:

-Mi querida duquesa, ¿ha tenido noticias de Gogi últimamente?

O en otra ocasión:

-Suzanne, el rey se está poniendo latoso acerca de ese asunto de la amante. El Consejo Privado me ha hecho un requerimiento. ¿No crees que podrías hablarle tú al rey a este respecto?

-Tengo la amante precisa para él -indicó la hermana Hyacinthe-. Es sobrina nieta de nuestra superiora; es reposada, bien educada, un poco rolliza, pero, Marie, hace unas labores de aguja primorosas. A ti te podría ser muy útil.

-El no la tomará en cuenta. Ni siquiera querrá discutir el asunto.

-No tendrá que verla -le tranquilizó la hermana Hyacinthe-. En realidad, sería mejor si no lo hiciera.

O nuevamente:

-No sé qué voy a hacer con Clotilde. Va sucia y desaliñada. No quiere ni recoger sus ropas. Es egoísta y no presta atención.

-Algunas veces tenemos ese problema en la orden, querida, sobre todo con muchachas jóvenes que confunden otros impulsos con los religiosos.

-¿Y qué hacéis?

-Acércate hasta ella tranquilamente y dale un puñetazo en las narices.

-¿Y qué se conseguirá con eso?

-Que preste atención -dijo la hermana Hyacinthe.

La reina nunca se arrepintió de haber llamado a su vieja amiga. Y en el palacio los díscolos nobles comenzaron a percibir nerviosamente la presencia de una fuerza, de una influencia férrea a lo que no se podía pasar por alto en ningún momento ni considerar despectivamente, como si no existiera.

En el cumpleaños de la hermana Hyacinthe, su amiga Marie le obsequió con un masaje diario en los pies por el mejor experto de París. Mandó hacer un alto biombo con dos agujeros casi al borde inferior por los que asomaban los pies y tobillos de Suzanne.

-No sé qué haría sin ella -comentó la reina.

-¿Qué dices? -preguntó el rey.

Pipino se encontró presa de un estado de aturdimiento durante largo tiempo. Se preguntaba a sí mismo, perplejo y temeroso: "Soy el rey y resulta que no sé qué es un rey". Leyó las historias de sus antepasados. "Bueno, pero ellos querían ser reyes -razonó para su capote-.Por lo menos, casi todos lo deseaban. Y algunos quisieron ser más todavía. Eso es, ahí tengo la clave. Si al menos pudiera encontrar el sentido de alguna misión que llevar a cabo, un elevado propósito"...

Volvió a visitar a su tío.

-Estoy en lo cierto al pensar que te alegraría no ser pariente mío? -le preguntó.

El tío Charles contestó:

-Te lo tomas muy a pecho.

-Eso se dice muy fácilmente.

-Lo sé. Y lamento haberlo dicho. Soy tu subdito leal.

-Bueno, imagina que hubiera una rebelión...

-¿Quieres la verdad o lealtad?

-No sé... Las dos cosas, supongo.
-No te ocultaré que mi posición como tío tuyo ha hecho aumentar mi negocio -confesó el tío Charles-. Estoy operando con muy buenos beneficios, particularmente con los turistas.
-Entonces tu lealtad está ligada a un provecho. Si sufrieras pérdidas, ¿serías desleal?
El tío Charles se fue detrás de un biombo y a poco salió con una botella de coñac.
-¿Lo quieres con agua? -preguntó.
-¿Es bueno el coñac?
-Yo sugiero tomarlo con agua... Bueno. Tú lo que quieres es escarbar y encontrar inmundicias. Uno siempre espera encontrar la virtud, hasta el punto de que llega a ejercitarla. Creo que estaría contigo hasta la muerte. Pero también creo que tendría el juicio suficiente para unirme a la oposición momentos antes de cuando parece evidente que va a triunfar.
-Eres muy honrado, tío.
-¿Puedes decirme qué es realmente lo que te está inquietando?
Pipino tomó un sorbo de su coñac con agua. En tono vacilante dijo:
-La función de un rey es gobernar. Para gobernar uno debe tener poder. Para tener poder uno debe agarrarlo...
-Sigue, hijo, sigue.
-Los hombres que me forzaron a aceptar la corona no tenían interés en renunciar a nada.
-¡Ah! Ya veo que vas aprendiendo. Te estás convirtiendo en lo que los que temen a la realidad llaman un cínico. Y tú tienes la sensación de que eres una rueda que no gira, una planta sin flor.
-Algo por el estilo. Un rey sin poder es una contradicción de términos, y un rey con poder es una abominación.
-Perdona un momento -le rogó el tío Charles-. Los ratones se están acercando al queso. -Se encaminó a la entrada de la tienda-. ¿Dígame usted? -le oyó decir Pipino-. Es un encanto. Si yo le dijera a usted quién creo que fue el que lo pintó... No. Debo decir que no lo sé. Pero fíjese en el trabajo de los pinceles, aquí; mire cómo la composición se eleva... y el tema, el ropaje... ¡Ah! ¿Eso? No tiene importancia. Me llegó aquí con un montón de desecho del sótano de un castillo. No, no lo he inspeccionado. Sí, supongo que *podría* usted comprarlo. Pero ¿sería prudente? Le tendría que pedir doscientos mil francos porque eso es lo que me costaría hacerlo limpiar y examinar. ¡Piénselo nuevamente! Aquí, por ejemplo, tiene un Rouault acerca del cual no hay la menor duda... -Hubo unos momentos de suaves cuchicheos y después se oyó otra vez la voz del tío Charles: ¿Me permite que le quite el polvo? Ya le digo a usted que ni siquiera lo he examinado...
Pocos segundos después regresó, frotándose las manos.
-Estoy avergonzado de ti -dijo el rey.
Charles Martel se dirigió a una pila de lienzos sucios y sin marco que tenía en un rincón.
-Tengo que poner otro en su lugar -explicó-. Como ves, hago todo lo que está de mi parte por desanimarlos. Quizás me remordería la conciencia si no supiera que ellos están pensando que me engañan. -Llevó el lienzo cubierto de polvo al frente de la galería-. ¡Ah, entra, Clotilde! -invitó-. Tu padre está aquí. -En voz alta dijo a Pipino-: Es Clotilde y el Príncipe de los Huevos.

Los tres entraron cruzando el cortinaje de terciopelo que colgaba del umbral y su paso dejó una tenue nube de polvo en el aire.

-Buenas noches, señor -saludó Tod-. Me está enseñando el negocio, su tío. Vamos a abrir galerías en Dallas y Cincinnati, y una en Beverly Hills.

-¡Qué vergüenza! -exclamó el rey.

-Yo trato de disuadirlos, pero son ellos los que lo piden... -comenzó a decir el tío Charles.

-Eres astuto -comentó el rey-. ¿Pero quién les prepara la trampa para incitarlos a pedir?

-No creo que eso sea justo, señor -intervino Tod-. La primera función del negocio es crear la demanda y la segunda satisfacerla. Piense en la gran cantidad de cosas que no se hubiesen hecho en absoluto si no se hubiera dicho a la gente que las necesitaba: las medicinas, los cosméticos y los desodorantes. ¿Puede usted decir, caballero, que el automóvil es innecesario y ruinoso, que hace que las gentes tengan deudas por un transporte que no necesitan? No se puede decir eso a las personas que quieren automóviles, aun en el caso de que ellas y usted sepan que es cierto.

-De todos modos, hay que fijar alguna norma -dijo Pipino-. ¿Ya le ha explicado mi magnífico tío por qué fue robado el retrato de Mona Lisa?

-¡Bueno, espera un momento, querido sobrino!

Pipino prosiguió en voz alta:

Generalmente comienza a contar la historia así: "No puedo mencionar nombres, pero he oído". ¡Ya lo creo que ha oído!

-No entendí nunca ese lío -dijo Tod-. El retrato de Mona Lisa fue robado del Louvre, ¿no es eso? Y luego, al cabo de un año, fue devuelto. ¿Quiere uster dar a entender que devolvieron una falsificación?

-De ninguna manera -respondió el rey-. El cuadro que hay en el Louvre es el original.

Clotilde frunció los labios en un mohín de desagrado.

-¿Tenemos que hablar de negocios?

-Espérate, Bugsy, que quiero oír esto.

-Prosigue tú, tío -le instó el rey-. Es tuya esa historia. Es tu...

-No puedo decir que di mi aprobación al hecho -dijo el tío Charles-, y sin embargo, ninguna persona honrada sufrió perjuicio.

-¡Oh! Cuéntasela a Tod, y acaba de una vez -dijo Clotilde.

-Bueno, no puedo mencionar nombres, pero he oído decir que durante el período en que el cuadro estuvo ausente fueron compradas por hombres ricos ocho Monas Lisas...

-¿Dónde?

-Pues donde estaban esos hombres ricos: en el Brasil, la Argentina, Texas, Nueva York, Hollywood...

-¿Y por qué devolvieron el original?

-Bueno, como comprenderás, una vez devuelto el cuadro, no se prosiguió la investigación para dar con el... ejem... ladrón.

-¡Ah! -exclamó Tod-. Pero ¿y las personas que compraron las falsificaciones?

El tío Charles expuso en tono piadoso:

-Cuando uno compra una obra de arte robada está cometiendo un delito. Pero, aun cuando saben que deben tener escondido el tesoro, parece que hay hombres capaces de cometer este delito. Si, después de haberlo adquirido, descubren que el tesoro es, digámoslo así, una réplica, estos

hombres de todos modos no quieren que se examine. Hay, según me dicen, hombres ricos que están dispuestos a obrar de mala fe. Y no creo arriesgarme al decir que no hay nadie que esté dispuesto a admitir que es tonto.

Tod soltó la carcajada.

-Entonces quiere decir que si hubiesen obrado de buena fe...

-Exactamente -asintió el tío Charles.

-En ese caso, ¿por qué está el rey contra ese negocio?

-Es susceptible.

Tod se volvió para mirar al rey.

Pipino dijo lentamente:

-Creo que todos los hombres son honrados cuando no hay intereses de por medio. Creo que la mayoría de las personas son vulnerables cuando las mueven intereses. Creo que algunos hombres son honrados a pesar de los intereses. Y me parece una cosa reprochable tratar de poner al descubierto zonas de debilidad y explotarlas.

-¿No va a tener usted algunas dificultades a causa de eso siendo rey? -le preguntó Tod.

-Ya las tiene -reveló Clotilde en tono enconado-. No solamente desea situarse en un plano superior a todo, a cualquier debilidad humana, sino quiere también que su familia se encuentre en esa misma posición. Quiere que todo el mundo sea bueno, pero resulta que la gente no lo es.

-¡Alto ahí, señorita! -le interrumpió Pipino-. No te consiento que digas eso. La gente es buena, todo lo que puede serlo. Todo el mundo quiere ser bueno. Por eso me indigno cuando se les hace difícil o imposible la bondad.

El tío Charles dijo, vengativamente:

-Antes de que ellos entraran, tú estabas hablando acerca del poder. Decías, según creo, que un rey sin poder está mutilado. Si eso es así, mi querido sobrino, ¿qué piensas de la afirmación de que el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente?

-El poder no corrompe -replicó el rey-. El miedo es el que corrompe, quizás el miedo de una pérdida de poder.

-¿Pero no crea el poder en otros hombres el impulso que debe causar el temor en el que detenta el poder? ¿Puede existir el poder sin el temor fundamental que origina la corrupción? ¿Puedes tener el uno sin el otro?

-¡Ay, amigol -exclamó Pipino-. Eso es lo que yo quisiera saber.

El tío Charles volvió a la carga:

-Si tú te hicieras de poder, ¿no crees que la misma gente que te coronó rey se volvería contra ti?

El rey alzó las manos al cielo:

-¡Y tú me decías que me sosegara! Para ti estas cosas no son más que ideas. Pero yo las como y me visto rodeado por ellas, las respiro y sueño con ellas. Tío Charles, esto no es ningún juego intelectual para mí. Es una angustia.

-Pobre hijo mío -se lamentó el tío Charlie-, no fue intención mía herirte. ¡Espera! Voy a sacar otra botella. Esta vez lo tomarás sin agua.

Tod observó cómo el rey daba un sorbito al coñac y un tibio calor, que le encendía el rostro, lo invadía y relajaba su cuerpo. Desapareció el temblor de sus manos y labios y aflojó sus músculos al abrazo del sillón de terciopelo.

-Gracias -dijo al tío Charlie-. Es un coñac exquisito.

-Tenía que serlo. Ha estado esperando desde que se firmó el Tratado de Gante. ¿Quieres un poco más? Te habrás fijado en que no se lo he ofrecido a estos plebeyos.

Tod Johnson tomó la mano que Clotilde tenía abandonada en su regazo y la retuvo entre las dos suyas.

-He estado preocupado, señor -comenzó a decir con inquietud-. Como usted debe saber, he estado saliendo con su hija. Me gusta. En circunstancias ordinarias no me importaría un..., quiero decir que seguiría adelante sin más historias, pero como usted también me inspira simpatía quiero pedirle...

Pipino le miró sonriendo.

-Gracias -le dijo-. Creo que una de las cosas desagradables que tiene el ser rey es que nadie se puede permitir el lujo de sentir simpatía por él, y el rey, por su parte, tampoco puede atreverse a tener simpatía a nadie. Está usted preocupado porque Clotilde es una princesa real, ¿no es eso?

-Bien, sí, y ya sabe usted todos los líos que han tenido en Inglaterra. Yo no quiero lastimar a Clotilde, pero, bueno... En fin, yo tampoco quiero resultar lastimado.

Clotilde intervino, enojada.

-Toddy, ¿es que te estás preparando para ahuecar el ala?

-No entiendo la frase -dijo Pipino-. ¿Qué es eso de ahuecar el ala?

Tod soltó la risa.

-Clotilde está tomando un curso Berlitz de jerga norteamericana. Y creo que sus profesores están un poco confusos también en cuanto a su significado. Su hija quiere decir que estoy haciendo las maletas para marcharme.

-Preparándose para decir adiós -terció el tío Charles.

El rey preguntó afablemente:

-¿Y es así?

-No lo sé. Mire, lo que yo quiero preguntarle es esto: He estado leyendo un poco. Los reyes franceses siempre han observado la Ley Sálica, ¿no es así? Y esta ley dice que las mujeres no pueden heredar el trono. ¿No es verdad eso también? Por lo tanto, no es muy importante para el estado con quién se casan las mujeres nobles. ¿Es así?

Pipino movió la cabeza aprobadoramente.

-Ha leído bien. Eso es verdad hasta cierto punto. Pero hay una cosa en la que está equivocado, aunque no tiene nada que ver con la Ley Sálica. Las mujeres de las grandes casas siempre se han empleado como imanes para otras grandes casas, juntamente con sus tierras, posesiones y títulos.

-Una especie de catalizadores de uniones comerciales -sugirió Tod.

El tío Charles intervino.

-La Ley Sálica no es una ley. Es solamente una costumbre que fue introducida entre nosotros por los alemanes. No se preocupe por ella.

-Tío -dijo Pipino-, según tu definición, nuestros antepasados también fueron alemanes: Héristal, Arnulf... -Volvió su atención otra vez a Tod-. Mi joven amigo, no sé qué decisión tomarán en lo que se refiere a la sucesión al trono. Clotilde es mi única hija. Yo no estoy dispuesto a divorciarme de mi esposa para tener un heredero, y mi esposa ya ha pasado... Bueno, ya me entiende. Es muy posible que la presión pública fuerce a Clotilde a ser un semillero de reyes. La costumbre, sobre todo la costumbre que no tiene sentido, generalmente es más poderosa que la ley. ¿No le parecería bien

Librodot

dejar de... de ahuecar el ala hasta ver qué pasa? A propósito, ¿dicha ala se refiere a la de algún pájaro o a la de un avión?

-¡Que me aspen si lo sé! -respondió Tod-. La única gente que trata de averiguar el significado de la jerga es aquella que no puede usarla. Pero lo que quiere usted decir es que debo quedarme una temporada por aquí, ¿no es eso?

-Exactamente -convino el rey-. Ha de saber usted que una segunda función de las mujeres nobles y bien parecidas era traer dinero a la familia.

-Si está pensando usted en Petaluma, olvídese de ello -le atajó Tod-. Si, como creo, conozco bien a mi padre, puedo asegurar que lo tendrá todo en valores y cosas parecidas.

-Pero fíjese en esto -expuso el tío Charles-: su reputación de que tiene dinero no hará de usted un pretendiente indeseable. Lo que más ofende a los franceses es pasar por ser tontos. Y casarse con un hombre rico, cualesquiera que sean las desventajas, nunca ha sido considerado como una tontería en Francia.

-Ya comprendo. Usted me está protegiendo. Gracias. Me convierte en una especie de parte de la familia, por una temporada, al menos. Por eso le hice las preguntas al principio. Ya sé que es usted el rey y tiene más años que yo, pero no ha practicado mucho en su función reinante. Tiene usted una gran cosa aquí, espléndida, pero que le puede estallar en la cara y darle un disgusto si no juega bien sus cartas.

-Esto ya ha sucedido en el pasado -dijo Pipino-. Y no hace mucho tiempo, por otra parte.

-Me gustaría hablar con usted acerca de eso, ahora que soy un aprendiz de miembro de la familia, por decirlo así.

Clotilde protestó:

-¡Maniáticos! ¡Política! ¡Eres un pelmazo! Y yo soy una chinche.

Tod se rió brevemente.

-Puede que Clotilde tenga razón -dijo-. Dicen que los norteamericanos hablan de cuestiones sexuales en la oficina y de negocios en el dormitorio. La voy a llevar a bailar, pero me gustaría hablar con usted.

-Será un placer para mí -declaró Pipino-. ¿Irá a Versalles?

-Ya he estado por allá -contestó Tod-. Es un hormiguero de gorrones. Mire, no sería mejor. ¿Por qué no viene a mi *suite* del hotel Jorge V?

-Uno de los inconvenientes de mi cargo -explicó Pipino- es que no puedo ir donde me place. Habría que decírselo a los directores, a la policía secreta, y se tendría que informar privadamente a los periódicos. Le registrarían la suite de arriba abajo y destacarían hombres en los tejados a todo lo largo del trayecto. No, no es muy divertido eso de ser un personaje real.

-Pero en el Jorge V no pasaría eso -repuso Tod-. Hace años que no ha aparecido un francés por allí. Además, Ava Gardner y H. S. H. Kelly están alojadas en él. No podría levantar ni una ceja: Puede que sea el lugar más privado de Francia para un rey francés.

-Es posible -asintió Pipino-. Incluso he pensado en usar disfraces.

-¡Cielo santo -clamó el tío Charles-, no sabes lo pésimo que estarías! No tienes ningún talento de actor.

La reina arrastró su silla hasta cerca del diván donde la hermana Hyacinthe se hallaba entregada a piadosa meditación.

-Siempre te he dicho que Pipino es distraído -comenzó-. Ya era bastante calamidad con su telescopio, pero ahora es peor. Se pasea arriba y abajo,

Librodot

con las manos a la espalda, rezongando entre dientes. Cuando le hablo, no me oye. Y es lamentablemente desgraciado. Hay algo que le está dando vueltas en la cabeza. Me gustaría que hablaras con él, Suzanne. Tú siempre supiste tratar a los hombres, dicen.

-Dicen -repitió la hermana Hyacinthe-. Pero tal vez no sea del todo cierto. ¿Y qué le tendría que decir?

-Algo para averiguar qué le preocupa...

-Es posible que sólo le preocupe el ser rey.

-Eso es una tontería -replicó Marie-. Cualquiera querría ser rey.

Marie guió a su marido hasta la celda de la hermana Hyacinthe.

-Te presento a mi antigua amiga -dijo, y luego, ladinamente-: ¡Oh! Me he olvidado de una cosa. Excusadme un momento. -Y salió.

El rey miró con indiferencia a la monja.

-Siéntese, señor...

-No he cumplido mis deberes muy religiosamente para con la iglesia desde que era un chiquillo -se excusó.

-Tal vez yo tampoco lo he hecho. Me pasé veinte años en los escenarios musicales.

-¡Ah, ya me parecía usted familiar!

-¿Con este atavío? Usted me halaga, señor. Muy pocos se fijaban en mi cara.

Pipino trató de ser galante.

-Entonces debe haber bellezas increíbles...

-¿Bajo este hábito? Muchas gracias. Fui a la escuela con su esposa. Acaso haya oído hablar de mí como la señorita Lescault. No creo que le haya mencionado mi profesión. Marie es una de esas personas afortunadas que prohiben la existencia de asuntos con los que no están de acuerdo. La envidio este don.

-Mi esposa es notable en muchos aspectos, pero no por su sutileza. Es muy cierto que con bastante frecuencia ignoro qué está tramando, pero de lo que no dudo nunca es de cuándo se trae algo entre manos.

Suzanne echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

-¿Se pregunta usted por qué lo trajo ella aquí y luego lo dejó?

-Creo que eso es lo que me pregunto.

-Ella tiene la impresión de que usted está inquieto, agitado.

-Frecuentemente he estado inquieto y casi siempre agitado. Esto a ella no le ha quitado nunca el sueño. Atacó el mal con salsas y pequeños dulces deliciosos.

-Ese es el remedio del ama de casa. Confío en que le curó o al menos que dijo que sí lo había curado.

-Espero que lo intenté, hermana.

-Es usted amable, señor. ¿Podría decirme por qué está inquieto ahora? ¿Es algo que pueda contar a Marie? Está preocupada por usted.

-Yo la ayudaría si pudiese, pero muchas de las causas ni yo mismo las conozco -dijo Pipino-. No pedí ser rey. Me eligieron como una zarzamora en un matorral y me colocaron en una posición donde hay muchos precedentes, casi todos ellos malos y todos desafortunados.

-¿Y no puede usted, como una zarzamora, dejar que ocurra lo que haya de ocurrir?

-No -contestó el rey-. La desgracia de los hombres es querer hacer bien una cosa, incluso una cosa que no desean en absoluto hacer. No querrá usted

Librodot

creerlo, hermana, pero hubo una época en que quería bailar bien. Fue una cosa ridicula, claro.

-¿Entonces teme cometer errores?

-Mi querida hermana, el sendero está sólidamente empedrado de errores. Incluso el mejor de los reyes fracasó.

-Lo siento por usted.

-No, no debe sentirlo. Mi tío me dijo que me quedaba el camino de cortarme las venas. Y no me aproveché del consejo.

-Ha habido reyes -recordó la hermana Hyacinthe- que lo depositaron todo en las manos de otras personas: el ministerio, el consejo, el equipo de colaboradores, y ellos se dedicaron a darse buena vida.

-Creo, hermana, que eso ocurrió siempre después de haberse dado por vencidos. Sobre el rey se ejerce una fuerte presión para que lo sea. La finalidad de un rey es gobernar y la finalidad de gobernar es aumentar el bienestar del reino.

-Es una trampa -afirmó la hermana Hyacinthe-; como toda otra virtud, es una trampa. Cuando está la virtud de por medio es muy difícil decirse a sí mismo la verdad, señor. Existen dos clases de virtud: una es ambición apasionada; la otra, siemplemente un deseo de tener la paz que proviene de no causar molestias a nadie.

-Es usted muy considerada, hermana -dijo el rey, y la monja se dio cuenta por el brillo de los ojos del rey que había cautivado su atención.

-A mí no me ha faltado este problema -reveló la monja-. Cuando después de veinte años de plantarme desnuda en un escenario, inspirando sueños, creo, en los hombres solitarios, profesé como religiosa, hubiera sido muy fácil pretender que sentía un impulso santo. Podría recitarle a usted todas las maneras de expresarlo. Pero yo sabía que estaba simplemente cansada.

-Es usted sincera.

-No lo sé. Habiendo admitido que mi impulso fue menos que puro, encontré en mí misma amabilidades, gestos comprensivos, a los que incluso yo no podía poner reparos -fútiles consecuencias derivadas de la pereza inicial-, pero una vez me sentí descargada de peso ni siquiera tuve que preocuparme acerca de la virtud.

-¿Y qué me dice del ritual: levantarse, arrodillarse, recitar las fórmulas mágicas religiosas?

-Eso no cuesta más trabajo que el respirar, al cabo de poco tiempo. Es más fácil hacerlo que dejarlo de hacer.

El rey se puso en pie y se rascó los codos; caminó en torno a su silla y se volvió a sentar.

-Parece un salto enorme -comentó-: de pecadora a santa.

La hermana Hyacinthe soltó la risa.

-Es muy difícil aislar al pecado en una misma -observó-. Resulta fácil discernirlo en los demás, pero cuando se trata de nosotros mismos se encuentra la manera de basarse en la necesidad o en las buenas intenciones. Por favor, no repita esto a Marie...

-¿Cómo? ¡Oh! Nunca se me ocurriría semejante cosa.

-Marie es una esposa, lo cual es diferente.

-Es muy atenta conmigo -dijo el rey.

La hermana Hyacinthe lo contempló con expresión de asombro.

-Espero que eso lo dijo usted como una cortesía -manifestó-, no como una verdad.

-No sé qué quiere decir.
-En las mujeres no hay amabilidad -afirmó la monja-. Hay amor, pero eso es una cosa subjetiva. Si yo me hubiese casado alguna vez, es posible que me hubiera persuadido a mí misma de lo contrario. -Observó al rey inquisitivamente-. ¿Cuál es la cosa mejor que le ha ocurrido a usted en toda su vida, señor?
-¿Cómo...?
-Si puede contármela, quizás le pueda decir qué es lo que está echando en falta y penando por tener.
-Pues, me parece, creo que fue cuando apareció el cometa en mi telescopio de reflexión y me di cuenta de que yo era el primer ser humano que lo veía. Me sentí lleno de admiración.
-No tenían derecho a hacer rey a usted -dijo la monja-. Un rey no hace más que repetir antiguos errores, y si sabe esto por adelantado... Ahora lo comprendo, señor, pero no le puedo ayudar. No se cortó las venas y ahora ya es demasiado tarde. Un cometa. Sí, ya veo...
-Me es usted simpática, hermana -confesó el rey-, ¿Me permite que la venga a visitar de cuando en cuando?
-Si yo estuviera segura de que su sentimiento era puramente intelectual...
-Pero hermana...
-Lo prohibiría -terminó la hermana Hyacinthe, y su risa trajo reminiscencias del camerino de las actrices-. Es usted un buen hombre, señor, y un buen hombre atrae a las mujeres como el queso a los ratones.

Una de las cargas que más pesaban sobre los hombros del rey era su falta de vida privada. Era seguido, adulado, protegido, contemplando con atención. Había meditado acerca de hacer uso de disfraces a la manera de Haroun-al-Raschid. En algunas ocasiones se encerraba con llave en su aposento simplemente para huir de las miradas y las voces de la gente que lo rodeaba.
Fue por entonces cuando, casualmente, hizo un descubrimiento feliz. La reina, que había descubierto que era necesario limpiar el despacho de su marido, lo mandó salir mientras terminaba de barrer y quitar el polvo. El rey llevaba puesta su chaqueta de pana, un poco raída por los codos, pantalones de franela que necesitaban ser planchados y alpargatas. Deslizó algunos papeles en su; cartera y salió al jardín a terminar su trabajo. Mientras estaba sentado al borde del estanque de los peces, se le acercó un jardinero.
-No está permitido sentarse aquí, señor -le advirtió.
El rey se encaminó hacia un lugar a la sombra de una gran escalinata. Inmediatamente un gendarme le tocó en el codo.
-Las horas de visita son de dos a cinco, señor. Por favor, vaya a la entrada y espere un guía.
Pipino se quedó mirándolo con la boca abierta. Recogió sus papeles y echó a andar lentamente hacia la entrada. Pagó su cuota por hacer la excursión con el guía. Compró tarjetas postales y atisbo con la multitud el interior de las habitaciones protegidas con gruesos cordones de terciopelo.
A través de todo su recorrido por palacio vio criados y nobles y ministros de la corona y ni uno solo de ellos echó una mirada al hombre de chaqueta de pana y alpargatas. Incluso la reina pasó con gran bulla y no se fijó en él mientras la caravana volvía la cabeza para clavar sus miradas en ella.

Librodot

Lleno de regocijo, siguió a los turistas de vuelta a la; entrada de palacio y tomó asiento en el autobús contratado para regresar a París. Se sentía alborozado. Para asegurarse completamente, hizo la prueba de pasear por los Campos Elíseos, y nadie lo reconoció.

Se sentó delante de una mesa del *Select*, pidió que le sirvieran un Pernod con agua y contempló a la multitud que pasaba por delante. Escuchó las conversaciones de los turistas, y su sensación de libertad creció en él como si tuviera alas.

Se dio el gusto de enredarse en una discusión tibiamente antimonárquica con un corresponsal de la revista *Life*, el cual replicó:

-Me imagino que el rey no ha podido todavía hacer limpieza de todos los comunistas.

Pipino miró con gesto despectivo, pidió un cigarrillo y atravesó lentamente los Campos Elíseos; pasó luego por delante de Fouquet, entró en la Avenida George V, dejó atrás el hotel Príncipe de Gales y llegó hasta la entrada del mismo hotel George V. Al llegar al vestíbulo, fue detenido por un empleado.

-¿Desea usted alguna cosa?

-Ver al señor Tod Johnson.

-¿Va a entregar algo? Déjelo en el...

-Tengo su cartera de documentos -respondió Pipino-. Me ha pedido que se la entregue personalmente.

-El portero... -comenzó a decir el empleado sin quitar la vista de las alpargatas.

-Haga el favor de llamar a la *suite* del señor Tod Johnson. Dígale que el señor Rey le ha traído su cartera de la galería del tío Charles.

Tod saludó a Pipino en la puerta de su alojamiento, dio una propina al guía receloso y palmoteo al rey en la espalda.

-¡Caramba, si no lo vea no lo creo! -dijo.

-¿Verdad que es maravilloso? Pero me costó trabajo entrar -dijo el rey.

-Tengo un amigo -anunció Tod- que asegura que, si uno quiere ocultarse, lo mejor es conseguir un empleo de camarero en un buen restaurante. Nadie mira nunca al camarero. Pero siéntese, señor. ¿Quiere tomar algo?

-Un..., ¿cómo lo llama?..., un mar..., mart...?

-¿Un martini?

-Exactamente, un martini -convino el rey, lleno de alegría-. ¿Sabe una cosa? Un turista casi estuvo a punto de hacer que me arrestaran por el delito de lesa majestad.

-¿No le estarán buscando, señor?

-Supongo que sí -respondió el rey-. Pero no mirarán aquí. Usted mismo dijo que aquí no vienen los franceses... Oiga, mi querido amigo, éste es mejor que el que prepara mi tío.

-Es que no se puede decidir a usar la cantidad de hielo suficiente -explicó Tod.

-Uno de mis guardias me expulsó de mi propio jardín -dijo el rey, regocijado.

-Yo creo que la gente ve lo que espera ver. Y no esperan ver a un rey destocado, enseñando la calva. ¿Fue una idea suya hacerlo así, señor?

-¡Oh, no! Fue una casualidad. Marie quiso limpiar mi pequeño despacho, ¿sabe? Y después un jardinero no me permitió que estuviera sentado en el borde de un estanque.

-¿No se siente ofendido?

-¿Qué quiere decir con eso de ofendido? Nunca me he sentido más feliz.
-Bueno, es que yo conozco algunas grandes estrellas de Hollywood que se esconden detrás de gafas negras y sombreros que se hunden hasta las orejas. Pero si no los reconoce nadie se llevan el gran disgusto. Luego tenemos el dueño de tres de nuestras revistas más grandes. Siente verdadero odio por la publicidad, pero resulta que aparece retratado en todo momento. Ahí tiene a mi padre, por ejemplo...
Pipino le interrumpió:
-Desearía hablar con usted acerca de su padre.
-Esta mañana recibí una carta muy larga de él. No le parece bien eso de que ande de paseo con Bugsy, con la princesa.
-¿No le parece bien?
-No. Es un estirado. Mire, mi padre es un hombre que se ha forjado él mismo, y no hay tipo más estirado que los hombres que se han formado por su propio esfuerzo. Dicen que tales hombres sólo levantan la vista para mirar a su creador. La segunda generación puede relajarse un poco, pueden incluso ser demócratas. Es curiosa la carta de mi padre. Está interesado en saber qué está sucediendo aquí. Me encarga que diga a usted que tiene una oportunidad estupenda, si sabe jugar bien sus triunfos. Pero cree que usted no lo hará.
-¿Cree que vendría aquí para aconsejarme?
-¡Oh, no -repuso Tod-. Ya le he dicho que es un estirado. Puede que viniera más tarde y criticara. Hay un dividendo en Francia. -Y Tod llenó el vaso del rey.
-Vine a verle porque quería hacerle algunas preguntas. ¿Es cierto que su padre al principio se dedicó a la cría de pollos?
-Sí, y odia a los pollos.
-¿Es cierto también que muchos de los presidentes de vuestras corporaciones más grandes comenzaron su carrera desde abajo? Me parece recordar que...
-Efectivamente. Knudsen fue pudelador de acero; Ben Fairless trabajó en un horno de reverbero, me parece. Podría nombrarle muchos... Charlie Wilson... ¡Oh, montones!
-Entonces quiere decirse que conocen sus negocios en todos sus aspectos...
-Es cierto -convino Tod-. Pero no crea que eso los hace más democráticos. Ocurre precisamente lo contrario.
-Nunca he entendido a los Estados Unidos -confesó el rey.
-Nosotros tampoco los entendemos, señor. Podría decirse que tenemos dos gobiernos, como si se superpusiera uno al otro. Primero tenemos el gobierno electo (el hecho que sea demócrata o republicano no importa mayor cosa), y luego está el gobierno de las corporaciones.
-¿Y se llevan bien estos gobiernos?
-Algunas veces -respondió Tod-. Yo mismo no lo entiendo. Mire, el gobierno electo pretende ser democrático, pero en realidad es autocrático. El gobierno de las corporaciones pretende ser autocrático y en todo momento está acusando a los otros de socialismo. Odian al socialismo.
-Eso es lo que he oído -confirmó Pipino.
-Bueno, pues aquí es donde está lo curioso, señor. Considere usted una gran empresa de los Estados Unidos, como la General Motors o la Du Pont o la U. S. Steel. La cosa a la que tienen más miedo es el socialismo, y al mismo tiempo, sin embargo, esas empresas son en sí estados socialistas.

Librodot

El rey se sentó en la silla erguido como un huso.

-¿A qué se debe eso? -preguntó.

-Bien, no tiene más que fijarse en esto, señor. Tienen establecida atención médica para los empleados y sus familias, seguros por accidente y pensiones de retiro, vacaciones pagadas -incluso tienen lugares donde pasar las vacaciones-, y están comenzando a tener un salario garantizado anual. Los empleados gozan de representación en casi todo, incluso para decidir el color con que se pintan las fábricas. De hecho, han logrado un socialismo que hace que la U.R.S.S. parezca una tontería. Nuestras corporaciones hacen que el gobierno de los Estados Unidos parezca una monarquía absoluta. Bueno, mire, si el gobierno de los Estados Unidos tratara de hacer una décima parte de lo que hace la General Motors, esta compañía se lanzaría a una rebelión armada. Es lo que pudiera llamarse una paradoja, señor.

Pipino meneó la cabeza. Se levantó de la silla y se dirigió a la ventana desde donde fijó la mirada en la Avenida George V, sombreada por los árboles.

-¿Puede explicarme por qué hacen éstas cosas? -preguntó.

Tod Johnson echó ginebra en el alto vaso, le dejó caer unas gotas de vermut y revolvió los cubos de hielo una y otra vez.

-Eso es lo más extraño de todo y lo más razonable -contestó-. ¿Quiere una cortecita de limón, señor?

-Sí, por favor. Pero ¿por qué?

-No crea que lo hacen llevados de sus buenos sentimientos. Se trata simplemente de que algunas de estas corporaciones han descubierto que siguiendo este método pueden producir y vender más. Antes solían combatir con los empleados. Eso es caro. Y tener trabajadores enfermos resulta costoso. ¿Cree usted que a mi padre le gusta alimentar a los pollos con vitaminas, aceite de hígado de bacalao y minerales, y tenerlos secos, calentitos y felices? ¡Ni hablarl Lo que pasa es que así las gallinas le ponen más huevos. ¡Oh! Este proceso no fue rápido y dista mucho de estar terminado, ¿pero no es extraño, señor, que del sistema más autocrático del mundo esté surgiendo y desarrollándose el único socialismo realmente practicable? Si mi padre me oyera decir eso me colgaría de las orejas. El cree que es él quien toma las decisiones.

-¿Y quién lo hace, Tod?

-Las circunstancias y las presiones -contestó Tod-. Si él no se hubiera acomodado a las presiones no estaría en el negocio. -Vació el martini que acababa de preparar en los vasos-. Voy a mandar que traigan unos emparedados, señor. Este brebaje es veneno si uno no come algo.

El rey dio un pequeño sorbo a su vaso.

-¿Y dice que estos cambios no se produjeron fácilmente?

-¡Diablo, no! Fueron necesarios cien años aproximadamente y librar muchas batallas, algunas de las cuales siguen todavía. -Tod se rió suavemente-. ¿Sabe una cosa? Creo que mi viejo está que arde de deseos de meter las manos en esta operación. Me escribió una carta de nueve páginas; casi todo son preguntas que quiere que haga a usted. Y cuando mi padre hace una pregunta, en realidad se trata de una orden.

El rey, hablando como en sueños, dijo:

-Quizás será mejor que espere a que lleguen los sandwiches antes de escuchar esas preguntas. ¿Y cómo se lleva con... ¿Cómo la llama? ¿Bugsy?

-Un poco a trancas y a barrancas, ¿sabe? Yo la quiero, pero de cuando en cuando, le da por mostrar ínfulas de princesa conmigo y entonces me dan ganas de arrearle un coscorrón.

-Es que maduró a edad muy temprana -dijo Pipino-. A los dieciocho años ya había vivido varias vidas.

-Esa es precisamente la cosa. No tuvo una adolescencia debida cuando contaba catorce o quince años y ahora está pagando las consecuencias. De un salto pasa de chiquilla a lady Astor, y luego vuelve a lo mismo.

Pipino dijo con la lengua un tanto pastosa:

-Yo soy básicamente un hombre de ciencia, y un hombre de ciencia es, o debe ser, un observador. Ahora bien, joven caballero, el lado artístico, el lado creador del hombre de ciencia se recrea en las hipótesis. Observando a Clotilde y sus amistades, he formulado una hipótesis de la madurez. -Su manera de hablar tenía la lenta precisión de una leve embriaguez-. Esas bebidas son muy fuertes -comentó.

-No es que sean fuertes, es la mezquindad inherente de ellas -justificó Tod-. Escuche, Rey, ya me tiene usted hablando de esa manera también. ¿Cómo está ese asunto suyo acerca de la madurez?

Los ojos de Pipino se habían cerrado, pero los abrió ligeramente y sacudió su cabeza como si tuviera los oídos llenos de agua.

-El feto humano nace cabeza abajo -dijo solemnemente-. Pero no es cierto que una criatura se enderece después del nacimiento. Observe los pies de los chiquillos y muchachos cuando están descansando. Siempre tienen los pies más altos que la cabeza. Por muchos que sean los esfuerzos que hagan, los muchachos en edad de desarrollo, y sobre todo las muchachas, no pueden mantener sus pies abajo. La influencia de la posición fetal es muy fuerte. Es necesario que transcurran de dieciocho a veinte años para que los pies acepten finalmente la tierra como su residencia normal. Y mi hipótesis consiste en que uno puede juzgar la madurez con exactitud por la relación existente entre los pies y la tierra.

Tod se rió.

-Yo tengo una hermana... -comenzó a decir.

El rey se levantó súbitamente.

-Por favor... -dijo-, por favor dígame dónde está el...

Tod se puso en pie de un salto y lo tomó del brazo.

-Por aquí, señor -dijo-. Venga..., déjeme que le ayude. Cuidado con ese pequeño escalón...

Estaba amaneciendo cuando el rey se despertó er una de las camas gemelas de Tod. Contempló asombrado la habitación.

-*Où suis-je*? -preguntó en tono quejumbroso.

-No se preocupe, Rey -le contestó Tod desde la otra cama-. ¿Cómo se encuentra?

-¿Encontrar? -repitió el rey-. Bueno... muy... me encuentro muy bien.

-Lo atiborré de aspirinas y de tabletas de vitaminas B1 -le dijo Tod-. A veces eso evita las consecuencias de la borrachera.

El rey se sentó en la cama de un bote.

-¡Cielo santo! ¡Marie! Tendrá a la policía en movimiento.

-Cálmese -dijo Tod-. Ya llamé por teléfono a Bugsy.

-¿Y qué le dijo?

-Que estaba usted borracho -respondió Tod.

-¿Pero Marie... ?
-No se inquiete. La princesa ha informado a Su Majestad que está usted reunido en una importante conferencia con sus ministros, para un asunto de interés internacional.
-Es usted un gran muchacho -elogió el rey-. Debería nombrarlo ministro.
-Ya tengo bastantes quebraderos de cabeza -dijo Tod-. ¿No tomó usted nunca un Bloody Mary?
-¿Qué es eso?
-Hubo que cambiarle el nombre en Francia. Ustedes no tenían reina Mary en Francia, de modo que el nombre parecía un poco sacrilego. Aquí se le llama Marie Blessée.
-María herida -tradujo el rey-. ¿Y qué es eso?
-Déjelo de mi cuenta, señor. Es un elixir que se acerca mucho a una transfusión. -Tomó el teléfono-. *¿Louis? Tod Johnson, ici. Quatre Maries Blessées, s'il vous plait. Vite. Oui, quatre. Très bien. Merci bien.*
-Oiga, habla usted un francés abominable -le dijo el rey.
-Ya lo sé -convino Tod-. No me sorprendería que Louis enviara cuatro muchachas heridas. -Luego añadió en tono irritado-: Puede que usted tuviera algunos problemas con el idioma en Nueva York, Rey.
-Bueno, yo hablo inglés.
-Pero ellos no -dijo Tod, y se dirigió a la puerta para recibir la bandeja de Bloody Marys.
A las nueve de la mañana el rey se había recuperado, y algo más.
-Tengo que regresar -dijo.
-Aprovéchese todo lo que pueda, señor. A lo mejor no vuelve a salir más de allí.
-Debe tener cuidado con mi tío Charles -le advirtió Pipino-. Hay veces que tengo la impresión de que no es completamente...
-Desde luego, no lo es. ¿Pero sabe una cosa? Todavía no me ha vendido un solo cuadro. Está encantado son mi resistencia. Me admira. ¿Se encuentra ya usted lo bastante bien para escuchar algunas de las preguntas de mi padre?
El rey lanzó un suspiro.
-Supongo que sí. Ojalá pudiera olvidarme del trono por una temporada. Preferiría ser una corporación. ¿Todos sus pijamas son de seda, mi amigo?
-No, los que lleva usted puestos son mis pijamas de sociedad. Yo duermo con un camisón amplio. No ata. Mi padre dice que tiene usted que hacer liquidación. El siempre dice que hay que hacer liquidación de todo. Pregunta qué tiene usted para vender, quién lo va a comprar y si disponen del dinero para pagar.
-¿Vender?
-Sí. Nosotros vendemos huevos, pollos y suministros.
-¿Pero qué tiene un gobierno para vender? Es un gobierno.
-Sí, sí, ya lo sé, pero tiene que vender algo, de lo contrario, no se necesitaría un gobierno.
El rey frunció el entrecejo.
-No se me había ocurrido pensarlo desde ese punto de vista. En fin, quizás paz, orden, tal vez progreso, felicidad.
-Eso ya es un negocio grande -dijo Tod-. Veamos ahora... Mi padre quiere saber si usted tiene el capital y la organización para hacerlo.
-Tengo el trono.

Tod comentó:

-A mí me parece que el trono tiene su capital activo, pero también tiene un pasivo. Por ejemplo, esa gavilla de zánganos que pululan allá en su casa. Tiene que desembarazarse de ellos. Esos se comerían todos los beneficios.

-Pero es que son la nobleza, los cimientos del trono.

-Más parecen comejenes en los cimientos. Tal vez si tuviera usted un fondo de amortización podría darles una pensión y despedirlos. Una cosa es segura, desde luego, y es que no puede ponerlos a trabajar.

-¡Cielos, no!

-Bueno, en primer lugar, ¿cómo se hicieron nobles?

-Por servicios prestados al trono -respondió el rey-. Espirituales, militares y financieros.

-¡Ahí ¿Lo ve? No, esos amigos no fueron tontos. Ahora bien, de lo espiritual ya hay quien se encargue, lo militar está fuera de su control, pero el apoyo financiero, ese sí lo podría emplear usted.

-La mayor parte de la nobleza, debido a la desgracia. ..

-No tiene un centavo -terminó Tod-. Entonces vamos a soltarlos al campo a pastar y traigamos una nueva cosecha.

-No entiendo.

-Escuche, Rey. Yo podría vender títulos en Texas y Beverly Hiils por lo que yo quiera pedir. Mire, conozco a gente que arañaría el último centavo de su bolsillo, y tienen muchos, por una patente de nobleza.

-Eso no está bien.

-¿Cómo que no está bien? Así es como lo consiguieron estos amigos. Los ingleses todavía lo siguen haciendo. No es necesario ser dueño de una destilería para sentarse en la Cámara de los Lores, pero siempre ayuda.

-Amigo mío, está hablando de la tradición.

Tod prosiguió:

-¿El Ducado de Dallas? Habría diez billonarios que irían a la caza de él. Ese lo podría vender pidiendo que hicieran las propuestas bajo sobre cerrado. Lo único malo es que el conde de Fort Worth podría declarar la guerra al duque de Dallas. ¡Oiga, esto es maravilloso! Ya me imagino, como si las estuviera viendo, a esas damas lanzándose bufidos de altanería unas a otras. Todo lo que se pueden arrojar ahora son pozos de petróleo y acondicionadores de aire.

-Usted bromea, amigo mío.

-¡No lo cree usted! Termine de beber, Rey, voy a pedir que nos sirvan otra ronda. Esto no engaña como los martinis.

-¿No cree usted que deberíamos desayunar?

-El desayuno ya lo tenemos dentro de esas copasa jugo de tomate, bueno y saludable, y después hay hígadca en Worcestershire.

-Bueno, en ese caso... -dijo el rey.

-¿Entonces, qué me dice? Podemos hacer correr la voz privadamente, como si se tratara de una emisión del acciones dignificadas.

-Creo -argüyó el rey- que en su país hay leyes que prohiben a los ciudadanos detentar títulos.

-No se preocupe por ello -dijo Tod-. Si esos amigos petroleros y ganaderos pueden torear a las leyes de pagos de impuestos y utilidades, no crea que van a tener problemas para zafarse de una ley vieja y sin importancia contra los títulos. Podríamos garantizar un título de caballero para todos los

diputados que votaran en favor, pero quedándonos con los grandes títulos. Ahí es donde está el dinero.

-He conocido a algunos texanos -recordó el rey-. Me parecieron muy democráticos. En realidad, se solían presentar a sí mismos como "muchachos de un viejo rincón del país".

-Sí, Rey, pero esos muchachos de un viejo rincón del país generalmente poseen medio millón de acres, tres aviones, un yate y una casa en Cannes. Pero no tenemos por qué limitarnos a Texas. Piense en Los Angeles; y cuando hayamos trabajado toda esa zona, más lejos tenemos al Brasil, la Argentina. El campo es ilimitado.

-Todo este asunto me huele a mi tío -declaró el rey.

-Bueno, sí, hablé con él. Hay mucho material ahí, Rey. Yo puedo arreglar todo el asunto.

El rey permaneció silencioso durante un rato tan largo que Tod lo miró alarmado.

-¿Se encuentra usted mal otra vez?

Pipino tenía la vista fija en un punto delante de él y, aunque bizqueaba un poco, la expresión de su mentón era de firmeza y su continente real.

-Ha olvidado usted, amigo, que la finalidad de un rey es procurar el bienestar de su pueblo, de todo su pueblo.

-Ya lo sé -asintió Tod-. Pero es como dice mi padre: Para eso hay que disponer de capital y organización. La gente que lo metió a usted en esto no lo hizo por nada. Más tarde o más temprano usted va a tener que batallar contra ellos o unirse a su grupo.

-¿Y qué me dice de la honradez sin complicaciones, de la lógica sencilla?

-Eso nunca ha dado resultados satisfactorios -afirmó Tod-. No me gusta tener que recordar a usted la historia de su propio país. Pero ahí tiene a Luis XIV, que fue un manirroto. Reventó a la nación. Todo el tiempo se lo pasó en guerras. Vació el tesoro y acabó con toda una generación de jóvenes. Pero fue el Rey Sol y todos lo adoraron, aunque Francia no tenía donde caerse muerta. Luego vino Luis XVI, hombre sencillo y honrado. Trajo expertos en eficiencia. Convocó asambleas, trató de escuchar, de comprender. Lo probó todo y... -Tod trazó con el dedo un rápido semicírculo alrededor de su garganta.

Pipino hundió la cabeza en el pecho. Tristemente se preguntó:

-¿Por qué tuvieron que hacerme rey?

-Usted perdone -dijo Tod-. Me parece que no le he sido de mucha ayuda. Pero tiene usted una cosa parecida a un trono y pronto querrá hacer uso de él.

-Lo que quiero es paz, y mi telescopio.

-Usted querrá hacer uso de él -insistió Tod-. A todos les pasa lo mismo. Bueno, mire, he estado dándole la lata. Ahora vamos a salir a la calle y veremos cómo vive la otra mitad del mundo.

-Debo regresar.

-Tal vez nunca más pueda volver a escaparse. Y, además, su deber consiste en asociarse con su pueblo.

-Bueno, si me lo presenta de esa manera...

-Le prestaré algunas ropas -dijo Tod-. Nadie será capaz de reconocerlo.

-¿Quiere llamar a Clotilde?

-No -contestó Tod-. Vamos a correrla usted y yo, los varones solos.

A las tres y media de la madrugada, el teniente de la Guardia de Corps, Emile de Samothrace, de servicio en la puerta del palacio de Versalles, se puso sobre aviso al escuchar cierto alboroto enfrente del palacio. A través de la semioscuridad pudo percibir dos hombres que, abrazados solícitamente mientras marchaban hacia la entrada, iban cantando:

Allons, enfants de la Patrie
All the livelong day.
Le jour de gloire est arrivé
And the monkey wrapped his tail
around ihe flagpole.
Baa! Baa! Baa![1].

El teniente Emile de Samothrace interceptó a la pareja mientras llamaba a gritos a la guardia, tras de lo cual los otros arremetieron contra él con paraguas, chillando estridentemente: "¡A la Bastilla!"

El parte del teniente decía: "Uno de estos hombres sostuvo ser el Príncipe de la Corona de Petaluma, en tanto que el otro no hizo más que gruñir entre dientes: "!Baa! ¡Baa! ¡Baa!" Los puse a disposición del comandante de palacio para que procediese a interrogarlos".

A la noche siguiente, al entrar de servicio, el teniente encontró que su parte había sido quitado del libro y en su lugar estaba la anotación: "A las tres horas y treinta minutos no hay novedad". Y al calce estaban las iniciales del comandante.

El teniente Emile de Samothrace descubrió que las palabras de la canción seguían zumbando en su memoria: "¡Baa! ¡Baa! ¡Baa!"

[1] Marchemos, hijos de la patria Todo el santo día. Llegó el día de gloria Y el mono enroscó su rabo alrededor del asta de la bandera. ¡Baa! ¡Baa! ¡Baal

Y MIENTRAS tanto, Francia gozaba de taí paz, prosperidad y utilidades, que los periódicos comenzaron a referirse a la época como la Edad de Platino. El periódico de Nueva York *Daily News* llamó a Pipino "El Rey Atómico". El *Readers Digest* reprodujo tres artículos que había pedido: uno aparecido en el *Saturday Evening Post*, titulado "*Nuevo Examen de la Realeza*"; otro en el *Ladie's Journal*, "El Presente Glorioso", y el tercero en el *American Legion Monthly*, "Ua Rey contra el Comunismo".

Citroen anunció un nuevo modelo.

Cristian Dior presentó la línea R, con el talle más alto y el corpiño más explosivo desde Montesquieu.

La moda italiana, movida por los celos, sostuvo que la línea R hacía que los senos pareciesen paperas. Gina Lollobrigida, siempre leal a Italia, declaró, al llegar a Idlewild, en tránsito para Hollywood, que se negaba a hacer de vigía entre sus dos promontorios. Pero las críticas contra Francia se basaban en gran parte en la envidia que suscitaba la Edad de Platino.

Inglaterra ardía a fuego lento y esperaba.

La Agencia de Compras Soviética ordenó que le sirvieran cuatro camiones aljibe de perfume francés.

En los Estados Unidos la excitación alcanzó un grado febril. Bonwit Teller dio el nombre de L'Etage Royal a todo un piso.

Una benigna estación de otoño pasó tibiamente por toda Francia, avanzó Sena arriba y luego remontó el Loira, se extendió por la región de Dordoña, trepó por el Jura y acarició las estribaciones de los Alpes. Se había llevado a cabo una copiosa recolección de trigo, y los racimos estaban apretados, cálidos y espléndidos. Incluso las trufas fueron benévolas: negras y carnosas, brotaban casi fuera de la tierra caliza. En el norte las vacas caminaban tambaleándose por los pastizales con las ubres pesadas y cremosas, mientras la cosecha de manzanas estaba lista, y suficiente por una vez, para hacer el champaña, encanto de los ingleses.

En ninguna época de la historia se habían mostrado los turistas más pródigos y humildes, ni sus anfitriones franceses más felices, a pesar de sus expresiones adustas.

Las relaciones internacionales llegaron a cimas de fraternidad. Los aldeanos más conservadores compraron nuevos pantalones de pana. Los ríos de Burdeos fluían con sus caudales rojizos por el vino de las prensas. Las ovejas daban leche que era extracto para el queso.

Terminadas las vacaciones, los partidos y subpartidos se reunieron en París para terminar las contribuciones que cada uno de ellos hacía al Código Pipino que iba a ser adoptado en noviembre.

Los ateos cristianos formularon una cláusula por la que se imponía una contribución de diversiones sobre los servicios religiosos. Los cristianos estaban preparados con una ley que hacía obligatorio asistir a misa.

Los centristas de la derecha y la izquierda iban del brazo y por la calle.

Los comunistas y socialistas tomaron la costumbre de saludarse quitándose el sombrero.

Deuxcloches, el Custodio Cultural, pero en realidad el verdadero dirigente del Partido Comunista de Francia, dio expresión oral a lo que estaban pensando los demás partidos. Hablando en una reunión secreta del partido, esbozó una serie de trampas y cepos tan ladinamente concebidos que ningún movimiento posible del rey podría dejar de ser desastroso.

Librodot

Francia estaba en la cima de la buena fortuna. Todo el mundo lo admitía. Los turistas dormían en los macizos de flores de los mejores hoteles.

Siendo todo esto así, ¿cómo se explica uno la pequeña nubécula que asomó por el horizonte a mediados de septiembre, se oscureció y extendió en las primeras semanas de octubre y creció imponente como una tormenta a medida que se acercaba noviembre?

Una vez ocurridos, es común explicar los acontecimientos históricos de acuerdo con la preocupación del historiador. Así, el economista encuentra su justificación en la economía, el político en la política, el médico en los pólenes o en los parásitos. Son muy pocos los historiadores, si es que ha habido alguno, que hayan buscado las causas simplemente en los sentimientos del pueblo acerca de las cosas que se suceden a su alrededor. ¿No es cierto que en los Estados Unidos las eras de mayor paz y prosperidad han sido también los períodos de mayor inquietud y descontento? ¿No es verdad igualmente que en estas semanas de fruición de Francia comenzó a desarrollarse y crecer entre todas las clases una agitación, un nerviosismo, un susurro de miedo?

Si esto parece irracional, incluso increíble, piense usted cómo en un espléndido día soleado un hombre dice a su vecino: "Probablemente lloverá mañana". Piense, por otra parte, cómo durante un invierno húmedo y frío la opinión general es de que el verano será seco y cálido. ¿Quién no ha oído a un granjero, mirando a su abundante cosecha, lamentarse: "¿Habrá mercado para esto?"

No creo que el historiador necesite profundizar más sobre este tema. Los seres humanos tienen la tendencia a desconfiar de la buena fortuna. En tiempos malos estamos demasiado atareados con nuestra propia protección. Para etapas semejantes contamos con el equipo necesario. Para la única cosa que nuestra especie está desamparada es contra la buena fortuna. Al principio produce perplejidad, luego atemoriza, después causa cólera y, finalmente, nos destruye. Nuestra convicción básica, fue expresada en palabras por un gran jugador de baseball analfabeto:

-Todo en la vida -dijo- pierde por siete a cinco.

El campesino, contando sus utilidades, no halló tiempo para preguntarse cuánto había perdido en beneficio del mayorista. El pequeño comerciante estalló en imprecaciones en voz baja cuando el gran distribuidor volvió la espalda.

Este clima de recelo en una escala individual no se detuvo allí. Por ejemplo, el Comité de Política Exterior del senado de los Estados Unidos, al enterarse de la compra de cuatro camiones aljibe de perfume francés hecha por los rusos, solicitó del Servicio Secreto que consiguiera muestras y las pusiera en manos de hombres de ciencia expertos para descubrir qué cualidades -explosivas, venenosas o hipnóticas- podían estar agazapadas en *Quatre-Vingt Fleurs* o en el más reciente producto: *L'Eau d'Eau*.

Por otro lado, los rusos inspeccionaron secretamente un embarque de helicópteros de plástico destinados a los almacenes de juguetes de París.

Una tropa de exploradores franceses, que estaba haciendo instrucción con pequeños bastones de palo, fue fotografiada por los servicios silenciosos de cuatro naciones y las películas fueron enviadas a sus respectivos países para su estudio.

Librodot

Los que resultaron más hostigados de todos fueron los espeleólogos, quienes encontraron que no podían trabajar solos y sin ser objeto de observación ni aun en las cuevas más profundas.

En todo el mundo crecieron las sospechas hacia Francia. Y en esta nación había ráfagas de nerviosismo. El aumento de ocho soldados hecho por Luxemburgo a su ejército originó que el Quai d'Orsay se reuniera precipitadamente.

En las provincias la gente dirigía sus miradas inquietas hacia París. En la capital francesa se susurraba que las provincias se mostraban crecientemente levantiscas.

Aumentaron los robos a mano armada. La delincuencia juvenil se elevó a grados increíbles.

Cuando el 17 de septiembre la policía descubrió en un sótano de la isla de Saint Louis un escondrijo de armas comunistas, un estremecimiento de terror recorrió a toda Francia. Los policías, quizás, no fueron lo suficientemente explícitos. No hicieron del conocimiento público que las armas habían sido escondidas por la Commune de 1871 y que los rifles de yesca y pedernal y las antiguas bayonetas no sólo estaban pasadas de moda sino corroídas por la herrumbre.

Y mientras esta nube se iba alzando y ennegreciendo, ¿qué pasaba con el rey?

Es cosa generalmente admitida que poco tiempo después de su coronación el rey empezó a cambiar. Era de esperarse semejante fenómeno, o por lo menos se podía anticipar.

Permítasenos trazar un paralelo. Tomemos por ejemplo una raza de perros para cazar aves, digamos *pointers*, a los cuales se ha perfeccionado, seleccionado y educado a través de varias generaciones para la especialidad de la caza. Luego imagínese un matrimonio morganático y el resultante entremezclamiento de sangres hasta que finalmente tenemos un cachorrillo de esta cruza en el escaparate de una tienda de animales domésticos. Lo llevan a vivir a un departamento de una ciudad, pasea dos veces al día atraillado, olisqueando desde la llanta de uni automóvil hasta el cesto de la basura y de allí a la boca de la manguera de incendios. Su olfato se acostumbra al perfume, a la gasolina y a las bolas de naftalina. Le recortan las uñas de las patas; su piel huele a jabón de pino; su alimentación se la sirven directamente de un bote de conservas.

Este perro, al crecer, quizás es educado para que lleve el periódico de la mañana desde la puerta del departamento a la cama, a sentarse, a tumbarse, a dar la pata, a pedir como un pordiosero y a llevar las zapatillas al amo. Lo disciplinan para que no se acerque a la bandeja de los entremeses, a que controle su vejiga. Los únicos pájaros que ha conocido en su vida son los gordos pichones que caminan anadeando o los nerviosos gorriones de la calle; su único amor, el gesto despectivo de un pequinés al pasar a su lado.

Vamos a suponer entonces que este perro en el apogeo de su vida -a este descendiente de la grandeza- es llevado de excursión, en una merienda campestre, a un paraje agradable al lado de un arroyo. En la guerra que se entabla contra la arena, las hormigas y el viento que sacude las esquinas del mantel como látigos, nuestro perro pasa al olvido por unos momentos.

Huele la exquisitez del agua corriente y se aproxima lentamente a la orilla del arroyo bebiendo con avidez de un fluido en el que no hay germicidas en infusión. Una sensación antigua llena su pecho. Se pone en marcha siguiendo un pequeño sendero, husmeando hojas, pardos troncos de árbol y hierba. Hace una pausa al llegar a una vereda que ha cruzado una liebre. El viento fresco le hormiguea en la piel.

De pronto, siente que se apodera una emoción de él; un éxtasis, algo pleno, como un recuerdo. A su hocico llega un olor desconocido, pero recordado. Se estremece y deja escapar un leve quejido, después camina incierto hacia lo mágico.

De súbito, el hipnotismo parece hacer presa en él. Sus paletillas se inclinan ligeramente hacia adelante. Su cola delgada se endereza. Una mano avanza cautelosamente detrás de la otra. Su cuello se estira hacia adelante hasta que hocico, cabeza, lomo y rabo se convierten en una línea. Su mano derecha se levanta lentamente. Se queda como una estatua. No respira. Su cuerpo es como la aguja de una brújula o como una escopeta apuntando a una bandada de codornices escondidas en un matorral.

En el mes de febrero de 19... un hombre apacible, investigador, vivía en una pequeña casa de la Avenida de Marigny, junto con su hija y su agradable esposa, su balcón y su telescopio, sus zapatos de goma y su paraguas, y siempre con su cartera de documentos. Tenía dentistas, un seguro de vida y unos cuantos valores en el Crédit Lyonnais. Un viñedo en Auxerre...

Entonces, sin que nada lo hiciera presagiar, este hombrecillo fue hecho rey. ¿Quién de nosotros, que no tiene sangre azul, puede saber lo que ocurrió en Reims cuando descendió la corona real? ¿Tenía el mismo aspecto París para el rey que para el astrónomo aficionado? ¿Cómo sonaba la palabra "Francia" en los oídos del rey? ¿Y la palabra "Pueblo"?

Sería muy extraño que antiguos mecanismos hubiesen dejado de funcionar. Es posible que el rey no supiese lo que estaba sucediendo. Quizás él, al igual que el *pointer*, reaccionase a los estímulos olvidados. Lo que parece innegable es que el reino creó al rey.

Una vez convertido en rey se quedó solo, colocado aparte y solitario, y esta es una de las facetas de ser rey. La monarquía creó un rey.

El tío Charles había estado en Versalles una vez en toda su vida, cuando siendo muchacho, ataviado con blusa negra y cuello blanco, marchó en una fila desigual de escolares vestidos como él a través de salones y dormitorios, salas de baile y sótanos de ese monumento nacional por orden del Ministro de Instrucción Pública.

En aquella ocasión, Charles concibió tal odio y horror por el palacio real que nunca se recuperó de él. Recordaba el artesonado lleno de grietas y pintado, el suelo de mosaico de madera que crujía al caminar, los cordones de terciopelo, los pasillos con sus corrientes de aire, como en una especie de pesadilla.

Por lo tanto, fue una sorpresa para el rey que el tío Charles llegara a visitarlo a su aposento real, y más sorpresa todavía que fuera acompañado de Tod Johnson.

Charles miró atentamente a su alrededor en la habitación pintada. El piso dejaba oír sus quejidos de tímido dolor mientras él avanzaba. En el marco de las ventanas una manta sujeta con chinchetas evitaba que entrara en la habitación el helado viento del otoño y en el hogar de la enorme chimenea

Librodot

ardía un tronco. Los relojes dorados se encontraban sobre sus mesas de cubierta de mármol y las sillas de tiesos respaldos se apoyaban contra la pared tal como Charles las recordaba.

-Debo hablar contigo, hijo mío -comenzó el tío Charles.

Tod intervino.

-En el *Herald Tribune* de París leí que tenía usted «oa amante, caballero. Art Buchwald lo dijo.

El rey enarcó las cejas.

El tío Charles dijo rápidamente:

-Estoy enseñando mi negocio a Tod. Va a abrir una sucursal en Beverly Hills.

-A aquella gente se le puede vender cualquier cosa con tal de que el precio sea elevado -explicó Tod-. ¿Dónde tiene usted a su querida, señor?

-He hecho algunos cambios -dijo el rey-, pero en el asunto de la amante tuve que transigir. Los sentimientos eran muy fuertes en este aspecto. Me dicen que es una mujer simpática. Hace bien su trabajo.

-¿Le dicen, caballero? ¿Es que no la ha visto usted?

-No -declaró el rey-, no la he visto. La reina insiste en que la invite a tomar el aperitivo uno de estos días. Todo el mundo dice que es muy amable; que se viste bien, con esmero, que es agradable. No es más que una forma, pero en este asunto las formas son muy importantes, sobre todo si uno tiene sus planes.

-¡Aja! -exclamó el tío Charles-. Planes. De eso precisamente tenía miedo yo. Por eso vine.

-¿Qué quieres decir? -preguntó el rey apaciblemente.

-Escucha, hijo. ¿Crees que tu secreto es un secreto? Todo París, todo Francia lo sabe.

-¿Sabe qué?

-Mi querido sobrino, ¿crees que un traje de mecánico y un bigote postizo ya es un disfraz? ¿Crees que cuando solicitaste empleo en la planta Citroen y te que daste todo el día en las puertas conversando con los obre ros, estabas realmente de incógnito? ¿Y cuando recorriste todos los viejos edificios de la margen izquierda del Sena, fingiendo ser un inspector, reconociendo las paredes cor tus golpes, examinando tuberías, ¿crees que alguien pensó que eras un inspector?

-Estoy perplejo -confesó el rey-. Llevaba la gorra y la placa.

-Y no es solamente eso -prosiguió el tío Charles-, Has estado en los viñedos simulando ser un viñador. Has vuelto locos con tus preguntas a los concesionarios de Les Halles. -Le imitó burlonamente-. "¿Cuánto paga usted por las zanahorias? ¿A cuánto las vende? ¿Cuánto paga el mayorista por ellas al granjero?" Y al trabajador industrial: "¿Qué alquiler paga usted? ¿Cuál es su salario? ¿Cuánto paga usted al sindicato? ¿Qué utilidades obtiene usted? ¿Cuánto gasta usted por término medio a la semana en comida y renta?" Creo que pretendiste ser en este caso un periodista de *L'Humanité*.

-Tenía una tarjeta de prensa -reveló el rey.

-Pipino -preguntó el tío Charles-, ¿qué te traes entre manos? ¡Te lo advierto! El pueblo se está poniendo nervioso.

El rey empezó a pasearse por la habitación hasta que el crujido del entarimado lo hizo detenerse. Se quitó sus lentes y los puso a cabalgar sobre el índice de su mano izquierda.

-Estaba tratando de aprender. Hay muchísimas cosas por hacer. ¿Sabías tío Charles, que el veinte por ciento de los edificios que se alquilan en París son un peligro para la salud y una amenaza para la seguridad? Apenas la semana pasada hubo una familia en Montmartre que casi pereció asfixiada por el yeso que se desprendió de la vivienda. ¿Sabes que el mayorista se lleva el treinta por ciento del precio de venta de esas mismas zanahorias y que el detallista se queda con el cuarenta por ciento? ¿Y sabes lo que eso deja al granjero que cultiva un manojo de zanahorias?

-¡No sigas! -gritó el tío Charles-. ¡No vayas adelante! Estás jugando con fuego. ¿Quieres que se vuelvan a levantar barricadas en las calles de París? ¿Quieres ver a París en llamas? ¿Qué te hace creer que puedes reducir el número de capitanes de policía?

-Nueve de cada diez no hacen nada -razonó el rey.

-¡Ay, hijo mío -dijo el tío Charles-, pobre y aturdido hijo mío! No irás a caer en la misma vieja trampa, ¿verdad? Fíjate en los ingleses. Cuando el actual duque de Windsor fue rey, descendió una sola vez al pozo de una mina, la conmoción resultante no sólo hizo qué se suscitaran interpelaciones en el Parlamento, sino casi estuvo a punto de hacer perder el voto de confianza al primer ministro. Pipino, hijo, mi querido hijo, ¡te ordeno que desistas de tus propósitos!

El rey tomó asiento en una pequeña silla, que se convirtió en trono.

-Yo no pedí ser rey -dijo-, pero lo soy, y encuentro a esta Francia querida, rica y productiva, desgarrada por facciones egoístas, esquilmada por agentes comerciales ambiciosos, engañada por los partidos. Descubro que existen seiscientos caminos para eludir el pago de impuestos, si eres lo bastante rico, y sesenta y seis métodos de elevar la renta en zonas donde la renta está controlada. Las riquezas de Francia, para las que debiera haber una especie de distribución, son devoradas. Todos se roban unos a otros, hasta que se llega a un punto en que no hay nada que hurtar. No se construyen viviendas nuevas y las antiguas se están cayendo a pedazos. En esta tierra privilegiada son los gusanos los que engordan.

-¡Pipino, cállate!

-Soy un rey, tío Charles. Por favor, no te olvides de eso. Ahora sé por qué la confusión en el gobierno no .solamente es tolerada sino que se fomenta. Ya lo he aprendido. Un pueblo confundido no puede formular peticiones claras. ¿Sabes lo que dice un obrero o un campesino francés cuando se refiere al gobierno? Lo llama "ellos". *Ellos* están haciendo esto. *Ellos, ellos, ellos...* Es algo que está en un lugar aparte, anónimo, sin identificación, y que por lo mismo no se puede atacar. Y la cólera se esfuma reduciéndose a refunfuños. ¿Cómo se puede corregir algo que no existe? Y examina a los intelectuales, las mentes agostadas. Los escritores del pasado grabaron a fuego el nombre de Francia en el mundo. ¿Sabes qué están haciendo ahora? Se hallan apretujados en un rincón, doloridos continuamente, creando una filosofía de desesperación, mientras los pintores, con muy pocas excepciones, ponen en sus obras apatía y envidiosa anarquía.

El tío Charles se sentó en el borde de una de las sillas tapizadas de brocado y apoyó su cabeza en el cuenco de sus manos, meciéndose de un lado a otro como un doliente en un funeral.

Tod Johnson estaba cerca de la chimenea, calentándose la espalda. Reposadamente preguntó:

-¿Tiene usted el capital y la organización para cambiarlo?

-No tiene nada -gimió el tío Charles-, Ni una sola persona. Ni un sólo centavo.

-Tengo la corona -respondió Pipino.

-Y ellos te tendrán en la carreta. No creas que la guillotina esté tan lejos como eso. Antes de que comiences ya habrás caído. Ellos te destruirán.

-Como ves, tú mismo usas la palabra -dijo Pipino-. *Ellos, ellos*, el innominado *ellos*. Creo que aunque el rey sepa que puede fracasar, el rey debe probar.

-No es así, hijo, no es así. Ha habido muchos reyes que simplemente se reclinaron y...

-Lo dudo -replicó el rey-. Creo que trataron de cambiar las cosas, diga lo que se diga de ellos. Deben ha berlo intentado; cada uno de ellos debe haber hecho ensayos.

-¿Y qué te parece una guerra? -sugirió el tío Charles.

El rey se rió entre dientes.

-Yo sé que ansías mi bienestar con vehemencia, querido tío.

-Vamos, Tod -dijo Charles Martel-. Salgamos de aquí como alma que lleva el demonio.

-Quiero hablar con Tod -dijo Pipino-. Buenas noches, querido tío. Puedes bajar por la escalera del rincón y eludir así a los aristócratas. Te escabulles a través del jardín. ¡Da un cigarrillo al guardia real!

Después que salió el tío Charles, Pipino levantó una esquina de la manta y atisbo el exterior de palacio. La noche helada estaba llena del croar de las ranas y las carpas gorgoteaban y chapoteaban en el estanque. Vio a su infortunado tío caminando a lo largo del sendero, llevado del brazo por un noble de edad madura que hablaba animadamente y en voz alta con expresiones muy rebuscadas en el mismo oído del tío Charles.

El rey suspiró, dejó caer la esquina de la manta y, volviéndose a Tod, dijo:

-Hay que ver qué hombre más pesimista. Nunca se casó. Siempre decía que cuando llegara a conocer bien a la mujer para casarse con ella, ya sería de mejor aviso.

-Es un comerciante -dijo Tod-. Pero, ¿sabe una cosa?, no quería realmente ampliar el negocio. Tuve que garantizarle que él no tendría ningún trabajo ni problema como consecuencia de ello.

El rey oprimió el borde de la manta contra la ventana para que no entrara el frío.

-Los bastidores se han encogido -explicó-. A Marie no le gusta nada que ponga la manta, pero yo me enfrío.

-¿Y qué le parece poner madera plástica? -sugirió Tod-. Es una especie de masilla.

-Reparaciones modernas para una construcción antigua -observó Pipino-. Mire, esa es una de las razones por la que le pedí que se quedara. Quizás mi memoria es un poco nebulosa en lo referente a nuestra última entrevista.

-Pero, señor...

-Fue muy agradable y me sirvió de ayuda. Creo que me dio una conferencia acerca de las corporaciones norteamericanas ...

-Ya entiendo. Entonces, su gobierno es una democracia, un sistema de cheques y balances. ¿No es cierto?

-Exacto, señor -contestó Tod.

-Y dentro de esa estructura tienen grandes corporaciones, las cuales, en sí, se asemejan en cierto modo a un gobierno. ¿No es cierto eso también?

-Va usted delante de mí, pero me parece que es cierto lo que dice. Se ha estado usted devanando los sesos.

-Gracias. Creo que realmente lo he hecho. ¿No es cierto que en una corporación hay algo así como cierta flexibilidad que uno no encuentra en el gobierno? Me refiero a ésto: ¿no se podría efectuar rápidamente y con efectividad un cambio de política en una corporación, pongamos por caso mediante la orden del presidente del consejo, sin tener que consultar a todos los accionistas-, orden que se supone es para bien y provecho de los mismos?

Tod contempló al soberano con ojos especulativos.

-Ya veo dónde quiere ir usted a parar.

-¿Cuál sería el procedimiento?

-¿Cree usted que podría llegar más lejos como presidente del consejo de administración que actuando como rey?

-Estoy haciendo una pregunta que, tal vez, lleva de la mano a la respuesta.

-En fin, déjeme pensar un momento, caballero. Si se tratara de un cambio grande, el presidente plantearía la cuestión a los miembros del consejo, y si éstos se mostraban de acuerdo, entonces se daría la orden. Si la opinión del consejo estuviera dividida, tendrían que convocar una junta de accionistas.

-Me imagino que entonces no hay ni que pensar en eso -dijo el rey-. Yo no puedo conseguir que se pongan de acuerdo ni siquiera dos personas de nuestro pueblo.

-Mire usted -explicó Tod-, cada miembro del consejo de administración representa una cierta cantidad de acciones. Si hay algún punto espinoso los miembros votan en representación de los accionistas. El grupo que represente a mayor número de accionistas es quien controla la medida. Entonces se debe consultar con los sindicatos para saber sí ellos tienen algo que oponer.

-¡Ay! ¿Y eso para un programa que es obviamente bueno y deseable?

-Sí, señor. Podría decirse que en ese caso más particularmente.

El rey lanzó un suspiro.

-Aparentemente, una. corporación no es muy diferente de un gobierno,

-Bueno, es un poco diferente. Depende de cómo estén distribuidas las acciones. En nuestra corporación todas las acciones están en poder de nuestra familia. ¿Recuerda cuando hablamos de vender títulos nobiliarios en los Estados Unidos?

-Sí, lo recuerdo vagamente.

-Hay una fortuna en ese asunto -dijo Tod-. Mire, caballero, eso podría resolver el asunto de la votación representativa. ¿Por qué no lo deja usted en mis manos sencillamente? Yo puedo conseguir cien mil dólares por un titulito de caballero. Y apuesto a que puedo vender uno de duque por lo que se me ocurra pedir.

El rey alzó la mano.

-Bueno, espere un momento -le dijo Tod-, escuche esto. Puedo hacer constar en la patente que usted es quien tiene la representación. Ve, eso es mejor que dividir las acciones. Puedo hacer que vaya respaldado por la firma de Neiman-Marcus. Y la sociedad tendrá más importancia que miss Rheingold, los títulos de la Academia y el Aquacade todos juntos.

El rey preguntó:

-¿No llaman a eso aguar las acciones?

-¡Oh, no! -exclamó Tod-. Es mucho mejor que eso. Es más parecido a una nueva emisión, una especie de refinanciamiento. Es posible que Billy Rose la hiciera, está tratando de encontrar algo de importancia.

El rey tenía la cabeza hundida entre los hombros. Se estremeció con un escalofría Y después comentó, riendo débilmente:

-Resulta que yo, Pipino IV, rey de Francia, solamente puedo hablar con un joven turista rico y una monja vieja que fue corista.

Tod preguntó:

-¿Es cierto, como dijo el tío Charles, señor, que ha andado usted por ahí disfrazado?

-Fue una torpeza -dijo el rey-. Cuando visité a usted nadie me vio. Las gorras, los bigotes postizos y las placas que me puse, fueron un error.

-¿Y por qué lo hizo usted, señor?

-Pensé que sería una buena idea conocer algo acerea de Francia. ¿No ha notado algü raro en la atmósfera?

-Bueno, si, en cierto modo. Sé dicen muchas cosas.

-Hay una cosa que me tiene preocupado -dijo Tod-. Mi padre...

-¿Qué pasa? ¿Está malo?

-Tal vez. Tiene fiebre por ser duque..., la última persona de quien se pudiera pensar eso en todo el mundo.

-Puede que todos padezcamos un poco de la misma enfermedad, Tod.

-Pero es que usted no comprende. Mi padre...

-Quizás lo comprendo un poco -repuso el rey.

A medida que se fueron acortando los días otoñales, se solicitaron y aun exigieron un número creciente de audiencias privadas al rey. Este solía sentarse detrás de su mesa de despacho en un salón de audiencias que había sido construido y adornado para otro rey, mientras dos o tres representantes de una facción, o un interés, le hablaban en privado. Cada diputación tenía la confianza de que el rey era partidario de ella. Y las diputaciones nunca venían solas. A través de la mente de Pipino flotó el pensamiento de que los delegados de la diputación desconfiaban unos de otros. Cada uno de los representantes ansiaba con vehemencia el bien de Francia, pero también era cierto que el bien esencial de Francia descansaba sobre el bien fundamental de la facción o incluso del individuo.

De esta manera el rey se enteró de lo que se reservaba para Francia, de los planes que se estaban haciendo. Permanecía silencioso y escuchaba mientras los socialistas demostraban que se debía proscribir a los comunistas, los centristas mostraban sin dejar lugar a dudas que solamente si la espina dorsal financiera de Francia era reforzada y defendida podría llegar la prosperidad hasta las clases inferiores.

Los partidarios de la religión y los enemigos de ella exponían sus puntos de vista irrefutables.

El rey escuchaba silenciosamente. Y salía deprimido.

La mente de Pipino buscaba refugio frecuentemente en el recuerdo de su pequeño balcón en la Avenida Marigny. Podía ver y sentir el cielo oscuro y silencioso y la nebulosa que se desgarraba lentamente.

Exteriormente se mostraba calmado y cordial. De cuando en cuando, hacía un gesto de asentimiento con la cabeza, que las diputaciones recibidas en audiencia interpretaban en el sentido de que el rey estaba de acuerdo con ellas, pero que en realidad no era sino una manifestación exterior de que el

rey se iba dando cuenta cada vez más de las funciones del gobierno y del monarca.

Aceptaba la soledad, pero le era imposible controlar el impulso de buscar a hurtadillas una solución o un escape, aunque no podía encontrarlos por ninguna parte.

Y en el punto y hora que salían las delegaciones de los partidos, continuaban los embajadores. Sentado en su habitación pintada, Pipino escuchaba cortésmente las ambiciones, expuestas en el lenguaje pulcro de los hombres de estado, de otros países para aprovecharse de Francia, cada una para sus propios fines, y nuevamente hacía ges tos de asentimiento y su alma quedaba envuelta en una deprimente bruma gris.

El 15 de noviembre los varios partidos que iban a ser representados en la Convención Constitucional elevaron una petición a la Corona para que fijara como fecha de la reunión el próximo 5 de diciembre. El rey accedió graciosamente, y así se ordenó.

Pipino adquirió la costumbre por las noches de tomar notas en los pequeños cuadernos forrados que en otros días le habían servido como libros de bitácora de los cielos.

Marie estaba preocupada con él.

-Está muy distraído, muy desapegado -dijo a la hermana Hyacinthe-. Pero no es como su anterior desapego. Ayer me preguntó si me gustaba ser reina. ¡*Si me gustaba*!

-¿Y qué le contestaste? -quiso saber la monja.

-Le dije la verdad, que nunca me había parado a pensar si me gustaba o no me gustaba. Yo me limito a hacer lo que exige cada día.

-Bueno, ¿y te gustaba *no* ser reina?

-Quizás era más fácil -respondió la reina-, pero no creas que muy diferente. Una casa limpia y bien gobernada es lo mismo en todas partes, y los maridos son los maridos, sean reyes o astrónomos. Pero yo creo que él está triste.

Llegaron las mañanas frías con los rayos vivificantes del sol a mediodía. Cayeron las hojas de los castaños y los sicómoros, y las escobas de los barrenderos no tuvieron descanso.

El rey volvió a su disfraz original, a lo que era él. Vestido con su chaqueta de pana y sus alpargatas se dio a recorrer la región montado en motociceta. Después de haberse dado dos porrazos añadió un casco protector a su atuendo.

Un día se lanzó en su vehículo rumbo a la pequeña población de Gambais, famosa por su perfecto, si bien en ruinas, Chateau de Neuville. Pipino despachó su almuerzo al lado del foso cubierto de malezas del castillo. Observó a un hombre de edad madura explorando las aguas apestosas del foso con un rastrillo de largas púas.

El anciano halló un objeto duro y pesado y lo arrastró hacia la orilla; Era un busto de Pan con su cuerno de caza, su guirnalda y cubierto de musgo. Solamente cuando el viejo forcejeó denodadamente por levantar a Pan hasta un pedestal de granito situado al borde del foso, fue cuando el rey se puso en pie y se acercó a ayudarlo. Entre los dos lograron izar la pesada estatua hasta colocarla sobre su base, hecho lo cual retrocedieron para contemplaría, limpiándose al mismo tiempo los dedos verdes y resbalosos en los pantalones.

-Me gusta que dé la cara un poco más al este -dijo el viejo. Los dos hombres la hicieron girar. Pipino limpió la costra que cubría la cara de Pan con su pañuelo hasta que fueron visibles los labios salvajes y los ojos astutos y lascivos.

-¿Cómo fue a parar al foso? -preguntó el rey.

-¡Ohl Alguien lo derribó de un empujón. Siempre lo hacen, a veces hasta dos y tres veces al año.

-¿Y por qué?

El anciano alzó los hombros y extendió las palmas de sus manos.

-¿Quién sabe? -dijo-. Hay gente que empuja las cosas dentro del foso. También es trabajo duro. Es sencillamente gente que empuja las cosas al interior del foso. ¿Ve aquellos otros soportes, allá? Son de un jarrón de mármol, un chiquillo con una concha y una Leda que están abajo en el agua.

-Quisiera saber por qué lo hacen. ¿De rabia, cree usted?

-¿Quién sabe? Eso es lo que hacen; entran a hurtadillas por la noche.

-¿Y usted los saca siempre del agua?

-Este año ando un poco retrasado. He tenido mucho quehacer, y reumatismo además.

-¿Y por qué no sujeta las estatuas a las bases?

-¿No se da usted cuenta? -explicó el anciano pacientemente-. Entonces tirarían dentro del foso la base también. Y en ese caso no sé si podría arreglármelas para sacarlas.

El rey preguntó afablemente:

-¿Es usted el propietario de aquí?

-No, no lo soy. Vivo por los alrededores.

-¿Entonces, por qué las saca?

El viejo pareció quedarse perplejo, buscando qué responder.

-No lo sé. Supongo que es porque hay gentes que sacan las cosas; eso es lo que hacen. Me imagino que yo soy uno de esa especie.

El rey clavó la vista en el verde y viscoso busto de Pan.

El viejo razonó en tono de impotencia:

-Supongo que hay gentes que hacen cosas diferentes, y -añadió como si acabara de hacer aquel descubrimiento- me imagino que así es cómo se hacen las cosas.

-¿Bien o mal? -preguntó el rey.

-No entiendo -dijo el anciano, como si estuviera ante algo irremediable-. Hay simplemente gentes, gentes que las hacen.

El rey visitaba con frecuencia a la hermana Hyacinthe, algunas veces para hablar reposadamente de los acontecimientos del día, otras para permanecer allí silenciosamente. Y la monja, que había tenido más experiencia de la vida -si bien de otra naturaleza- que Marie, sabía cuándo conversar con el rey y cuándo unirse a él en el silencio reparador.

En una ocasión la monja le dijo:

-Me gustaría saber lo que pensaría la superiora si supiera que, salvo en un aspecto, estoy llenando las funciones de la amante del rey. Debería ver realmente a su amante, señor. Ella se siente abandonada. Tuvo que luchar esforzadamente con su alma para convertirse en su amante, y ahora descubre que la lucha fue infructuosa. Ni siquiera ha hablado usted con ella, y no digamos nada en cuanto a seducirla.

-Más adelante -dijo el rey-. Quizás más adelante la invite un día a tomar el té. ¿Cómo dice que se llama?

A su regreso de Gambais, el rey fue, sin hacerse anunciar, a visitar a la hermana Hyacinthe, y la encontró a mitad de su masaje. Todo lo que pudo ver fueron dos pies y tobillos rosados que asomaban a través de los agujeros del biombo.

-Ya está a punto de terminar, señor -se escuchó la voz de la monja al otro lado de la mampara.

El maestro se inclinó en una reverencia y reanudó su trabajo, dejando oír pequeños maullidos de afecto y estima sobre los dedos color de rosa de los pies, dando palmaditas y suaves apretones de estímulo a las plantas planas.

-Observo una mejoría -dijo en tono profesional. Y dirigiéndose al rey-: Observe, señor, que hace un mes no se podía deslizar ni la hoja más delgada de papel debajo del metatarso, y ahora incluso el que esté menos acostumbrado a fijarse en estas cosas puede percibir una concavidad.

La hermana Hyacinthe tronó desde el otro lado:

-No se atreva a curármelos hasta el punto que yo me sienta animada a hacer uso de ellos.

-Ella sólo piensa en sus pies -dijo el masajista severamente-. Yo tengo que pensar en mi profesión y mi reputación.

Cuando el hombre se hubo marchado y el biombo se hubo plegado y guardado, la monja comentó:

-Éste granuja fantoche los está curando realmente, y a mí me da miedo pensar en ello.

-Se puede guardar el secreto de esto, hermana -dijo el rey.

-Tiene la cara encarnada, señor. ¿Ha estado tomando el sol?

-He estado recorriendo el campo en la motocicleta, hermana.

La monja soltó la risa.

-Me gustaría ver al Rey Sol haciéndolo -dijo la hermana Hyacinthe-. Han cambiado los tiempos, supongo. Usted monta una motocicleta y me imagino que sus ministros están disputando acerca de los caballos de fuerza de sus coches.

-¿Cómo lo supo? -preguntó el rey.

-Hay cosas que una sabe, señor. Por ejemplo, sé que usted tiene un problema, un problema grave, y que ha venido a verme para que le ayude a encontrar una solución.

-Es usted muy sabia -dijo el rey.

-No lo bastante para dejar de ser corista antes de que se me pusieran los pies planos.

-Pero una vez dejó de serlo, hermana, dio un paso muy largo hacia el cielo.

-Es usted muy amable, señor. Muy bien podría ser qtie mi acercamiento al cielo fuera un efecto de lo anterior. Creo que sería mejor decir tropezón que paso. ¿Está usted preparado para exponer su problema?

-Lo primero que tengo que hacer es aislarlo, hermana. En general, se podría plantear con la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que ha de hacer un hombre?

-Ese no es un problema nuevo precisamente -dijo la monja, pensativa-. Y por lo general se resuelve por sí solo, ya que uno hace lo que uno es. El primer proceso debiera consistir en determinar qué es el hombre; una vez establecido eso, es muy poca latitud la que abarca en lo que hace.

-Uno aprende con mucha más facilidad lo concerniente a otras personas -dijo Pipino.

La hermana Hyacinthe razonó:
-Al abandonar la excelente escuela donde su esposa fue mi amiga y ocupar mi puesto en el Folies, yo estuve preocupada acerca de... la pérdida de la inocencia. De pronto descubrí que no era su pérdida sino la correcta elección del momento de la pérdida lo que constituía el problema. La elección de mi momento fue mal hecha, con el resultado de que tuve que perder mi inocencia en varias ocasiones, y después de eso ya no tenía importancia. Pero en fin, yo era una entre muchas coristas desnudas en un escenario, no un rey.
-En este momento yo me siento bien desnudo -afirmó el rey.
-Por supuesto que sí. Para acostumbrarse hace falta tiempo y un cierto embotamiento de los sentidos. Pero, ¿sabe?, al cabo de algunos años me sentía mucho más desnuda con la ropa puesta que sin ella.
Pipino declaró bruscamente:
-Hermana, yo no dispongo de tiempo,
-Ya lo sé -asintió la monja-. Lo siento.
-¿Qué debo hacer?
-No sé qué es lo que usted debiera hacer, señor, pero creo que sé lo que hará.
-¿Sabe cuál es mi dilema?
-Sólo el ciego por su gusto podría dejar de verlo. Usted hará lo que hace.
-Eso es lo que me dijo el viejo. Pero todo lo que él estaba haciendo era sacar estatuas del fango. Si yo estoy equivocado, el que sufrirá será el pueblo, Marie, Clotilde, incluso Francia. ¿Qué diría, hermana, si una buena obra provocara una explosión?
-Diría que una buena obra puede ser imprudente, pero no puede ser mala -respondió la monja-, A mí me parece que la historia del avance de los humanos está basada en buenas obras que explotaron. Sí, muchos fueron los que resultaron heridos, o muertos, o quedaron reducidos a la pobreza, pero algo del bien subsistió. Desearía... -Hizo una pausa-. ¿Y por qué no decirlo? En este momento desearía no llevar este... hábito.
-¿Por qué, hermana?
-Con objeto de poder darle uno de los pocos consuelos que un ser humano puede ofrecer a otro.
-Gracias, hermana.
-Gracias a Suzanne, no a Hyacinthe. Le voy a pedir que crea, señor, que hubo un tiempo en que Suzanne no tenía miedo ni de sus pies ni de su alma. Suzanne hubiera tenido entonces el valor... y el amor.

A primera hora de la mañana Pipino corría en su motoneta rumbo a Gambais. En su bolsillo llevaba una botella de vino.
Dejó estacionado su vehículo cerca de la carretera y echó a andar a través del parque cubierto de matorrales, oliendo los efluvios de la escarcha, pizcando los granos anaranjados de las vides silvestres preparadas ya para el invierno. Una ráfaga de viento hizo caer las hojas rizadas y oscuras de los árboles inquietos sobre su cabeza y sus hombros.
De pronto oyó un grito débil delante de él, en las cercanías del foso, y apretó el paso hasta que salió de la espesura al borde del bosque y vio tres jóvenes fornidos riendo y luchando traviesamente con el viejo. Tenían en sus brazos el busto de Pan y caminaban en dirección del foso, mientras el

anciano tiraba impotentemente hacia atrás de las chaquetas de los jóvenes y los llenaba de improperios.

Pipino echó a correr y en un santiamén se vio en medio de la refriega. Los robustos jóvenes se volvieron contra el furioso rey; pronto estuvieron rodando, peleando y arañándose por el suelo, y a poco el remolino de piernas y brazos pasó por encima del borde del terraplén y descendió rodando hasta las negras aguas del foso. Y la escaramuza siguió allí todavía hasta que los jóvenes bigardos sostuvieron bajo el agua al sangrante rey. Este cesó de luchar. Después atemorizados, los jóvenes treparon, chorreando agua, por la resbaladiza orilla y corrieron, corrieron presa del pánico y desaparecieron en el bosque otoñal.

Pipino recuperó el conocimiento gradualmente. El anciano había tirado de él hasta sacarle la cabeza y el pecho fuera del agua.

-Estoy bien, creo -dijo el rey.

-¡No lo parece! Conozco esos jóvenes matones. Iré a ver a sus familias. Presentaré una acusación.

-Aprovechando que estoy mojado ya, creo que lo mejor que podría hacer es rebuscar en el agua para ver si encuentro el jarrón de mármol y la Leda y el chiquillo con la concha.

-No, no hará semejante cosa. Yo saqué el jarrón ayer. Lo que va a hacer es venir a mi casa, secarse y calentarse. Allí tengo media botella de coñac.

Pipino subió arrastrándose por la resbaladiza orilla. Estaba cubierto de limo verde como Pan, tenía un ojo amoratado y de sus labios partidos corría un hilo de sangre.

En una pequeña cabana construida dentro de los límites del bosque, su amigo preparó una fogata, le ayudó a quitarse las ropas y lo limpio con una esponja y una cubeta de agua tibia; luego lo secó con trapos deshilachados pero limpios.

-Parece como si hubiera estado enzarzado en una pelea de gatos -le dijo-. Tenga, beba un trago de esto. Envuélvase en esta manta. Voy a colgar sus ropas encima de la estufa.

Pipino hundió su mano en el bolsillo de la esponjosa chaqueta de pana buscando la botella de vino.

-Le traje esto como regalo -le dijo el viejo.

El anciano sostuvo la botella en alto, alejándola en toda la extensión de su brazo, y miró de través a la etiqueta.

-Oiga esto es, esto es... esto es vino de cristianar, vino para una boda. No sé si volveré a tener jamás en mí vida un día que justifique quitar el corcho a esta botella.

-Tonterías -atajó Pipino-. Ábrala. Yo le ayudaré a beberla.

-¿No son las nueve todavía?

-Ábrala -insistió el rey, arrebujándose mejor en la manta.

El anciano tiró del tapón con ternura.

-Oiga, ¿y cómo se le ocurrió traer un vino como este para mí?

-Acaso en homenaje de las personas que extraen cosas.

-¡Ah! Como las estatuas, se refiere usted...

-O como yo. ¡Pero beba! ¡Beba!

El anciano probó el vino y se relamió los labios.

-Un vino como este... -dijo en tono del que comprende que sus argumentos serán inútiles. Se limpió los labios con la manga de la camisa por temor de que a su paladar llegara algún sabor extraño.

-Anoche -dijo Pipino- estuve pensando en algo que quería preguntarle a usted. ¿Qué piensa del rey?

-¿Qué rey?

-Pues el rey, Pipino IV, monarca de Francia por la gracia de Dios.

-¡Ah! Ese. -Luego en tono receloso-: ¿Qué se propone usted? Yo no quiero líos, con vino o sin vino. ¿Y a santo de qué se le ocurre pensar en eso por la noche?

-Simplemente quería saber. No es más que una pregunta; no se trata de que haya líos. ¿Quién podría buscarle a usted complicaciones?

-Uno nunca puede decir eso -respondió el viejo.

-Vamos, llene su vaso y dígame qué piensa de él.

-Yo no sé nada de política, excepto de lo que pasa aquí, en Gambais. ¿Qué sé yo del rey? Es el rey nada más, supongo. Hay reyes y luego no hay reyes, sólo que...

-¿Sólo qué?

-Bueno, pues que regularmente ya no hay más reyes. ¿Reyes? Son como esos condenados lagartos grandes, tan enormes como una casa. Se acabaron. Desaparecieron, se han ex...

-¿Extinguido?

-Eso es, extinguido. Parece que ya no había lugar para ellos.

-Pero hay un rey de Francia.

-Bueno, pero es como un juego para chiquillos -dijo el anciano-. Es como Santa Claus. Está ahí, sí, pero cuando uno se va haciendo viejo ya no se cree en él. El rey es, en fin, semejante a un sueño.

-¿Cree usted que habrá más reyes alguna vez?

-¿Y cómo voy a saber yo eso? ¿Por qué sigue pinchándome una y otra vez con sus preguntas? Cualquiera creería que está usted emparentado con él. -Recorrió con la vista las ropas que colgaban encima de la estufa-, Pero no lo está.

-¿Sabría usted si el rey era una cosa verdadera, no un sueño?

-Supongo que sí.

-¿Cómo lo sabría?

-Bueno, porque vendría atrepellando las cosechas con sus caballos, o habría desórdenes y colgaría a mucha gente, o a lo mejor diría: "Hay un montón de cosas malas y yo voy a arreglarlas..." -Su voz se fue apagando hasta extinguirse-. No, no creo que ninguna de estas cosas serviría para identificarlo. Conozco a muchos hombres ricos que proceden de esa manera, pero no son reyes. Me parece que sólo hay una manera por la que se podría saber con seguridad.

-¿Cuál?

-Mire, si lo sacaran de donde está y lo guillotinaran, creo que uno estaría bastante seguro de que era el rey. Sí, supongo que sí.

Pipino se puso en pie, se dirigió a la estufa y bajó sus ropas mojadas y humeantes de vapor de las cuerdas donde se estaban secando.

-Todavía no están secas.

-Ya lo sé, pero debo irme.

-¿Me va usted a denunciar a alguien por alguna cosa?

-No -le tranquilizó el rey-. Ha contestado usted a mi pregunta. Y... ¡por Dios que lo haré! Un hombre no puede tolerar que lo consideren como extinto. Es posible que lo haga mal, pero lo haré.

-¿De qué está usted hablando? No ha sido tanto el vino que ha bebido.

Pipino se puso sus ropas pegajosas por la humedad.
-Le enviaré un poco de vino -le prometió-. Se lo debo.
-¿Por qué?
-Por lo que me ha dicho. Para que un hombre sea guillotinado debe haber realizado algo que lo haga digno de la guillotina. La guillotina, o la cruz, requieren o bien un ladrón o... Gracias, mi extractor de cosas.
El rey salió de la cabana y caminó rápidamente a través del bosque hasta el matorral cercano a la carretera donde había dejado escondida su motoneta.

En el aposento real la reina estaba frotando con aceite de limón la cubierta pulida de una mesa.
-¿Cuántas veces tengo que decir que los vasos ro se deben dejar encima de la mesa sin ponerles algo debajo?
El rey la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él.
-¿Qué estás haciendo? Pipino, ¡estás mojado! Pipino, mira qué cara tienes! ¡Y tu ojo! ¿Qué has hecho?
-Di un traspiés en el reborde del estanque de las carpas y caí dentro.
-Nunca aprenderás a mirar por dónde vas caminando. ¡Pipino! Mira que podría entrar alguien... No llaman a la puerta.

Librodot

EN UN punto estaban de acuerdo todos los ministros, delegados, nobles y académicos. La apertura de la convención debía ser regia. Un gran número de personas a las que se había otorgado honores recientemente no había tenido la posibilidad de exhibir públicamente sus mantos y plumas, sus sombreros, medallas, escarapelas y entorchados. Se solicitó del rey que asistiera a la ceremonia con toda pompa y pronunciara un discurso breve y de buen gusto desde el trono. Se le enviaron varios discursos de muestra, basados en los circunspectos sentimientos de la realeza británica.

El rey de Francia debería aceptar el amor y apoyo de sus subditos, debería mencionar su propio amor por sus súbditos y el reino de Francia, debería reconocer el pasado glorioso y anticipar un glorioso futuro. Luego debería retirarse y dejar que los delegados formularan la Constitución, o más bien, el Código Pipino.

Pipino se mostró de acuerdo en esto, pero entonces se desencadenó una discusión acerca de la indumentaria, una encarnizada discusión que duró dos horas. El comité era numeroso, y sus miembros insistieron en permanecer de pie, aunque el soberano les sugirió que se sentaran. Además, dos ancianos nobles llevaban incómodamente puestos sus sombreros, derecho que había sido otorgado a sus antepasados por Francisco I.

Pipino comentó agriamente:

-Yo tenía la impresión y la esperanza, caballeros, de que esta deliberación que se aproxima tenía por finalidad establecer una Constitución, un conjunto de leyes que tratara de cosas ordinarias relacionadas con las vidas de gentes ordinarias. ¿Por qué es necesario que la transformemos en una fiesta de disfraces que haga recordar las dadas por millonarios suramericanos en Venecia? ¿Por qué no podemos llevar todos los sencillos vestidos de nuestra propia época?

Un socialista y un noble forcejearon por hacer uso de la palabra; ganó el socialista, que era nada menos que el Honrado Jean Veauvache, ahora Conde de los Cuatro Gatos. El conde habló en representación de todo el comité, como lo indicaron los movimientos afirmativos de sus cabezas.

-Majestad -dijo-, no hay nada ordinario en la ley. Al contrario, es un asunto místico que, en muchas mentes, está estrechamente unido a la religión. Y, de la misma manera que quienes dispensan la ley santa encuentran que son necesarias las vestiduras, así sucede con los servidores de la ley civil. Observe, señor, que nuestros jueces presiden ataviados con togas y birretes. Piense en los jueces ingleses, que no solamente deben presentarse con mantos y pelucas, sin tomar en cuenta el calor de la estación, sino incluso llevar ramilletes de flores, destinados antaño a evitar el olor de la gente, pero cuya costumbre no se ha abandonado en una época menos odorífera. Y en los Estados Unidos señor, la nación más irasciblemente democrática, donde la panoplia está prohibida en el gobierno y donde se requiere que el jefe del estado sea el peor vestido de todos, incluso allí, según me dicen, el pueblo ordinario, sintiéndose robado, se une en organizaciones secretas, donde llevan regularmente coronas, mantos, capas de armiño y hablan siguiendo rituales de la antigüedad, lo cual les proporciona un solaz augusto, aunque no entiendan las palabras. No, Majestad, el pueblo común no sólo no quiere vulgaridad sino que no la permitirá. Le ruego que recuerde a Luis Felipe, el llamado Rey Burgués, que se atrevió a caminar por las calles ataviado con ropas ordinarias y a llevar además un paraguas. Fue expulsado de Francia

por un pueblo ofendido. Finalmente, señor, la flor de Francia se encontrará presente y sus damas estarán en las galerías. Han comprado mantos nuevos, incluso las coronas de sus títulos nobiliarios. No se les va a negar el derecho de llevarlas. Estas pueden parecer cosas pequeñas, pero en realidad son muy grandes y muy importantes. Y si a esta asamblea llegara el rey vestido con un traje sport, una corbata de tonos alegres, y llevando sus documentos en una cartera, me estremezco al pensar en la reacción que produciría. En realidad, considero que a un rey semejante se le debería expulsar de su cargo a fuerza de carcajadas.

El comité estaba asintiendo a sus palabras como un solo hombre, y cuando el Honrado Jean terminó su perorata, los miembros se vieron forzados a aplaudirlo.

Le siguió en el uso de la palabra un académico venerable, un caballero cuyo nombre y sabiduría son familiares en todo el mundo.

-Deseo secundar las palabras del señor conde -dijo el maestro-, pero quiero dar un paso más adelante. Su majestad puede hacer casi todo lo que desea, excepto una cosa. El rey no se puede permitir ser ridículo. Es la única cosa que lo destruirá inevitablemente. En mi juventud, señor, tuve la buena fortuna de estudiar bajo la dirección de un hombre muy culto, pero además un hombre de gran comprensión. En una ocasión me dijo lo siguiente: "Si se convocara al intelecto más grande del mundo para que compareciera ante las cincuenta mentes que le siguieran en grandeza en el mundo para examinar un problema de tal importancia que de su solución dependiera la existencia de la tierra, y si ese hombre, el más grande de todos, en su preocupación hubiera descuidado abrocharse la bragueta, la junta no solamente no escucharía una palabra de lo que dijera, sino que a sus miembros les sería imposible contener sus risitas.

El rey tenía sus lentes cabalgando sobre su índice. -Señores -dijo-, no deseo presentar obstáculos. Tampoco siento afán alguno por inhibirles en el uso de sus nuevos guardarropas y los de sus esposas, pero en la ceremonia de la coronación, con todo aquel ropaje, me sentí como un idiota, y debo haber parecido eso.

-Ni mucho menos, Majestad -clamaron a coro.

-Bueno, en cualquier caso, tenía tanto calor que no podía respirar.

El conde de los Cuatro Gatos levantó otra vez su mano para que se le reconociera.

-Sería suficiente, señor, con que apareciera usted vestido de uniforme, digamos, de Gran Mariscal de Francia.

-Pero es que yo no soy Gran Mariscal.

-El rey, Su Majestad, es lo que él desee nombrarse a sí mismo.

-Pero no tengo semejante uniforme.

-¡Ah, pero hay museos! Seguramente que Los Inválidos le pueden proporcionar un uniforme de Gran Mariscal.

El rey permaneció silencioso unos momentos y después preguntó:

-Bueno, ¿si yo accedo a esto, caballeros, me permitirán que llegue de Versalles en automóvil en lugar de hacerlo en carroza? No saben ustedes lo incómodo que ese carruaje puede ser.

Después de una conferencia mantenida en cuchicheos se acordó así, pero el Honrado Jean dijo finalmente:

-Nosotros, sus leales servidores, veríamos con agrado que durante su alocución -sólo durante- permitiera que se la colocara sobre los hombros el manto púrpura de la realeza.

-¡Ay, San Pedro! -se lamentó Pipino-. Bueno, está bien, doy mi consentimiento, pero sólo durante el discurso.

Y así se acordó.

La tarde del 4 de diciembre, mientras el palacio de Versalles era un manicomio de nobles que corrían precipitados de un lado para otro, probándose, acortando, alargando, remendando y caminando delante de los espejos la indumentaria propia de su alcurnia, el rey, con su chaqueta de pana y su casco protector, caminó hasta el puesto de guardia de la verja de entrada, guiñó el ojo al capitán de la guardia, con el cual había hecho amistad, y le deslizó en las manos un paquete de Lucky Strike.

Pipino sabía que el capitán estaba al servicio del Ministerio de la Policía Secreta, pero que también servía al Partido Socialista, a la embajada británica y a la Agencia de Compras Peruana, era propietario a medias de una pastelería en la calle Charonne, al lado del Boulevard Voltaire. El capitán Pasmouches informaba a cada uno de sus clientes acerca de los demás, pero sentía genuina simpatía por el rey y le gustaban genuinamente los Lucky Strike.

-Por aquí, señor -le indicó, y escoltó a Pípino con su casco y sus anteojeras puestas hasta la casa de los guardias, donde reposaba la motoneta cubierta por una lona-. ¿Va a pasar usted cerca de Charonne, señor? -preguntó el capitán.

-Sí, puedo hacerlo -respondió el rey.

-¿No podría llevar una nota de mi parte a mi esposa en la pastelería Pasmouches?

-Con todo gusto -dijo el rey-. Queda un poco desviado de mi camino, por supuesto. -Y al meterse el papel doblado en el bolsillo, advirtió al capitán-: Desde luego, si empezaran a preguntar y eso...

-Yo no he visto nada, señor -dijo el capitán-. Incluso para el ministro, yo no he visto nada.

El rey dio una fuerte pedaiada al arranque y montó en la máquina.

-Se ve claramente que lleva usted el bastón de mariscal en sus botas, capitán -dijo el rey.

-Es usted muy amable, señor -agradeció el capitán Pasmouches.

La pastelería estaba muy retirada de su camino, pero la tarde era agradable y soleada, un buen día para salir de excursión y un alivio del absurdo imponente de Versalles. El rey entregó la nota a la señora Pasmouches, la cual lo agasajó con una taza de café y un surtido de pastas.

Después de los cumplidos de rigor por una y otra parte, el rey se metió velozmente en el tráfico estrepitoso de la Plaza de la Bastilla, se lanzó como una flecha por la calle de Rívoli, cruzó por el Puente Nuevo y dio vuelta entrando en la calle del Sena.

Los postigos de las ventanas del establecimiento de Charles Martel estaban cerrados, lo mismo que la puerta. Pipino golpeó ésta ruidosamente con el puño sin recibir contestación del interior. Se retiró a un lado y esperó pacientemente hasta que la puerta se abrió ligeramente. Entonces metió la punta del pie en la abertura con firmeza.

El tío Charles se quejó:

-¿Es que no puede un hombre tener aislamiento ni aun de naturaleza galante?

-No creo eso -repuso el rey.

-¡Oh! Vamos, entra. ¿Qué quieres?

El rey se deslizó al interior de la galería en tinieblas y notó que las paredes estaban desnudas y que en torno se encontraban grandes cajones de madera, empacados y listos para clavarlos y cerrarlos.

-¿Vas de viaje, tío?

-Sí.

-¿No me invitas a que me síente?¿Por qué estás enfadado conmigo?

-Entra, pues. Los sillones están tapados. Tendrás que sentarte en una caja.

-¿Estás preparando la huida?

-No tengo confianza en ti -declaró el tío Charles-. Yo sé atar cabos. Tú estás tramando alguna cosa. Y perderás, hijo mío. Por mi parte, no veo razón alguna para que yo también tenga que perder por tu estupidez.

-Vine en busca de consejo.

-Entonces te lo daré. Mira, vete y sé un rey de manera adecuada y deja de andar metiendo las narices en los negocios y en el gobierno, donde nadie te llama. Ese es el consejo que te doy. Si lo aceptaras, podría desempacar.

-Tú me dijiste en una ocasión que yo era un chive expiatorio, un hombre de paja real. Un hombre de pajs es una especie de juguete, ¿no es cierto?, algo que se usa hasta donde es posible y después se pierde sin sentir pena, ¿verdad?

-Supongo que sí. Pero cuando un hombre de paja trata ds llevar a cabo el trabajo del gobierno, entonces es un idiota.

Pipino se sentó en una canasta.

-¿Quieres darme una copa de coñac?

-No tengo nada.

-¿Qué es aquella botella que veo al fondo?

-Es orujo.

-Bueno, entonces, dame un dedal de orujo. Debes estar aterrado, tío, para haber perdido tu cortesía.

-Estoy aterrado. Y siento miedo por ti.

El rey dijo:

-Un monarca puede dar un paso adelante, atrás, a los lados, en sentido oblicuo, pero un chivo expiatorio -o un hombre de paja- sólo puede marchar al frente. Gracias, tío Charles, ¿no vas a tomar una copa conmigo? ¿No quieres beber a mi salud? ¿El remordimiento de tu deslealtad debe hacer que me odies?

El tío Charles suspiró muy profundamente.

-*Estoy* avergonzado -declaró finalmente-. Sin embargo, mi vergüenza no me hará alterar mi decisión. Voy a los Estados Unidos por una temporada, hasta que estalle esto. No sé exactamente qué pretendes hacer, pero sé que es un desastre. Y tienes razón en cuanto a una cosa: Que no hay excusa para la descortesía. ¡Perdóname!

-Comprendo cuáles deben ser tus sentimientos, pero he reflexionado profundamente acerca de esto, tío. Un rey es un anacronismo, un rey no existe realmente.

-¿Qué te propones?

-Simplemente hacer unas cuantas sugestiones, basadas en lo que he observado.

-Te mandarán a la guillotina. Ellos no quieren sugestiones.
-Esa es una de las cosas que he aprendido. Un rey debe ser digno de la guillotina. Y es posible que una o dos de mis sugestiones tomen arraigo.
-Siempre he odiado a los mártires.
Pipino bebió su orujo y se estremeció.
-Yo no soy ningún mártir, tío Charles. Un mártir cambia algo que tiene por algo que quiere. Yo no soy ambicioso.
-¿Entonces qué eres? ¿Perverso?
-Quizás. O puede que nada más curioso. Y desde luego, no soy un valiente.
-Antes me parecía creer que te conocía. ¿Y qué piensas de Marie? ¿Y de Clotilde? ¿Es que no sientes nada por ellas?
-Es para hablarte de ellas por lo que vine a verte. Quiero pedirte que cuides de ellas..., es decir, en caso de que se haga necesario.
-Bueno, ¿y tú?
-Estoy haciendo drama. Creo que el momento y mi cargo lo requieren. Puedo cuidar de mí mismo.
-¿Proyectas llevar a cabo la cosa mañana?
-Sí. Y me gustaría que invitaras a mi esposa y a Clotilde para que te visiten mañana. Quizás podrías llevártelas de excursión por la campiña. Es posible que el joven Johnson pueda ayudarte. Dispone de automóvil. Pasar un fin de semana en el Loira. En Sancerre hay una pequeña posada que es muy bonita. Pero me imagino que tú la conoces.
-Sí, la conozco.
-¿Lo harás?
El tío Charles blasfemó obscenamente durante algunos segundos.
-¡Entonces lo harás! -dijo el rey.
-¡Esto es una trampal Crees que tienes el derecho de maniobrar conmigo porque somos parientes. Esto es un chantaje detestable.
-¡Entonces está arreglado! -exclamó Pipino-. Gracias, tío. No presumo que haya lío, pero me anticipo a él. -Se levantó del canasto.
-¡Oh, toma otra copa! -dijo el tío Charles-. Creo que me quedan unas gotas de coñac.
-Me haces muy feliz -dijo el rey-. Ya sabía yo que podía contar contigo.
-¡*Merde*! -barbotó el tío Charles.

A menos de un kilómetro del Palacio de Versalles, Pipino desvió su motocicleta fuera de la carretera y se metió en el bosque. La empujó por encima de la gruesa alfombra de hojas caídas hasta llevarla lejos del camino asfaltado. Al socaire de unas rocas que sobresalían del suelo se habían amontonado las hojas de los árboles y Pipino las apartó haciendo un hueco, luego metió su motocicleta en la cavidad y la cubrió con las hojas. Después amontonó unas cuantas ramas de árbol encima para que sujetaran las hojas en su lugar. Terminada la operación, salió del bosque y continuó su camino a pie.
En la verja de entrada informó al capitán:
-Ya entregué su carta. Su esposa me encargó que le dijera que se ocupará de ello. Que desea que llame usted por teléfono a la casa de Ars et Fils y se lo diga para que ellos avisen a su mujer cuando puede usted entrar. Tengo que decirle que los pasteles que hace ella son deliciosos.
-Gracias, señor. ¿Dónde está su motocicleta?
El rey se alzó de hombros.

-Tuve un pequeño accidente. La están reparando. Un turista me trajo amablemente hasta cerca de aquí. Naturalmente, no quise que él...

-Comprendo, señor. Nadie ha preguntado por usted.

-Supongo que están demasiado ocupados con su propias personas -expuso el rey.

A la hora de cenar la reina le dijo:

-Tu tío Charles nos ha invitado, a Clotilde y a mí, a ir a Sancerre. No creo que este sea el momento...

-Al contrario, querida. Yo estaré muy atareado con la convención. Y tú necesitas un descanso. Has trabajado muy arduamente y durante mucho tiempo.

-Pero es que tengo un millón de cosas...

-Que esto quede entre nosotros dos nada más, querida, pero creo que estaría muy bien alejar a Clotilde de París durante unos pocos días. Sólo como una medida política, ¿sabes? Hace demasiadas declaraciones a los periodistas. ¿Dices Sancerre, verdad? Recuerdo que es una pequeña población encantadora, con un vino espléndido, si es que tienes la suerte de conseguir algo de él.

-Ya pensaré en ello -contestó la reina-. Tengo muchas cosas en la cabeza. No sé, Pipino, si es oportuno que te comunique que los agentes se niegan redondamente a dar por terminado el contrato de arriendo del número uno de la Avenida Marigny. Insisten en que un contrato es un contrato, cualquiera que sea el gobierno.

-Quizás podamos subarrendarlo más adelante.

-Eso es justamente una cosa más de qué preocuparnos -replicó la reina-. Ya sabes tú cómo son los inquilinos. Y la mayor parte de los muebles de mi madre está allí todavía.

-Necesitas un pequeño descanso, querida. Has tenido demasiadas responsabilidades.

-No sé qué es lo que debo llevar.

-Nada más cosas sencillas para viajar en automóvil y un abrigo grueso. Puede que haga: un poco de frío cerca del río en esta época del año. Ojalá pudiera ir contigo.

La reina lo miró interrogadoramente.

-No me gusta dejarte precisamente en estos momentos.

Pipino le tomó la mano, volvió la palma hacia arriba y estampó un beso en ella.

-Es el momento perfecto -declaró-. Yo estaré tan ocupado con la convención que ni siquiera me verías.

-Quizás tengas razón -convino ella-. Demasiada charla y demasiada política zumbando alrededor. Ya estoy cansada de la nobleza, querido. Estoy hastiada de política. Algunas veces pienso que ojalá estuviéramos viviendo todavía en nuestra pequeña casa de las caballerizas. Aquella es una vecindad muy agradable. Pero el portero es imposible de aguantar.

-Ya lo sé -afirmó el rey-. Pero ¿qué puedes esperar de los alsacianos?

-Eso es, tú lo has dicho-saltó la reina-, Alsacianos ..., provincianos, digo yo. Sólo están interesados en sus pequeñas vidas estrechas. ¡Provincianos! ¿Crees que debería llevar mi abrigo de pieles?

-Te lo recomiendo encarecidamente -contestó el rey.

Todo el mundo ha visto fotografías de la histórica apertura de la convención para deliberar acerca del Código Pipino. Todos los periódicos y revistas del mundo publicaron por lo menos una versión de ella. El semicírculo de asientos, llenos de delegados envueltos en sus mantos, la tribuna de los oradores y el alto sillón, como un trono, del presidente de la Suprema Corte, cuyo deber era controlar y dirigir los trámites.

Las fotografías revelan las caras graves de los delegados en todos los aspectos de sus indumentarias de ceremonia; las galerías llenas hasta desbordarse de damas, también ataviadas con trajes de la época y las coronas de sus títulos de nobleza; los guardias en los umbrales de las puertas con jubones acuchillados y armados de alabardas. Aunque no se ven en las fotografías, allí están las pilas de documentos, las montañas de libros de precedentes, los libros mayores, las carteras de documentos, incluso pequeños armarios archiveros que descansaban en el suelo, entre los pies de los delegados, conteniendo las armas con las que cada partido proyectaba salvar a Francia mediante su propio engrandecimiento.

La asamblea se reunió a las tres de la tarde del 5 de diciembre, y estaba convenido que después del discurso del trono suspendería sus labores hasta el día siguiente. El rey no fue invitado ni deseada su presencia en las reuniones subsiguientes. Se esperaba que al final de las deliberaciones estamparía su firma real en el Código, de preferencia sin leerlo.

Se recordará que fue el duque de Troisfronts quien primero pidió el regreso de la monarquía. Se consideró que no era sino justo que fuese él quien anunciara al rey, a pesar de su bóveda palatina dividida.

A las 3.15 el presidente de la Suprema Corte levantó el martillo real, que en realidad era una copia en madera del martillo del cual derivó su nombre Charles Martel.

El mazo se resonó noblemente tres veces. En la entrada situada a la derecha de la tribuna los alabarderos giraron hacia adentro, abrieron las puertas dobles y presentaron armas.

El duque de Troisfronts hizo su aparición. Estaba lleno de escamas como un lagarto con sus medallas y condecoraciones, en tanto que un copete que era parte integral de su corona nobiliaria le daba un aspecto de hombre vigilante, un poco como el dios Marte. Avanzó hacia la tribuna y miró a su alrededor, sobrecogido de pánico. El académico Potin, de la Real Academia de Música, dio tres golpes con su batuta, y seis heraldos en cota de malla levantaron sus trompetas rectas de dos metros de largo de las cuales colgaba el pendón real. Potin les dio la señal con la batuta, y rompieron a tocar una diana que pareció hacer bambolear el enorme salón.

El duque de Troisfronts batalló penosamente por llenar sus pulmones de aire.

-Cabayeros. ¡Os fesento al Hey de Fhansia!

Desde la galería se oyó a la duquesa estallar en una salva de aplausos.

Las trompetas volvieron a sonar.

Otra vez los alabarderos hicieron girar las puertas dobles, y entró Pipino.

Ni aun dejándose llevar por la imaginación más descarriada se podría haber pensado que Pipino tenía figura o continente militar. El uniforme de mariscal fue un error. Además, el uniforme -alquilado a un sastre de teatro- se descubrió a última hora que era demasiado largo. La capa se había hecho que quedara acomodada por medio de toda una fila de imperdibles sujetos en la parte superior de la espalda. Pero lo que no tenía remedio era la

entrepierna de los pantalones, la cual, aunque la pretina estaba subida hasta el pecho, companeaba como un badajo casi hasta la mitad de la rodilla. La capa de terciopelo púrpura con borde de armiño colgaba de sus hombros y era seguida por dos pajes encargados de vigilarla. Hicieron cuanto estuvo a su alcance, y cuando el rey llegó a la tribuna y se volvió hacia la asamblea ellos llevaron la cauda que iba arrastrándose por el suelo hacia adentro, tratando de ocultar los pantalones del rey, de manera que Pipino sobresalía de entre sus pliegues como el estambre de un lirio.

El rey colocó el manuscrito de su discurso sobre la tribuna. Sus manos recorrieron su pecho y luego buscaron frenéticas entre las grandes estrellas y órdenes. Sus gafas no estaban allí. Recordó habérselas quitado mientras estaban poniendo imperdibles a la capa, en la espalda. Habló a uno de los muchachos, el cual salió como una centella por una de las puertas laterales haciendo eaer la alabarda de las manos de uno de los guardias.

Mientras tanto, el maestro Potin, que a fin de cuentas había estado cincuenta años en el teatro, hizo una señal a los trompeteros para que rompieran a tocar el tradicional llamado a la cacería, cuyo tema triunfal, *Allá va el zorro*, pone a prueba la versatilidad de la trompeta recta.

En tanto que continuaba esta brillante improvisación, regresó el paje y entregó las gafas al rey. Pipino se inclinó sobre sus páginas, escritas con la caligrafia precisa pero diminuta del matemático.

Pipino leyó su discurso exactamente como si estuviera leyendo un discurso, Su voz no tenía altibajos. Expresó sus puntos sin subrayarlos ni declamarlos.

Nadie podía poner reproche alguno a la declaración de apertura:

-"Mis señores, y mi pueblo:

"Nos, Pipino, Rey de Francia, por derecho de sangre y por la autoridad adicional de elección, sostenemos que esta tierra ha sido singularmente favorecida por Dios con la riqueza de su suelo y su clima benigno, en tanto que su pueblo está dotado de inteligencia y talento superior al de muchos otros..."

Al llegar a este punto estalló una salva de aplausos que hizo que levantara la vista, se quitara las gafas y perdiera el lugar donde estaba leyendo.

Una vez que cedió el alboroto volvió a ponerse las gafas y se encorvó sobre la minúscula escritura.

-Vamos a ver. ¡Hum! ¡Ah, sí! Aquí está. "Talento superior al de muchos otros. Cuando asumimos la corona, hicimos un estudio cuidadoso de la nación, de sus riquezas, sus fallas y sus potencialidades. No solamente estudiamos las estadísticas de que podíamos disponer, sino que también salimos a mezclarnos con nuestro pueblo, no en nuestro carácter real sino al nivel mismo del pueblo..."

Hizo una pausa, levantó la vista y observó como si estuviera charlando amigablemente:

-Si eso parece romántico a algunos de ustedes, yo les pregunto de qué otro modo podría haberme informado.

Volvió a su manuscrito.

Una ligera sensación de desasosiego recorrió a la gran asamblea.

-"Averiguamos -dijo en tono pedante-, averiguamos que el poder, los productos, las comodidades, los beneficios y las oportunidades de nuestra nación merecen ser distribuidos más ampliamente de lo que son en la actualidad".

Librodot

Los centristas de la derecha y la izquierda se miraron unos a otros, consternados.

-"Creemos que son necesarios cambios, programas y algunas restricciones con el fin de que nuestro pueblo pueda vivir con comodidad y en paz, y que el genio de los franceses, que antaño iluminó al mundo, pueda ser reavivado".

Durante el tiempo que le llevó dar vuelta a la página, se escucharon débiles y aislados aplausos entre la concurrencia. Los delegados movieron nerviosamente sus pies entre los libros y carteras de documentos.

Pipino continuó:

-El pueblo de Francia ha creado un rey. La naturaleza y el deber de un rey es gobernar. Donde un presidente puede sugerir, un rey debe ordenar, de otro modo su cargo carece de sentido y su reino no existe. Nos, por lo tanto, ordenamos y decretamos que el Código que van ustedes a crear contenga las siguientes..."

Y entonces estalló la bomba.

La primera parte trataba de los impuestos, que debían mantenerse al nivel más bajo posible y se debían recaudar de todos.

La segunda parte se refería a los salarios, que tenían que ser ajustados a las utilidades y aumentar o disminuir de acuerdo con el costo de la vida.

Los precios tenían que ser controlados estrictamente contra los mangoneos.

Las viviendas existentes tenían que ser mejoradas y había que emprender nuevas construcciones, vigiladas en cuanto a su calidad y alquiler.

La quinta parte pedía que se procediera a una reorganización del gobierno con la finalidad de que realizara sus funciones con el menor gasto posible de dinero y personal.

La sexta trataba del seguro de la salud pública y las pensiones de retiro.

La séptima ordenaba el fraccionamiento de grandes latifundios para devolver a la productividad las tierras baldías.

-"A las tres grandes palabras quiero añadir una cuarta -dijo-. Así, pues, de ahora en adelante el lema de los franceses será: Libertad, Igualdad, Fraternidad y Oportunidad".

El rey, con la cabeza todavía baja, esperó los aplausos, y cuando vio que éstos no se producían recorrió con la mirada a la estupefacta asamblea. Los delegados estaban hipnotizados de horror. Sus miradas vidriosas se clavaron en el rey. Parecía que ni respiraban siquiera.

Pipino IV, había previsto hacer una reverencia en este punto y abandonar el salón con dignidad, seguido de los aplausos dedicados a él, pero sólo reinaba un doloroso silencio. Si se hubiese producido un tumulto, lo hubiera comprendido. Incluso se había preparado para las acusaciones que pudieran estallar en su contra, pero el silencio lo tenía atado y confundido. Se quitó las gafas y las puso a caballo de su dedo índice.

-Hasta la última palabra de las que dije fue en serio -comenzó con inquietud-. Yo he visto verdaderamente a Francia. Nuestra nación ha sobrevivido a tres invasiones y dos ocupaciones en el transcurso de tres generaciones, y surgió de ellas íntegra, fuerte y libre. Yo os digo que lo que un enemigo no pudo hacernos nos lo estamos haciendo nosotros mismos, como chiquillos voraces y destructivos arrojando el pastel por todas partes en una fiesta de cumpleaños.

Y súbitamente se sintió furioso, fríamente furioso.

-Yo no pedí ser rey -dijo roncamente-. Yo no supliqué ser rey. Y ustedes tampoco querían un rey. Querían un espantapájaros.

Después gritó:

-Pero ustedes eligieron un rey, y por Dios que tienen un rey o una broma gigantesca.

Los delegados carraspearon, se quitaron los lentes y los limpiaron.

-Yo sé tan bien como ustedes que la época de los reyes ya pasó -dijo reposadamente-. La realeza está extinguida y su lugar ha sido ocupado por consejos de directores. Lo que yo he tratado de hacer ha sido ayudarles a dar el salto, porque ustedes no son ni una cosa otra. Yo voy a dejarles ahora para que sigan con sus eliberaciones. Tienen mis órdenes, pero, tanto si las bedecen como si no, traten de ser dignos de nuestra hermosa nación.

El rey hizo una leve reverencia y se volvió para encaminarse hacia la puerta, pero un paje boquiabierto estaba plantado de pie encima del borde de su capa púrpura con cuello de armiño. Esta se desprendió de sus hombros y cayó al suelo, dejando al descubierto la hilera de imperdibles que sujetaban su capa en la espalda y la abolsada entrepierna de sus pantalones que campaneaba entre sus rodillas.

La tensión en los niños y los adultos abre dos avenidas de descanso -la risa o las lágrimas-, y cualquiera de ellas es igualmente accesible. La hilera de imperdibles fue el chispazo.

Comenzando con una risita tonta en los asientos del frente, se esparció transformándose en una risa reprimida y después en una carcajada histérica. Los delegados daban fuertes palmadas en las espaldas de los colegas que estaban delante de ellos, rugían y se ahogaban de risa y se limpiaban las lágrimas de los ojos. Así canalizaron la conmoción que les había producido el mensaje del rey, el sobresalto y el terror de su propio sentimiento profundo de culpabilidad.

Pipino podía escuchar las risotadas a través de las puertas cerradas. Se quitó los holgados pantalones y los colgó en una silla. Se vistió con su traje azul a rayas y se puso la corbata de punto de seda negra.

Reposadamente salió por una puerta posterior, caminó alrededor del edificio y quedóse entre la multitud congregada delante de la majestuosa entrada de mármol. La gente comentaba: -"¿A qué viene todo ese ruido? ¿Qué está ocurriendo ahí dentro?"

El rey se alejó lentamente del público agitado. Anduvo por las calles durante un rato y miró al interior de algunos escaparates. En un establecimiento de objetos musicales compró una armónica barata y, ocultándola en la mano, de cuando en cuando tocaba una nota. Descendió caminando hasta la orilla del Sena y contempló los eternos pescadores con sus aparejos de cuerda y su cebo de miga de pan.

Y después, como los días estaban acortando, compró un billete del autobús que hacía el viaje a Versalles y se fue a casa. Una vez en palacio, anduvo errabundo por los aposentos reales ahora vacíos.

Apagó las luces y arrastró una silla hasta la ventana de vidrios emplomados que daba a los jardines. Sacó la armónica de su bolsillo y empezó a tocar tímidamente. Al cabo de una hora ya conocía la escala musical. Dos horas después pudo tocar lentamente, y con trabajos, *Auprés de ma blonde, quil fait bon, fait bon, fait bon*.

Librodot

Pipino sonrió, sentado en la oscuridad. El palacio estaba tranquilo. Tocó *Frére Jacques* con lentitud, pero correctamente desde el principio al fin. Las carpas se agitaban ruidosamente en los estanques.

Mientras tanto, el telégrafo, la radio y los teléfonos transoceánicos funcionaban sin descanso.

Hombres vestidos con trajes oscuros corrían a las cancillerías. Entraron en acción líneas privadas y secretas. El Departamento de Estado de Washington congeló los valores franceses en los Estados Unidos.

Luxemburgo movilizó sus fuerzas.

Mónaco cerró sus fronteras y sus soldados arrancaron las flores de los cañones de sus rifles.

Un submarino soviético fue visto en la bahía de San Francisco.

Un escuadrón de destructores soviéticos dio caza a un submarino norteamericano en el Golfo de Finlandia.

Suecia y Suiza proclamaron su neutralidad, en tanto que se situaban en posición de defenderse.

Inglaterra gruñó y refunfuñó de contento y sugirió que la familia real podía encontrar el tradicional refugio en Londres.

Las ventanas de París se cerraron a cal y canto. Los estudiantes de la Sorbona subieron como hormigas por la Torre Eiffel, hicieron jirones el estandarte real e izaron la bandera tricolor entre los anemómetros.

En Suze-sous-Cure, el populacho, dirigido por el jefe de la policía, prendió fuego al Ayuntamiento, tras de lo cual la delegación de policía fue incendiada por el mismo populacho bajo la jefatura del alcalde.

Las autoridades de Falaise, en Normandía, hicieron una redada de todos los extranjeros y los metieron a la cárcel.

En Le Puy ardieron fogatas en las cumbres.

En Marsella hubo motines corteses y saqueos discriminatorios.

El Papa ofreció su mediación.

En París los gendarmes ayudaron a los revoltosos a levantar barricadas usando las vallas de la policía.

Los depósitos de la parte superior del Sena fueron abiertos a la fuerza, y los barriles de vino retumbaron rodando sobre los adoquines.

La sublevación hacía que los partidarios más ardientes aullaran de entusiasmo. Los centristas de la derecha fijaron carteles con la tinta húmeda todavía en los que se decía: ¡A LA BASTILLA!

El embajador norteamericano denunció el movimiento como una revolución.

El Kremlin, China, los países satélites y Egipto mandaron cables de felicitación a la República del Heroico Pueblo de Francia.

En la oscura y tranquila habitación de Versalles, Pipino trató de tocar el *Memphis Blues* y descubrió que su instrumento no tenía bemoles ni tonos agudos. Entonces cambió a *Home on the Range*, que no requiere ninguno de ambos, y estaba tan absorto en su tarea que no oyó la suave llamada que hicieron a la puerta.

La hermana Hyacinthe abrió la entrada de la habitación, miró al interior y vio la silueta del rey recortándose contra la ventana. La suave risa de la monja hizo que Pipino dejara de tocar, mirase en torno y la viera. Parecía un gran pájaro negro contra la pared pintada.

-Está muy bien eso de tener una segunda profesión -comentó.

El rey se puso en pie, turbado, y golpeó la armónica contra la palma de la mano para sacudirle la humedad.

-No la oí, hermana.

-No. Estaba usted muy ocupado, señor.

El rey dijo en tono un poco seco:

-Uno se encuentra a veces haciendo tonterías.

-Quizás no es una tontería, señor. La mente busca retiros curiosos. No sabía que se encontraba usted aquí. Casi todo el mundo se ha marchado.

-¿Dónde han ido, hermana?

-Algunos fueron a salvarse, pero la mayoría ha ido simplemente a París a ver los fuegos artificiales. Son atraídos por la actividad lo mismo que los insectos lo son por la luz. Yo misma también me voy a marchar. Mi superiora me ha ordenado que regrese. Mucho me temo, señor, que su breve reinado ha terminado. Dicen que toda Francia está en rebeldía.

-Yo no estaba preparado para pensar en eso -declaró Pipino-. Me imagino que he fracasado.

-No sé -repuso la monja-. He leído las observación nes que hizo usted a la convención. Son muy atrevidas, señor. Sí, me imagino que usted ha fracasado, personalmente, pero dudo haya pasado lo mismo a sus palabras. Recuerdo a otro que fracasó y cuyas palabras nos sirven de norma en nuestra vida. -La monja dejó un pequeño bulto sobre la mesa que el rey tenía a su lado-. Es un regalo para usted, señor, el disfraz consagrado por el tiempo.

-¿Qué es eso?

-Uno de mis hábitos, un vestido de monja, el medio tradicional de escape. No veo razón alguna para la cicuta o la cruz.

-¿Tan mal está la cosa? -preguntó el rey-. ¿Tan furiosos están realmente?

-No sé -respondió la hermana Hyacinthe-. Usted los ha cogido en un error. Será muy difícil para ellos perdonarle. Sus palabras serán como espinas en todo gobierno futuro. Usted será su obsesión. Quizás presienten eso.

-Quiero encontrar a Marie -dijo el rey-. Pensé que ella tal vez vendría aquí.

-Puede que lo haga, o quizás no le sea posible regresar. Tengo entendido que hay un gran alboroto en París. Cuando hayan terminado la diversión en París, es posible que los revoltosos vengan aquí. Si tienen intención de irse, le sugiero que lo haga esta noche.

-¿Sin Marie, sin Clotilde?

-No creo que estén en tanto peligro como usted, señor. Si quiere ponerse este hábito, puede venir conmigo. Mi convento le puede esconder hasta que le sea posible cruzar la frontera con seguridad.

-Pero yo no quiero cruzar la frontera, hermana. No creo que sea en realidad tan importante como para que quieran mi vida.

-Majestad -dijo la monja-, muy bien podría ocurrir que tengan miedo unos de otros. Cada grupo imagina que los otros pueden unirse a usted.

-No puedo creerlo -dijo el rey-. El reino era un mito, no existía. ¿Y el rey? ¿Qué es el rey sino una especie de chanza nacional? No creo que deseen dignificar a la monarquía con un asesinato.

-No sé -repuso la monja con incertidumbre-. Realmente no lo sé.

-Si escapo, o trato de hacerlo -prosiguió el rey-, me estaré convirtiendo yo mismo en un personaje lo suficiente importante para que me maten. A menudo me he preguntado qué hubiera ocurrido si Luis XVI no hubiese

Librodot

tratado de escaparse, si hubiera ido a pie y solo, sin guardia alguna, al Jeu de Paume.

-Es usted valiente, señor.

-No, hermana, no soy valiente. Quizás sea estúpido, pero no valiente. No quiero ser sacrificado. Quiero mi casita, mi mujer y mi telescopio, nada más que eso. Si ellos no me hubieran forzado a ser rey, no me hubiera visto obligado a obrar de una manera regia. Fue una serie de accidentes psicológicos.

-Ojalá pudiera tener yo la certeza de que está usted en seguridad. Pero debo irme, señor. ¿Sabe que ese fulanito de tal me ha curado los pies? Puede que no se lo perdone. ¿Entonces, no quiere venir conmigo?

-No, hermana.

-¡Déme su mano!

La hermana Hyacinthe se inclinó sobre la mano del rey y la besó.

-Adiós, Majestad.

Cuando el rey levantó la cabeza, la monja ya se había desvanecido, tan silenciosamente que ni incluso las tablas del suelo habían crujido.

Pipino se llevó a los labios la armónica todavía tibia y tocó lentamente *do-re-mi-fa-sol-la*. Falló en la nota si, volvió atrás y corrigió el error, y completó la escala con *do*.

Bajó por la escalera de caracol hasta el jardín. El ruido de sus pisadas sonaban con fuerza al caminar por el sendero enarenado. Se dirigió con lentitud hasta la gran verja de entrada y por un rato no pudo ver a ningún guardia de centinela. De pronto se encendió una cerilla y vio a un solo guardia sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la garita y el fusil descansando contra la pared. El rey se aproximó.

-¿Está usted completamente solo?

-Todos se fueron a París -respondió el guardia en tono de queja-. Esto no es justo. ¿Por qué tenía que ser yo el elegido para quedarme, para que me dijeran que me quedara, para que me lo ordenaran? Mi hoja de servicios muestra que he sido un buen soldado.

-¿Quiere un Lucky Strike?

-¿Tiene usted uno?

-Puede quedarse con todo el paquete.

El guardia se puso en pie recelosamente.

-¿Quién es usted?

-Soy el rey.

-Usted perdone, señor. No lo reconocí. Usted perdone.

-¿Qué está pasando en París?

-Ahí está el asunto precisamente. No lo sé. Grandes acontecimientos. Dicen que hay revueltas y todas esas cosas -puede que incluso hasta saqueos-, y yo me tengo que estar aquí sentado y perdiéndome todo eso.

-No parece justo, claro -dijo Pipino-. Bueno, ¿y por qué no se va?

-¡Oh, no podría hacer eso! Me formarían consejo de guerra, y tengo familia. He de pensar en ellos. El capitán ordenó...

-¿Cree que mi rango es superior al del capitán? -preguntó Pipino.

-Desde luego, señor.

-Entonces, le relevo de su servicio.

-Pero no puede ser así, de palabra nada más. ¿Qué pruebas puedo presentar yo?

-¿Tiene una linterna?

-Por supuesto, sire.

-Entonces préstemela. -Pipino entró en la garita y se acercó a un pequeño estante donde había un cuaderno y un lápiz-. ¿Cómo se llama? -le preguntó.

-Vautin, sargento Vautin, señor.

Pipino escribió en el cuaderno: "Por la presente se releva de servicio al sargento Vautin y se le autoriza a que comience un permiso de dos semanas que comenzará a partir de..."

-¿Qué hora es?

-Las doce y veinte minutos, señor.

Pipino continuó: "de las 12.20 a.m." Llenó el espacio dedicado a la fecha y firmó: "Pipino IV, Rey de Francia, Comandante en Jefe de todas las fuerzas armadas". Hecho lo cual entregó la orden y la linterna al soldado.

El sargento Vautin enfocó la luz sobre el papel y lo leyó cuidadosamente.

-No creo que nadie pueda ponerle reparos a esto, señor. ¿Pero quién se va a quedar de guardia en la puerta?

-Yo le echaré un vistazo.

-¿No quiere ir a ver los motines, señor?

-No me interesa mayormente -respondió Pipino.

Contempló cómo el soldado se alejaba feliz montado en la bicicleta; después se sentó en el suelo y recostóse contra la garita.

La noche estaba fría pero brillante de estrellas y reinaba una gran calma. No circulaban automóviles por las carreteras. En la lejanía se veían las luces de París reflejadas en un resplandor contra el cielo. El gran palacio estaba sombrío a sus espaldas. Pensó para sí que no había habido una noche tan tranquila como aquella en el palacio durante cincuenta años por lo menos.

Y entonces escuchó el zumbido distante de un motor, luego vio los faros de un coche que corría velozmente; sus frenos rechinaron y se detuvo ante la verja. Era un Buick convertible. Los focos cegaron a Pipino, que estaba sentado en el puesto de guardia.

Tod Johnson salió del automóvil de un salto y dejó el motor en marcha.

-Dése prisa, señor, entre.

Clotilde llamó desde el interior del vehículo:

-¡Corre, padre!

Tod le indicó:

-Dentro del coche se puede poner algunas ropas mías. Llegaremos al Canal de la Mancha al amanecer.

Pipino se puso en pie lentamente.

-¿Qué se propone hacer?

-A tratar de cruzar el Canal.

-¿Tan mal está la cosa?

-No lo sabe usted bien, señor. París es un caos. Usted ha sido depuesto del trono. Están dando alaridos por la República. Si no hubiera tenido un automóvil norteamericano no habría podido salir.

-¿Dónde está la señora -preguntó Pipino.

-No lo sé, señor. Se suponía que iba a ir con el tío Charles, pero desapareció.

-¿Y dónde está el tío Charles?

-Se fue rumbo al sur. Tratará de cruzar la frontera para llegar a Portugal. ¡Vamos, señor! ¡Dése prisa!

-Usted no corre ningún peligro -le dijo Pipino-. ¿Qué ocurrió?

-No hizo usted caso de lo que yo le dije -respondió Tod-. No tenía usted el dinero ni la representación del mayor número de accionistas. Ni siquiera tenía a los accionistas aislados.

Pipino caminó hacia el automóvil.

-¿Estás bien, Clotilde?

-Me parece que sí.

-¿Dónde vas a ir?

-A Hollywood -respondió la muchacha-. No olvides que soy una artista.

-Lo había olvidado -le dijo. Luego, dirigiéndose a Tod:

-¿Cuidará de ella?

-Sí. Pero, vamos, ¡entre! No se preocupe de nada. Acaso le guste aprender ese negocio de los pollos. Y podrá escribir artículos. Todos lo hacen. Lo que tiene que hacer ahora es escapar. Mire, aquí tengo una botella de coñac. Beba un trago.

Pipino bebió de la botella. Y de repente soltó la risa.

-No esté intranquilo -le recomendó Tod-. Saldrá con bien de ésta.

-No estoy intranquilo -aseguró Pipino Héristal-. Simplemente estaba pensando en Julio César. El lo hizo en una ocasión. Con cinco legiones cercó a Vercingetórix en Alesia y pacificó la Galia.

-Pero quizás la Galia no quiera ser pacificada -repuso Tod.

El rey permaneció silencioso por un momento. Después dijo:

-Esa parece ser la verdad. Y tal vez ni siquiera César lo hizo. Galia solamente puede ser pacificada por la Galia.

-¡Date prisa, padre! - suplicó la sometida Clotilde-. Tú no sabes el cariz que tienen las cosas.

-Cuide de ella -recomendó el rey a Tod-, cuídela tanto como uno puede cuidar de otra persona.

-Venga, señor.

-No -rehusó Pipino-. No me voy. Creo que dentro de poco tiempo se olvidarán de mí.

-Lo matarán, señor.

-No lo creo -insistió el rey-. De veras, no lo creo. Además, no puedo dejar a Marie. Quisiera saber dónde puede haber ido. ¿Está seguro de que no se encuentra con el tío Charles?

-No. La última vez que la vimos fue en Sancerre. Iba de compras con un canastillo al brazo. ¿No quiere entrar en el coche?

Pipino dijo:

-Este es probablemente mi último acto como rey. Aquí están mis órdenes. Seguiréis viaje hasta un puerto del Canal. Hará todo cuanto esté de su parte para encontrar una nave que los lleve, a usted y a Clotilde, a Inglaterra. Estas son mis órdenes, Tod. Encargúese de llevarlas a cabo.

-Pero...

-Ya tiene mis órdenes -insistió el rey-. Concédame la cortesía final de obedecerlas.

Contempló cómo el Buick se alejaba y después regresó lentamente a palacio para encontrar su chaqueta de pana y su casco de motorista.

Fue durante aquella noche cuando los delegados se constituyeron en Asamblea Nacional. Proclamaron la República. La bandera tricolor ondeó en los edificios públicos.

La gendarmería se movilizó para poner fin a los saqueos. Los bancos fueron declarados cerrados hasta nueva orden.

Sonnet, con gran aplauso de todos, pidió a Magot que formara un gobierno de coalición.

Magot pudo constituir un gobierno en el plazo de unas horas. Se recordará que el gobierno de coalición duró hasta el tres de febrero del año siguiente.

La motoneta se quedó sin gasolina en el Bosque de Bolonia y Pipino la dejó apoyada contra un árbol, para seguir el resto del camino a pie. Amanecía cuando, dejando los Campos Elíseos, entró en la Avenida Marigny.

De las sombras surgió un gendarme para impedirle el paso.

-¿Tiene sus documentos de identidad, señor?

Pipino sacó su cartera y le entregó su tarjeta. El gendarme la leyó cuidadosamente y dijo:

-Pipino Héristal. ¡Ahí Lo recuerdo a usted, señor. Vive en el número uno.

-Exactamente -asintió Pipino.

-Ha habido saqueos -observó el gendarme, excusándose-. No lo reconocí con el casco. ¿Ha estado de viaje, señor?

-Sí -respondió Pipino-, un viaje bastante largo.

El gendarme saludó.

-Parece que ahora todo está en calma -dijo.

-¿Quiere un cigarrillo?

-Gracias. ¡Ah! Es un Lucky Strike.

-Quédese con el paquete -le dijo Pipino. Guiñó el ojo al gendarme-. He estado fuera del país.

El gendarme sonrió.

-Ya entiendo, señor. -Metió el paquete en el bolsillo debajo de su capa.

Pipino tuvo que estar tocando el timbre sin cesar antes de que el portero llegara, arrastrando los pies, con los ojos legañosos y de mal humor, a abrirle la puerta de hierro.

-Una hora bien rara para venir a casa -murmuró.

Pipino le puso un billete en la mano.

-Es un viaje muy largo desde Estrasburgo acá.

-¿Viene usted de Estrasburgo?

-Bueno, en un salto desde Nancy.

-Yo soy de Lunéville. ¿Cómo está el campo por allá?

-Tuvieron una cosecha espléndida. Las ocas parecían estar muy bien y gordas. Y dicen que el vino...

-Ya he oído..., ya he oído. ¿Pero supo usted algo del resultado de las elecciones en Lunéville? Eso es una cosa muy importante, ¿sabe usted? La alcaldía ha estado ocupada... -Cerró el puño delante de él-. Ya es hora de que haya un cambio... Todo el mundo lo considera así. Es decir, todo el mundo, excepto... -Volvió a cerrar el puño amenazadoramente.

Pipino le interrumpió:

-Voy a causarle la molestia de que me abra la puerta. Mis llaves...

-La señora está en casa. Sólo tiene que tocar el timbre. ¡Y ha revuelto toda la casa! Que si se lleva esto, que si se lleva aquello... ¡Vaya una furia! Pues sí, el partido de Lunéville que ha tenido al pueblo en un puño...

Pipino volvió a interrumpirlo:

-Buenas noches, señor. Tendré mucho gusto en oírle en otra ocasión. Es un viaje muy largo desde Nancy.

Cruzó el patio hasta llegar a la entrada de las antiguas caballerizas. Se despojó de su casco de motorista, se alisó el pelo hacia atrás con las manos y, finalmente, apoyó su dedo sobre el botón de marfil del timbre.

FIN